

A decorative border with intricate floral and scrollwork patterns in a dark brown color, framing the central text.

Luna Azul

Luna Azul

Francine L. Zapater

Tres clases hay de ignorancia:

No saber lo que debiera saberse,

saber mal lo que se sabe, y saber lo que no debiera saberse.

François de la Rochefoucauld

En la amistad y en el amor se es más feliz con la ignorancia que con el saber.

William Shakespeare

Prólogo

Miré sus ojos, y lo que vi me dejó paralizada. Ya no eran azules como yo los conocía. Un tono gris perla, como acero fundido, se adueñaba de ellos, aportándole una frialdad deslumbrante.

Ahogué un grito tapándome la boca con ambas manos.

El pánico por lo que pudiera suceder, no me impedía estar totalmente fascinada con lo que mis ojos estaban viendo en estos momentos. Era una visión sobrecogedora, surrealista para alguien como yo.

Para alguien tan humano.

Su cuerpo empezó a zozobrar, como un barco en una fuerte marea, mientras su rostro se descomponía por el dolor. Gotas de sudor resbalaban por su despejada frente. No tenía ni idea de que provocaba semejante reacción en él.

Desvié mi mirada hacia su oponente, grande y de mirada aterradora. Oscura como la misma muerte. Noté un atisbo de sonrisa perfilándose en su cara. Se sentía vencedor de tan extraña batalla.

Volví a mirar a mi ángel. No soportaba verle así, sufriendo de aquella manera, desgarrado por el dolor. Quería ayudarlo, pero

¿qué podía hacer si ni siquiera sabía que estaba pasando?

Último curso

“El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños”.

Eleanor Roosevelt

El rugido de un motor me devolvió a la realidad.

Hoy era el primer día de clase, último curso, por fin. Estaba preparándome en mi pequeña habitación, inmersa en mis pensamientos, cuando aquel sonido ensordecedor me sobresaltó.

Corrí a la ventana de mi cuarto intentando vislumbrar quien había provocado semejante escándalo.

Una moto de gran cilindrada, de un rojo intenso, como sangre fresca, estaba parada frente a mi casa. Tenía un pie apoyado en el suelo, mientras con una mano sacaba un móvil del interior de su cazadora. El motor de aquella máquina seguía gruñendo, mientras yo lo miraba embobada desde mi ventana, no sabía porque, pero no podía dejar de mirar. La curiosidad me dominaba. Vi como alzaba su rostro hacia arriba, como si percibiera mi mirada. Me escondí tras las cortinas de forma instintiva, sorprendiéndome a mí misma. ¿Qué estaba haciendo? ¿Desde cuándo me dedicaba a fisgar detrás de las cortinas como mi abuela? Me sentía inquieta,

ansiosa, volví a asomarme tímidamente a través de los visillos.

¿Quién era él? No conocía a nadie con semejante moto por aquí y eso era raro, porque en un pueblecito como el mío, nos conocíamos casi todos.

Habíamos pasado por distintas etapas, de la infancia a la adolescencia, en el mismo colegio, dentro del mismo pueblo. No es que las cosas por aquí hubieran cambiado mucho en los últimos tiempos.

“Pareces idiota escondiéndote así” me dije a mi misma, reuniendo el valor necesario para volver a asomarme sin la protección de las cortinas.

No estaba. Se había ido. Experimenté una sensación desconocida para mí. Era como si algo más fuerte que yo, una fuerza sobrenatural, hubiera invadido mi cuerpo y mi mente por completo.

Respiré de forma agitada contra el cristal, empañándolo, haciendo borrosa mi visión del exterior. Intentaba inútilmente discernir la dirección en la que había

desaparecido la potente moto y su misterioso conductor. No podía dejar de mirar por la ventana. Tan solo unas farolas borrosas, aun encendidas por la escasez de luz matutina, iluminaban mi escasa visión.

Me aparté de la ventana suspirando. Hoy empezaban las clases y por si eso fuera poco, ahora estaría todo el día dándole vueltas a lo que acababa de suceder. Acaricié mi sien con las yemas de los dedos. Un incipiente dolor de cabeza amenazaba con terminar de arruinarme el día. Fui al lavabo en busca de un analgésico.

Rebusqué dentro del pequeño botiquín, que teníamos colgado de la pared detrás de la puerta.

El timbre del móvil resonó en mi cabeza como martillazos. Corrí a mi habitación, aunque ya sabía antes de descolgar quien estaba al otro lado de la línea.

— ¿Si?

— ¿Estela? ¡Estela! ¿Eres tú?

— Pues claro Beth, ¿qué pregunta tonta es esa?

Ignoró mi comentario dando rienda suelta a su histeria.

— ¡Es horrible! ¡Horrible! No puedo creer que esto me esté

pasando. ¡Hoy, el primer día de clase! ¡Me quiero morir!— la voz chillona de mi mejor amiga cedió con sus últimas palabras.

No pude evitar sonreír.

— Déjame adivinar ¿te ha salido un grano? ¿Se te ha acabado el maquillaje? — comenté con fingido pesar —. Deja que me siente,

antes de que me expliques la dimensión de la catástrofe a la que nos enfrentamos — oí como se removía inquieta al otro lado del teléfono.

— Me parto de risa contigo, ja ja ja, — forzó una carcajada — yo aquí al borde de un ataque de nervios y tú haciendo leña del árbol caído. Muy bonito, di que sí

— suspiró aunque sonó más bien como un gruñido—. No sé porque te llamo, no tienes corazón.

— ¡OH, vamos! Suéltalo de una vez, ¿qué te ha pasado?

— Me he quemado el flequillo.— No pude evitar reírme.— Me alegra divertirme — dijo enfadada.

— Perdóname ¿Qué quieres que haga?

— ¡Pues yo que sé!— estaba al límite, le temblaba la voz — ¡Ay

Dios! Así no pienso ir a clase, parezco un estropajo con patas.

Esta crisis no era la peor que yo recordaba. No era como la del año pasado, cuando se depiló el bello del labio superior con cera demasiado caliente, arrancándose la piel, dejándose la zona abrasada y en carne viva, aquello fue espantoso. ¿Cómo lo hacía para lesionarse cada año al empezar las clases?

— ¡Di algo por favor! — gritaba al otro lado de la línea.

Intenté sonar preocupada, aunque no podía borrar la sonrisa de mis labios.

— Voy a tu casa ahora mismo ¿vale? Tú espérame allí, que algo se me ocurrirá.

— Vale, pero no tardes, ¿eh?

Colgué el teléfono, pensando en cómo iba a echarla de menos el año siguiente. No iríamos a la misma universidad. Beth quería estudiar en los Estados Unidos y yo aun no sabía lo que quería,

pero algo si tenía claro y era que la extrañaría muchísimo.

En momentos como este me paraba a pensar en cómo cambiaría mi vida en cuestión de meses. Una vez pasada la graduación, todo sería distinto.

Había hablado con mi padre sobre estudiar en el extranjero, hacer un intercambio con otros estudiantes, en fin, las posibilidades eran muchas y variadas y todas se desplegaban ante mí como un abanico. Solo tenía que decidirme, escoger una, pero ahí radicaba el problema, era consciente de que

esta no era una decisión más.

No era como escoger que ropa te vas a poner, o que película ver en el cine. Mi vida tal como ahora la conocía cambiaría por completo a raíz de esa decisión, y era eso lo que me llevaba a posponerla para cuando ya no tuviera opción.

Sacudí la cabeza, obligándome a no divagar más en mis pensamientos. Beth me estaba esperando. Más me valía por mi propio bien no hacerla esperar más, estaría como una loca contando los segundos hasta que yo apareciera por su casa. Cogí

un bote de mascarilla instantánea y un pañuelo hippie, que mi padre me había regalado hacia un par de años.

Fui a la entrada de casa. Metí todo en mi bolsa, y me la eche al hombro, dispuesta a salir al rescate de Beth.

— Te he puesto el almuerzo en la mochila — mi madre me miraba desde la puerta de la cocina mientras se secaba las manos con un paño —, ¿no es poco pronto aun? — dijo señalando el reloj de su muñeca.

— Beth ha tenido complicaciones de última hora — contesté sonriente.

— No pensaras irte sin despedirte ¿verdad?

— Claro que no mama — repuse caminando hacia ella con los brazos extendidos. Le di un fuerte abrazo, y un sonoro beso en la mejilla — aunque quisiera sería imposible, me perseguirías por todo el barrio si hiciera eso.

Francin hizo una mueca de disgusto. La tenia calada, a veces pensaba que yo la conocía mejor que ella misma.

— ¿Qué le ha pasado a tu amiga esta vez?

— Se ha chamuscado el flequillo y si no voy es posible que estalle la tercera guerra mundial.

— ¿Cuándo madurara esa chica? — puso los ojos en blanco. Un gesto muy

propio de mi madre, que yo había heredado.

— En fin, espero que tengas un buen día.

— Yo también lo espero — añadí soltándome de su abrazo y saliendo por la puerta a la calle.

— ¡No rompas muchos corazones!— la oí gritar.

— Estás loca mama — solté, despidiéndome con la mano.

La casa de Beth estaba un par de calles más abajo. Apenas si había trascurrido diez minutos desde que había colgado el teléfono.

— ¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

Beth no paraba de hacer aspavientos con las manos, caminando nerviosa de un lado a otro de la habitación, como una fiera enjaulada.

— Creo que me va a dar un infarto o algo así.

Entre a paso lento y me senté en el borde de la cama. Soltando ruidosamente la mochila en el suelo.

— No exageres, anda ven aquí — contesté golpeando la cama. Mi amiga se sentó, y empecé a rebuscar en mi mochila.

— Mira he traído algunas cosas que te pueden ir bien, y de paso, a ver si así conseguimos librar al mundo de tu mala leche.

— Hoy estas que te sales ¿eh? ¿Has pensado dedicarte a payasa profesional? Como se nota que no eres tú la que parece un espantapájaros — dijo apartándose la toalla que le cubría el pelo

—. ¿Ves? Es horrible, he vuelto a mojarlo pero no mejora —

suspiró pesadamente — ¡quiero morirme!

Me costó no volver a reírme, la verdad es que el flequillo de Beth no tenía remedio, ni con dos botes de mascarilla, pero tampoco era el fin del mundo.

— Tú deberías ser actriz, es una pena desperdiciar tanto talento.

— ¡Basta! Deja ya de reírte de mí y haz algo de provecho — soltó agarrando el pelo en un puño.

Miradas

“Los ojos son el punto donde se mezclan alma y cuerpo”

Friedrich Hebbel

Llegamos tarde a la primera clase. “Genial” pensé. El primer día de curso y ya estábamos ganándonos la simpatía del profesor de química, el señor Morganson.

Definitivamente hoy no debería haberme levantado.

Dejó de hablar cuando entramos en clase, acompañándonos con su rabiosa mirada, mientras esperaba a que tomáramos asiento en nuestros respectivos pupitres, acrecentando así la vergüenza que ya me invadía en esos momentos. Sentía una docena de pares de ojos posados sobre nosotras.

— Esto es peor que tu flequillo — susurré a mi amiga mientras sacábamos nuestros libros y los colocábamos encima de las gastadas y garabateadas mesas.

Notaba mi cara enfebrecida, estaba roja como un tomate. Odiaba ser el centro de atención, pero hoy iba a ser difícil pasar desapercibida después de nuestra entrada triunfal. Tarde y con

Beth a mi lado, luciendo el escandaloso pañuelo en tonos fucsia,

amarillo y naranja, que le había prestado. Al final, esa había sido la mejor solución al problema de la maraña de pelo de mi amiga.

Aunque ella ahora estaba encantada.

Beth y yo éramos como la noche y el día. Ella disfrutaba de lo lindo cuando conseguía captar las miradas de todos. De hecho casi siempre era así. Poseía una belleza despampanante, algo exótica debido a sus genes maternos, una bella tailandesa que se enamoró del padre de Beth.

No era muy alta, pero lo suficiente para que su cuerpo luciera esbelto y bien torneado. Había heredado los pómulos altos y la frente despejada de su madre, junto con una piel aterciopelada, de un suave dorado, que era el sueño de cualquier adolescente. Unos grandes ojos color chocolate, herencia de su padre, resaltaban enmarcados con una melena lacia y sedosa de color negro azabache.

La clase fue larga y pesada, como cualquier clase del profesor

Morganson. Daba igual que llevara tres meses estivales sin sufrir aquellas explicaciones interminables y aburridas, en una sola hora había sido capaz de agobiarme tanto como si llevara un siglo escuchándolo.

El sonido estridente de la campana fue una salvación para mis pobres neuronas. Recogía mis libros lentamente, observando de reojo a Beth, que parloteaba alegremente con el chico de la mesa de atrás, Daniel Wilson. Beth no perdía el tiempo. Acabábamos de iniciar el curso y ya estaba acosando al más guapo de la clase.

En esos momentos me envolvió un sentimiento de envidia, por no tener la misma soltura que ella para entablar conversaciones banales con chicos como Daniel.

Por otro lado, me sentía cómoda en el anonimato que me proporcionaba tener una amiga tan despampanante como Beth.

Me permitía contar con una ventaja que ella no tenía. Había aprendido a leer los rostros y las expresiones corporales de la gente y así sin decir ni una palabra, llegaba a conocerlos, a veces incluso mejor que mi amiga. Tenía la certeza de que algún día conseguiría romper con mis miedos y me atrevería a hacer algo más que mirar de lejos.

Observé a Daniel unos instantes, mientras Beth flirteaba descaradamente con él. No había peligro de que me pillara mirándole, era consciente de que en estos momentos yo era invisible para él.

Hacía un par de años que este atractivo estudiante había llegado a nuestro pueblo. Venía del sur de Estados Unidos, de Texas. Era alto, de cuerpo musculoso y fuerte, de hecho formaba parte del equipo de fútbol, el perfecto deportista. Cabello color café, ojos de un marrón tan intenso que a duras penas se diferenciaba el iris de la pupila, y tez morena. Que en conjunto le aportaban un aspecto,

por describirlo en una palabra, varonil, a pesar de tener solo 18 años.

Beth estaba encantada con su llegada aquí, pero hasta el día de hoy no la había visto tan lanzada con él, aunque tenía su lógica.

Daniel acababa de romper con su novia sureña durante el verano.

Mantener una relación en la distancia, debía de ser más complicado de lo que parece. Además, lo que simplemente iba a ser una estancia temporal en Canadá, se convirtió en permanente,

cuando el padre de Daniel encontró un empleo mejor aquí, y decidieron mudarse a nuestro pueblo de forma definitiva.

Total, el tema era que este año Daniel estaba soltero y sin compromiso, y a la vista estaba que mi amiga no iba a permitir que esa situación se prolongara por mucho tiempo.

Beth reía ruidosamente, golpeando suavemente el hombro de

Daniel, como el que no quiere la cosa, incluso levemente ruborizada.

Increíble, estaba claro que mi amiga debía estudiar arte dramático y dedicarse a la interpretación. Tenía dotes para ello, de eso no había duda. Parecía tan inocente y avergonzada, con las palabras que el guapo de la clase le susurraba al oído, que no pude dejar de admirarla. ¡Pero si Beth no sabía lo que era la vergüenza!

“Si tú te quieres a ti misma, los demás no tienen más remedio que quererte” me decía, siempre que yo le preguntaba como conseguía que todos cayeran rendidos a sus pies. Quizá ese era mi problema, que no me tenía en alta estima a mí misma, por eso me aterraba hacer el ridículo o llamar la atención sobre mi persona.

Ya estaba divagando demasiado. Sacudí la cabeza. “Creo que aquí

estoy de más” pensé, lanzando una última mirada a los tortolitos,

dándome media vuelta para salir del aula en dirección a mi taquilla.

Sentí como alguien me observaba, no sabía el motivo, pero volvía a tener la misma sensación extraña de esta mañana. Me giré

lentamente hacia ambos lados. Escrutando con la mirada los rostros que me rodeaban, sin que en ninguno de ellos hallara el más mínimo interés por mí. Yo y

mis paranoias. Por suerte vi a

Megan y Thomas acercándose, mientras agitaban las manos sonrientes. Les regalé la mejor de mis sonrisas y me fui hacia ellos.

Fue una mañana amena. Me reencontré con los viejos compañeros de clase, a los que no había visto durante todo el verano. Todos tenían algo que contar. Un fabuloso viaje por Europa, un amor de verano, un trabajo a tiempo parcial durante las vacaciones...

— ¿Y tú que has hecho Estela? — oí que me preguntaba Thomas.

Un muchacho desgarrado y dicharachero, al que la adolescencia lo estaba tratando con crueldad, físicamente hablando.

— He visitado a mis abuelos, nada especial — contesté soplando un mechón de pelo que caía sobre mi cara —, lo mismo de cada año, sol, playa y un tremendo aburrimiento, estaba deseando volver aquí.

— A mi me pasa igual — repuso Megan, mientras cerraba los ojos e inclinaba su cuerpo hacia atrás intentando absorber los últimos rayos del cálido sol de finales del verano—. Mis padres cada año alquilan la misma casa cerca del lago, al final te aburres tanto que estas impaciente por empezar las clases de nuevo.

— Yo creo que lo hacen a propósito.— Megan y yo miramos a

Thomas sin entender a que se estaba refiriendo.— Ya sé que pensáis que no estoy bien de la azotea, pero estoy seguro de que nuestros padres conspiran en nuestra contra, para arruinarnos las vacaciones, y después abandonarnos sin remordimientos en el colegio.

Megan y yo nos reímos a carcajadas. Thomas era único con sus teorías conspirativas para explicarlo todo.

Los conocía a ambos desde la infancia, igual que a Beth.

Mis padres se habían mudado aquí cuando yo contaba con apenas cinco años. A Carl, mi padre, le habían ofrecido un puesto de trabajo en la sucursal que su empresa tenía al oeste de Canadá,

en la isla de Vancouver. Nos habíamos establecido en la pequeña población de Chemainus. Un pintoresco pueblo, famoso por los murales que relataban parte de la historia del lugar. A mis padres les encanto la tranquilidad del pequeño pueblecito, con poco más de tres mil habitantes, en comparación con el bullicio de nuestra antigua residencia, Nueva York.

Fue un cambio drástico en nuestras vidas. Bueno más bien en la de mis padres, porque yo a tan corta edad, no recordaba prácticamente nada de mi vida en la gran manzana. Para mi

Chemainus era como mi pueblo natal, aunque no hubiera nacido literalmente allí. Me sentía parte del entorno, de sus verdes bosques, poblados de cedros enormes, húmedos, frondosos,

exuberantes.

En los meses de verano, oleadas de turistas pasaban por la costa oeste, buscando paisajes de ensueño entre sus montañas y sus lagos. Pero en invierno, cuando un manto blanco cubría cada rincón, la tranquilidad volvía a instalarse por aquí.

Mi madre había propuesto alguna vez volver a Nueva York.

Echaba de menos a su familia, y ahora que Carl ya no estaba, se sentía más sola que nunca. Yo me negaba en redondo a irme de aquí. Este era mi sitio. Aquí estaba mi vida, los años vividos con mi padre, mis recuerdos felices y los tristes también, y mis amigos.

Por eso me costaba tanto pensar en la universidad. Si por mí fuera no me movería de Chemainus, jamás.

Thomas, Megan y Beth eran como de la familia. Beth había sido siempre como una hermana para mí. Alegre, loca,

despreocupada, sincera, a veces en exceso, sobre todo cuando no te gustaba lo que ibas a oír. Pero ella es así, directa, sin pelos en la lengua, pero cariñosa y tierna como la que más, si es necesario.

Megan era harina de otro costal. Reservada, tranquila, siempre con la palabra justa, la adecuada para la situación, tan diplomática y serena. A veces pensaba que nos parecíamos demasiado, quizás por eso mi relación nunca había sido tan

estrecha con ella como con Beth.

Y por último Thomas, el cerebritito. Un chico al que su físico no le hacía justicia en comparación con su aventajada inteligencia y su gran corazón. Tremendamente divertido y suspicaz, hacia las delicias de nuestras conversaciones.

Estaba feliz de verlos a todos de nuevo.

Me recline junto a Megan, dejando que los cálidos rayos de sol bañaran mi rostro, disfrutando de la agradable sensación del calor sobre mi piel.

Otra vez esa ansiedad desconcertante.

La misma que había sentido en casa cuando miraba al motorista, y al salir de clase junto a mi taquilla. No pude resistirme al impulso de abrir los ojos y buscar con la mirada que, o quien provocaba ese efecto en mí.

Entonces lo vi por primera vez.

Me quede de piedra, mirándolo fijamente. No podía verle la cara,

estaba de espaldas a mí, pero había algo en él, en su pose rígida,

en su apuesta figura, o en su pelo ensortijado, de color caramelo con leves destellos dorados, como rayos de sol, que me tenían totalmente fascinada, sin poder apartar mi vista de él.

— ¿Qué miras? — Desperté de mi encantamiento y vi a Beth sentándose a mi lado, siguiendo con los ojos la dirección de mi mirada — ¿Vas a ignorarme mucho rato o qué?

— Perdona yo... no...no te he visto venir — dije jugueteando nerviosa con la manga de mi jersey.

Iba a preguntarle si no había visto al chico que yo acababa de ver,

y que me había descolocado por completo, pero mentí.

— Estaba pensando en el problema de álgebra. — Mi voz sonó

extraña hasta para mí, “eres malísima en esto de inventar excusas” pensé, mientras mi amiga me miraba entrecerrando sus ojos.

— ¿No pensarás que soy tan estúpida como para tragarme semejante tontería, verdad?

— Pues no se qué...— mi frase a medias no me ayudaba para nada.

— Da igual — soltó molesta —, déjalo, si no me lo quieres contar allá tú.

Y dicho esto se giró, y empezó a charlar con Megan. Se había enfadado, estaba claro. En todos estos años, jamás había sentido la necesidad de mentirle, y de hecho ahora, aun no sabía muy bien porque lo hacía.

“No mires” dijo una vocecilla en mi cabeza, cuando note la terrible atracción que recorría mi cuerpo, obligándome a mirar a aquel desconocido. Sin poder evitarlo alce la vista en su dirección y me encontré con su mirada, de un azul intenso y transparente, como si un mar helado se hubiera quedado atrapado en aquellos ojos que me miraban fijamente. Solo fueron unos segundos, pero suficientes para que se me acelerara el pulso, y mi respiración se volviera irregular. Noté el calor subir por mis mejillas, mientras luchaba inútilmente por desviar mi mirada. Odiaba sonrojarme,

hacia tan evidentes mis sentimientos. Era como un cartel luminoso, anunciando la vergüenza que sentía en mi interior.

Dejó de mirarme y por fin, pude agachar la vista hacia el suelo,

aunque sus ojos quedaron grabados en mi mente como por fuego.

Pase la noche en vela. Era imposible dormir después de la experiencia vivida en el día de hoy.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no podía dejar de pensar en

él? ¿Pero si ni siquiera le conocía! No sabía quién era, ni su nombre, quizás solo estaba de paso y no volvería a verlo nunca más. Solo había visto sus ojos y el mundo se había detenido para mí. Me levanté de la cama e intenté, sin éxito, concentrarme en hacer las tareas que tenía pendientes, seguía viendo sus ojos como el cielo en mi mente. Decidí probar con la música, cogí el

Ipod y me tumbe en la cama tarareando las letras de las canciones. Sus ojos seguían mirándome fijamente en mi cabeza.

Mi corazón empezó a descompasarse en sus latidos con tan solo en recuerdo de aquella visión angelical. Traté de analizar la situación fríamente. ¿Quién era él? ¿Sería el mismo que conducía la potente moto roja? ¿Por qué me miro como lo hizo? ¿Me conocía?

Cuantas más vueltas le daba, más complicado parecía todo. Había conectado con él, de una forma única y tan solo con una mirada.

Estas cosas no pasan en la vida real.

¿Por qué estaba tan ansiosa por volver a verlo?

“Simple curiosidad” pensé dando el tema por zanjado, pero en el fondo de mi ser sabía que había algo más. No era consciente de hasta qué punto esa simple mirada había cambiado mi vida, mi mundo...todo.

El despertador sonó y deseé, más que nunca, quedarme en la cama. Había sido una noche de perros. Me dolía la cabeza, me escocían los ojos, y no me sentía con ánimos para bajar a desayunar con mi madre. Estaba segura de que me sometería a un interrogatorio. Primero por mi primer día de clase, y segundo por la mala cara con la que había amanecido hoy. Eso era lo

último que necesitaba, porque esta mañana además de mala cara,

estaba de mal humor por la falta de sueño.

— Buenos días cariño.

— Hola — mascullé. Amorrándome rápidamente sobre mi bol de cereales.

Francin me miraba con disimulo desde la esquina de la cocina.

Estaba cocinando algo que olía de maravilla. Me sentía fatal por descargar sobre ella mi mal humor, así que finalmente, después de engullir parte de mi desayuno, decidí darle algo de conversación.

— Huele muy bien. ¿Qué estás haciendo?

— Comida mejicana, he visto unas recetas en Internet — contestó,

mientras sacaba unas pechugas de pollo de la nevera y varios tipos de queso—. Hoy tengo que doblar turno, ayer me lo avisaron a última hora y no pude negarme.— Reconoció la decepción en mi rostro y se apresuró a explicarme el resto.— Resulta que el abuelo de Cintia ha sufrido un infarto y ella ha cogido un par de días libres para cuidar de él, así que el jefe nos ha pedido que la sustituyamos entre nosotras, doblando turno.

No estaba especialmente atenta a la explicación de Francin, pero lo suficiente para poder alargar un poco más la conversación y así

hacer tiempo para irme sin someterme a sus preguntas.

— Eso es injusto, ¿por qué no contratan a alguien?

Vi como se movía el cuerpo de mi madre mientras reía sin ganas,

como si acabara de oír un mal chiste.

— Cariño — dijo acercándose a mí, acariciándome el pelo —, no es tan sencillo. En el trabajo o lo tomas o lo dejas, y más cuando saben cuánto necesitas el escaso sueldo que te pagan. Esto es la esclavitud del siglo XXI.

Me encogí de hombros, no me interesaba para nada ponerme a arreglar los problemas del mundo, cuando no era capaz de arreglar los míos propios.

— Bueno y tú ¿qué tal? ¿Cómo te ha ido el inicio del curso?

— Bien como siempre — repuse de forma seca y cortante.

Apuré los cereales que me quedaban y me levanté de un salto.

— Bueno ya hablaremos mama, ahora tengo que irme.

Metí el bol dentro del lavavajillas y le di un beso fugaz a Francin en la mejilla.

— Vale pues que te vaya bien — me dijo algo desconcertada por mis prisas—. Te dejaré esto en la nevera — añadió señalando la sartén —, te quiero hija.

— ¡OK! mama, yo también te quiero — dije mientras salía de forma precipitada

por la puerta.

El día era gris y oscuro, como si el cielo estuviera cubierto por un techo metálico. Me arrebujé en mi chaqueta, demasiado fina para la temperatura exterior. Odiaba el invierno y cada vez estaba más cerca. La cálida luz del sol a media tarde, en pleno mes de agosto,

ya era historia. Días como el de hoy era lo que me esperaba a partir de ahora.

Incluso empeoraría cuando empezara a nevar. Metí las manos en los bolsillos para calentarlos un poco, mientras pensaba en cómo le había dado esquinazo a mi madre. En el fondo con ella era más fácil que con mi padre. Francin era bastante despistada, con un poco de suerte, mañana ya no se acordaría de la conversación que hoy le había quedado en el aire. Con Carl era distinto. Cuando mi padre aun vivía yo pasaba horas a su lado, a veces solo intercambiábamos alguna que otra mirada y escasas palabras,

pero nos bastaba. Me conocía tan bien... sabía leer en mi rostro lo que muchas veces me costaba explicar con palabras. Pero nunca me agobiaba, me dejaba a mi aire. Sabía que yo acudiría a él sin necesidad de presiones por su parte.

Pero ahora todo era distinto. Había muerto hacía dos años, y desde entonces Francin era algo más posesiva y al par despistada que antes, si es que eso es posible.

Caminaba distraída, inmersa en mis pensamientos, cuando noté

una extraña electricidad recorriendo mi columna vertebral, de arriba abajo, como si un gusano estuviera paseándose por mi espalda. Era la misma sensación que había sentido el día anterior.

¿Quería decir eso que él estaba cerca? ¿Dónde? Empecé a buscarlo con la mirada, mordiéndome con ansia el labio inferior, a la vez que movía mi cabeza bruscamente de un lado al otro.

Allí no había nadie, bueno mejor dicho, nadie capaz de provocar semejante reacción en mi persona.

Giré sobre mis talones y continué andando hacia el instituto,

intentando recuperar la coherencia de mis pensamientos. Me obligué a pensar en la entrevista de trabajo a la que debía acudir hoy, al acabar las clases. Necesitaba dinero para la matricula de la universidad, y no iba a dejar que mi madre corriera con todos los gastos. Bastante trabajaba la pobre para mantenernos a las dos.

No es que pasáramos necesidad, pero tampoco nadábamos en la abundancia. Así que, haciendo oídos sordos a las quejas de

Francin, había decidido empezar a trabajar.

Encuentro inesperado

“A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.”

Oscar Wilde

Las clases de la mañana fueron tan monótonas como de costumbre. La cafetería del instituto estaba llena a rebosar,

durante el descanso del mediodía. Nos habíamos sentado en una mesa alargada, que en ese momento, compartíamos con estudiantes de primer curso.

Thomas nos estaba explicando sus últimas incursiones en la Web,

cuando sin querer, vació el contenido de su refresco sobre la falda nueva de Beth, que en respuesta a semejante torpeza, se puso histérica gritando y casi pataleando al final. Todos nos estábamos riendo por la tremenda rabieta que había pillado.

La verdad es que podía ser muy cómica cuando se enfadaba.

Adoraba a esa chillona chiflada. Siempre conseguía arrancarnos una sonrisa. Incluso en días como hoy, que me encontraba hundida en mi apatía. ¿El motivo de mi tristeza? No quería admitirlo, pero mi ánimo mejoraría considerablemente, con solo vislumbrar de nuevo aquellos ojos azules.

Beth seguía maldiciendo a diestro y siniestro, sin importarle en lo más mínimo, que toda la gente que había en la cafetería tuvieran los ojos clavados en ella.

— Y vosotros, ¿qué estáis mirando? — gritó fuera de sí a los pobres novatos, que avergonzados por formar parte del espectáculo,

agarraron sus mochilas y pusieron pies en polvorosa.

— Te estás pasando un poco ¿no? — dije apoyándome contra el respaldo de la silla, sin poder borrar la sonrisa de mi cara —.

Cálmate anda.

— ¡¿Qué me calme?! ¡¿Qué me calme?! Esta me la vas a pagar estúpido patoso — miraba a Thomas con furia mientras le señalaba con el dedo.

— Lo siento — volvió a decir el por undécima vez — ¡Por Dios!

¿Cuántas veces tendré que disculparme? Ha sido sin querer —

añadió un poco hastiado.

— ¡¿Sin querer?! El guantazo que yo te voy a dar sí que va a ser sin querer.

— ¡Ya basta! — me puse de pie y agarré a mi descontrolada amiga por el brazo, tirando de ella hacia el exterior de la cafetería.

Estaba sacando las cosas de quicio.

— ¡Suéltame!

— ¡No! Al menos hasta que te calmes, y este segura de que no vas a volver ahí dentro a seguir comportándote como una niña de parvulario — me miró extrañada —. ¿Se puede saber qué te pasa?

Esto ya no es gracioso. El pobre Thomas se estaba poniendo verde. Solo es una falda Beth, ¿tanto importa?

El frío de la calle ejerció un poder calmante sobre Beth. Sacudió su melena y se cruzó de brazos delante de mí, aun algo molesta, pero bastante más tranquila.

— Vamos, cuéntamelo, este espectáculo no ha sido solo por la falda ¿verdad?

La conocía demasiado para saber que le pasaba algo. Algo que no me había contado.

— No — admitió con voz tan baja, que apenas pude escuchar lo que me dijo a continuación —. Mis padres van a separarse.

— Lo siento — no sabía que más decir.

Ahora entendía por qué tanto drama por una simple mancha. Solo era la excusa, para liberar toda la frustración que llevaba dentro.

Debía de ser muy duro para Beth, adoraba a sus padres, era un poco rebelde, pero los quería muchísimo.

— Me lo dijeron anoche. — Asentí con la cabeza, no quería interrumpirla, necesitaba desahogarse y yo iba a limitarme a escuchar. — Estábamos cenando,

como siempre, y me lo soltaron así, de golpe, y encima tengo que decidir con quién quiero irme a vivir ¡como si se tratara de que camisa me pongo mañana! No puedo Estela... no pued...— su voz se ahogó en un sollozo.

Se derrumbó. La abracé fuerte contra mi pecho. Yo era más alta que ella. Escondió su rostro en mi hombro y rompió a llorar.

No dije nada, sabía que nada de lo que pudiera decirle la consolaría en estos momentos. Me limité a acariciarle la espalda,

suavemente, dejando que se desahogara sin prisas. Se me rompía el corazón de verla así. ¿Eran conscientes los padres de Beth del daño que le estaban causando a su hija con su decisión?

Yo no era quien para juzgarlos a ellos, ni a nadie, pero ver así a mí amiga hacia que me revelara, no era justo.

Yo no había sufrido un divorcio, pero perder a mi padre era lo más duro que me había pasado en la vida y estaba segura de que Beth,

de algún modo, se sentía tan impotente como yo. Nadie le había pedido su opinión, arrancándole sin más un aparte de su vida. Y

encima tenía que escoger entre ambos padres. ¿Qué hijo puede decidir a cuál de ellos rechaza?

Los sollozos empezaban a remitir. Beth se alejó un poco de mi,

mientras se limpiaba las lagrimas con la manga de su jersey.

— De esto ni una palabra a nadie, ¿vale?

— Claro que no, ya lo contarás tú, si es que te apetece hacerlo de aquí a un tiempo.

— No, de momento no — su voz sonó desesperada —, ni siquiera yo me creo que esto esté pasando. Aun siento como si tuviera que despertar de este mal sueño.

— Te entiendo, yo me sentía igual cuando la policía vino a mi casa para decirnos que mi padre había sufrido un accidente y había...— aún me costaba pronunciar aquella palabra en voz alta

— había muerto — noté la presión de la tristeza en mi garganta.

Beth me miraba con los ojos enrojecidos.

— Esta vida es una mierda.

— Ni que lo digas.

Abrió su mochila sacando un pequeño espejo y empezó a mirarse en el.

— Estoy horrible.

— Si — admití —, estás horrible.

Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

— Vamos al lavabo, a que me recomponga un poco.

La seguí sin más. Se veía destrozada, débil, como una frágil ramita a punto de romperse por la fuerza del viento.

Caminábamos en silencio, cuando vimos a Daniel aparecer al final del pasillo.

— ¡Beth! ¡Hola Beth!— vociferó a lo lejos.

— ¡OH, no! No quiero que me vea con esta cara — me cogió de la mano y echamos a correr por el pasillo, llegando al lavabo antes de que él nos diera alcance.

El pobre se había quedado pasmado, mirándonos, desconcertado por nuestra huida. Y ahí se quedó plantado, viendo como nos escabullíamos dentro del lavabo, sin mediar palabra con él.

— Creo que después de esto no volverá a dirigirte la palabra —

dije entre risas, una vez dentro.

Beth también estaba de mejor humor. La carrerita nos había sentado de maravilla, a ambas.

— No te preocupes — contestó, retocándose el maquillaje frente al espejo—, lo tengo comiendo de mi mano.

— Pero pensara que estás chiflada.

Beth se volvió hacia mí y me miró con picardía.

— Que te juegas a que cuando salgamos está ahí afuera esperándome.

— No sé, me da un poco de pena.

— Déjalo, ¡que sufra!

— ¡Eres cruel! — solté mientras le hacía cosquillas.

— Si, por eso yo triunfo con los chicos y tú no — añadió muy pagada de sí misma —. Eres demasiado blanda. Una de cal y otra de arena, hazme caso, no es bueno que encuentren el camino tan fácil.

Por más que yo no le viera el sentido a como Beth estaba tratando a Daniel, tenía razón. Ella siempre conseguía lo que quería de los chicos, yo no. Sencillamente, era incapaz de manipular a la gente con tanta frialdad. Me preocupaban demasiado los sentimientos ajenos, como para hacer sufrir a alguien innecesariamente. Pero bueno, hasta la fecha, tampoco me había interesado ningún chico especialmente, como pasa pensar en el modo de seducirlo. Me limitaba a ser yo misma, con los pros y los contras que eso implicaba.

— ¿Mejor?

Escruté el rostro de Beth. No quedaba ni rastro del enrojecimiento anterior. Su piel volvía a lucir aterciopelada.

— ¿Cómo lo haces? — pregunté con admiración — hace un momento dabas pena y ahora, mírate, estas fabulosa.

— Genética de primera calidad, bonita — soltó orgullosa.

— Eres tonta, lo sabes ¿no? — dije alborotando su pelo.

— Si, pero no más que tú.

Salimos del lavabo sonriendo. Miré con curiosidad al exterior,

buscando a Daniel con la mirada, y efectivamente, Beth tenía razón, allí estaba él. Apoyado contra la pared, esperándonos. Se envaró cuando nos vio salir y en dos zancadas se plantó ante nosotras.

— Hola — nos dijo a ambas, volviéndose rápidamente hacia Beth

—, te estaba buscando.

Una punzada de remordimiento me subió por el estómago, ¿se daba cuenta de cómo mi amiga jugaba con él a su antojo?

— Os dejo, voy a ver qué tal esta Thomas — comenté.

Y sin esperar una respuesta, que sabía que no llegaría, me fui decidida hacia la cafetería.

La mesa que habíamos ocupado hacía un rato, se hallaba vacía.

Como el resto del comedor. Miré el reloj de la pared y entonces me di cuenta de lo tarde que era. Di media vuelta, dispuesta a salir disparada hacia mi próxima clase, cuando choqué de bruces contra alguien.

— Lo siento — dijo una voz dulce, que consiguió desbocar mi corazón —
¿Estás bien?

¿Bien? Grité para mí misma. Estaba mejor que bien. Aunque la nariz me dolía horrores, por el porrazo, daba igual. Estaría bien,

aunque me hubiera roto el tabique nasal, solo por estar tan cerca de él.

El ángel de mis sueños acababa de materializarse ante mí. Me sentía extrañamente aturdida ante semejante suerte.

Me miraba a la espera de una respuesta. Clavando sus ojos como el cielo en los míos incrédulos.

— Sí, estoy bien — contesté finalmente con voz temblorosa —, ha sido culpa mía...yo... girarme así y...— No era capaz de pensar de forma coherente, y menos aún de expresarlo en palabras. Solo podía mirarlo atontada. Su cara, sus ojos, su boca, su pelo revuelto.

Era el desconocido de ayer.

— Por favor, no te excuses, ha sido culpa mía. Iba mirando el móvil y no te he visto.

Claro. No me había visto. Una oleada de decepción me inundó por completo. ¿Qué esperaba? ¿Qué estuviera siguiéndome por el placer de verme?

Definitivamente era tonta. Además de ingenua. Continué insultándome mentalmente a mí misma, mientras él me miraba con recelo.

— ¿Seguro que estás bien? — Sus ojos escrutaban mi rostro.

Parecía buscar alguna señal de cordura por mi parte.

¿Y a él que le importaba si yo estaba bien o mal, si ni siquiera me había visto? Mi decepción se convirtió en rabia.

— Perfectamente — aseguré. Y empecé a caminar en dirección a la salida del comedor, con paso ligero.

— Déjame acompañarte, al menos. — Oí su voz detrás de mí, y me volví rápidamente para soltarle una negativa.

Lo que yo no me esperaba era encontrármelo otra vez tan cerca.

Casi podía notar su aliento en mi cara. Me quedé mirando, como una boba, sus bellos ojos lapislázuli.

Mi enfado se desvaneció por completo. Mi cuerpo tan cercano al suyo, me pedía que lo tocara. “Con solo acercarme un poco más”

pensé, a la vez que me recreaba en la visión de sus rosados labios curvándose en una leve sonrisa. Entonces, como si acabaran de tirarme una jarra de agua fría

por la cabeza, reaccioné.

Él estaba encantado, parecía disfrutar de lo lindo con mi aturdimiento. El chico guapo que las vuelve locas a todas con una mirada. Me rebelé ante semejante idea. Era tonta, cierto, pero aún me quedaba algo de dignidad.

— ¿Te importa? — solté, mientras hacía señas con la mano para que se moviera un poco.

— ¿Cómo dices? — preguntó extrañado.

— ¿Por qué te acercas tanto? ¿No sabes calcular las distancias o qué? — con decisión levanté mi mano y la planté sobre su pecho,

en un intento de alejarlo de mi.

No me esperaba sentir aquello. Me ardía la piel con solo rozarle,

como si tuviera fuego bajo mis dedos, abrasándome las yemas.

Tragué saliva intentando calmarme y ocultar mi sofoco.

— Si tanto te molesta.— Añadió alzando una ceja y sonriéndome con picardía, mientras se desplazaba un paso más atrás. Dejando mi mano colgando en el vacío.

Me dolía su ausencia en la piel.

— Deberías aprender a respetar el espacio vital de los demás. —

Quería parecer más ofendida que encantada, que era como en realidad me sentía por este accidentado encuentro.

Pero perdí por completo la compostura, cuando alcé mis ojos y me encontré con su frío mar azul mirándome intensamente. Mi cara,

espejo del alma, me delataba a voces. Sentí la necesidad de escapar de allí antes de ridiculizarme aun más. Empecé a caminar con torpeza hacia el pasillo, acelerando mi ritmo cada vez más,

mientras sentía el hielo de su mirada clavado en mi espalda.

Miles de mariposas aleteaban desbocadas en mi estómago, y una estúpida sonrisa se plasmó en mi cara para el resto del día.

Me pasé la tarde rememorando, una y otra vez, todas y cada una de las palabras, gestos y miradas, que había compartido con mi

ángel particular.

Beth intentó sin éxito, saber que me ocurría, pero conseguí

desviar la conversación preguntándole por Daniel y su encuentro de hoy.

Y así, inmersa en un estado de levitación, ajena a lo que ocurría a mí alrededor, trascurrió el día. No tenía la menor duda de que podría calificarlo como en mejor día de mi vida, hasta la fecha, ya que pocas veces la vida te permite tener al sueño de tu vida al alcance de tu mano.

Me sorprendí fantaseando con él, de camino a casa. El modo en que me miraba me tenía fascinada. Había algo en él tremendamente atrayente. Perdía la razón cuando veía sus ojos.

¿Quién era? No nos habíamos presentado. ¿Sería un alumno nuevo? Podía ser, pero era extraño que no lo hubiera visto por las clases, porque eso sí que lo tenía claro, en mi clase él no estaba,

semejante monumento no me habría pasado desapercibido. Su voz tenía un acento extraño. Hablaba perfectamente, pero había algo distinto en su pronunciación que no conseguía identificar, ¿sería un estudiante de intercambio?

Mi mente trabajaba a gran velocidad. Podía verlo como el príncipe protagonista de una novela caballeresca. Gallardo, fuerte y esbelto sobre su corcel, cortando el viento con su galope,

avanzando veloz hacia mí. Demasiado ideal, un príncipe azul de los que ya no hay. Además el problema radicaba, principalmente, en que yo no encajaba para nada en el papel de princesa.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué hacía imaginando tonterías como estas? Era imposible que él se fijara en mí. De hecho hoy lo había dejado bien claro. Chocó conmigo porque ni siquiera me había visto, eso era lo normal, que fuese invisible

para él, como para el resto de los chicos y no que estuviera interesado en mi, tal y como mi mente enfermiza quería hacerme creer.

El móvil sonó justo en mitad de mi encantamiento, asustándome con su estridente melodía. Era el señor Benet. Aplazábamos la entrevista de trabajo a mañana. Perfecto, tampoco tenía cabeza ahora para esto, así que volví sobre mis pasos y me encaminé

hacia mi casa.

Francin estaba sentada, frente al televisor encendido. Aunque no le estaba prestando ni pizca de atención. Hojeaba un grueso libro que tenía en su regazo.

— ¿Para qué enciendes la tele si no la vas a ver? — dije a modo de saludo, mientras le sonreía abiertamente.

— Hola cariño — contestó regalándome una sonrisa —, apágala si quieres. — Añadió.

— ¿Qué miras con tanto interés? — Pregunté acercándome al sofá y sentándome a su lado. Mi mochila cayó al suelo ruidosamente.

Mi madre me pasó el libro. Leí el título, o al menos lo intenté.

— Mama, esto está en alemán — me quejé alzando el libro — ¿para qué quieres un libro que no puedes leer?

Resplandecía, como una niña con zapatos nuevos, acariciando las tapas del libro con reverencia. No era un simple libro.

— Este era el libro favorito de tu padre.

— Entiendo, pero ¿por qué lo has comprado en alemán? — Eso sí que no lo entendía.

— Porque es como él lo leyó, por primera vez — había melancolía en sus palabras —, siempre me hablaba de este libro.

— Pero no podrás leerlo. — No quería chafarle la ilusión, pero es que seguía sin

encontrarle el sentido a comprar un libro en un idioma que no conoces.

Había un brillo especial en sus ojos. Siempre aparecía esa mirada cuando recordaba a Carl. Se veía radiante, hermosa. Había cruzado el umbral de los cuarenta, y en su piel empezaban a dibujarse pequeñas arruguitas, que ella por supuesto negaba que estuvieran ahí. El ciclo de la vida, ni mi madre era tan joven, ni yo tan niña.

— Va, cuéntamelo. — Insistí, sabía que había una historia escondida detrás de ese libro, y si era sobre papa, estaba deseando escucharla.

Me miró dulcemente y empezó a hablar.

— No quiero este libro para leerlo. Es un tributo a tu padre. No solo lo leyó, sino que fue el autor de la novela. El escribió este libro. —

Se mantuvo en silencio, a la espera de mi reacción que no tardo en llegar.

— ¿Papa escribió un libro? — La incredulidad se pintó en mi rostro. No me molesté en ocultarlo.

— Si, el que tienes en tus manos ahora mismo.

— Y ¿por qué no me lo habías dicho antes? ¿Por qué no me lo dijo él?

— Porque jamás llegó a publicarse — dijo tomando el libro de mis manos —. Papa siempre decía que no era una buena historia y se negaba en redondo cada vez que yo insinuaba la posibilidad de llevarlo a alguna editorial.

— Pero no lo entiendo, tanto esfuerzo ¿para nada? — no concebía esa faceta de Carl.

El era un luchador nato. Siempre me repetía, una y otra vez “fíjate un objetivo en la vida y lucha por alcanzarlo, haz realidad tus sueños”. Me animaba constantemente a perseguir mis sueños, y luego él, no había luchado por los suyos. Estaba levemente decepcionada.

— Bueno, para nada no — continuó diciendo mi madre —. Se sintió

muy realizado personalmente por ser capaz de tal hazaña. El mero hecho de concluir el libro ya fue todo un logro para él.

— Pero al final se publicó.

— No, este ejemplar es único. — Mi madre soltó una risita al ver mi cara de asombro.— Lo mandé a encuadernar hace unos seis meses — prosiguió con su explicación al ver mi cara —. Cuando tu padre vivía en Alemania, tenía un amigo periodista, al que hacía años que no veía. Lo llamé cuando papa falleció. Ese fue todo el contacto que tuve con Mark, el amigo de papa. Pero hace unos meses me llamó, diciéndome que lo habían trasladado aquí, a

Vancouver, como corresponsal y que estaría encantado de quedar conmigo y tomar una copa.

¿Francin saliendo con un hombre? Eso me parecía del todo imposible.

— No acepte su invitación — continuó sin darme la oportunidad de preguntar nada.

Ya me parecía a mi raro que Francin saliera con alguien. Como ella misma decía, Carl era el amor de su vida, que él ya no estuviera,

no significaba que ella hubiera dejado de amarle.

— Le hablé acerca de este libro y el amablemente se ofreció a correr con todos los gastos de impresión, encuadernación, etc.—

Se quedó pensativa unos instantes. — Fue un detalle muy bonito por su parte. Él también quería muchísimo a tu padre.

Quise quitar un poco de tensión, veía que Francin empezaba a derrumbarse.

— Ese Mark parece majo ¿no? Quizás deberías reconsiderar su invitación.

— ¡No! Se formaría una idea equivocada de lo que eso significa. Le agradezco de corazón lo que ha hecho, pero ahí queda todo —

reafirmó, pero pude ver como sus mejillas enrojecían y sus ojos volvían a brillar.

— Es precioso — repuse mirando el libro —, es una pena que papa no me enseñara alemán.

— Cierto, pero así he cumplido con sus deseos y los míos a la vez.

— No te entiendo.

— He conseguido tener su libro encuadernado, en condiciones, como se merece, como tenía que ser. Pero nadie va a leerlo. Ni tú, ni yo. Como él quería que fuera.

Estaba maravillada del tremendo romanticismo que escondían las palabras de mi madre. Después de dos años sin Carl a su lado,

tenía en consideración lo que había sido su deseo. Estaba emocionada. Poca gente puede hacer gala de haber encontrado al amor de su vida y haber vivido una historia tan bonita como la de

Francin y Carl.

Aún recordaba el día en que Carl, paseando cerca del lago, me contó cómo se conocieron.

Él acababa de llegar de Alemania. Sus padres lo habían mandado a los Estados Unidos a estudiar. Solo tenía dieciocho años cuando llegó.

Francin era algo más joven, tenía dieciséis años por aquel entonces, cuando la vio por primera vez. Estaba en casa de unos conocidos, familia de Francin. Cuando ella apareció en el pequeño comedor, Carl sintió como el corazón dio un vuelco en el pecho, al ver aquella preciosa criatura de ojos grises mirándolo con su ingenua sonrisa. Desde aquel día se habían hecho inseparables.

Hasta que una fría tarde de otoño, mientras tomaban un chocolate caliente, Carl reunió el valor necesario para pedirle que se casara con él, y Francin aceptó, encantada. Lo amaba tanto como él a ella.

En más de una ocasión, mi padre solía decirme que el corazón tiene motivos que la razón desconoce. No me había dado cuenta de cuan veraces eran sus palabras,

hasta ahora.

— ¿Estás bien? — preguntó mi madre, mirándome con recelo,
mientras acariciaba mi brazo.

— Si, es solo que, pensaba en papa... lo echo tanto de menos.

— Yo también cariño, no sabes cuánto — susurró, atrayéndome hacia ella con un abrazo.

La noche cayó sobre nosotras. Acurrucadas en el sofá. Cada una inmersa en su rincón de recuerdos felices. Los míos más recientes, giraban en torno al dueño de los ojos más bonitos que había visto en mi vida. Los de Francin, supuse más lejanos.

— ¿Tienes hambre? — su voz me sonó como el eco lejano de las montañas.

— ¿Qué hora es? — miré el reloj que descansaba sobre mi muñeca

— ¡OH Dios mío! ¡Que tarde!

Salí disparada escaleras arriba, con la mochila a rastras, mientras

Francin, se dirigía a la cocina para preparar la cena. Ahora me tocaría trasnochar, después de dedicar la mayor parte de la tarde a regodearme en mis sueños.

Oía a mi madre trajinando en la cocina, mientras yo intentaba concentrarme en el esquema que tenía delante, el ciclo de Krebs,

para el trabajo de biología. Tuve que hacer un esfuerzo hercúleo,

por dejar de imaginar ojos color turquesa, donde tenía que ver moléculas de glucosa y enzimas. Esto empezaba a ser preocupante. Cerré los ojos, apretándome el puente de la nariz con dos dedos. ¿Qué me estaba pasando?

— ¡Cariño baja a cenar!— gritaba Francin a pie de la escalera.

— ¡Voy! — contesté, poniéndome en pie lentamente. Por fin había acabado. No era uno de mis mejores trabajos, eso lo tenía claro,

pero sin duda era el que más energías había logrado consumir de mi misma. Estaba agotada por la lucha interna que había librado,

en un intentó vano por dejar de pensar en él.

El despertador sonó con su timbre chillón, despertándome del mejor de mis sueños. Maldije aquel aparato endemoniado.

Después de una ducha rápida, baje a desayunar, pero Francin no estaba sola. Beth ocupaba la silla frente a mi madre.

— ¡Beth! ¿Qué haces aquí?

— Pues vaya “buenos días” que me das — dijo volviéndose hacia mí.

— Hola fea — me acerqué de un salto a su silla y empecé a revolver su cabello perfectamente alisado. Sabía que eso la sacaba de sus casillas.

— ¡Eh! ¿Quieres parar ya? — Empezó a alisarse la melena con las manos y volviéndose hacia mi madre añadió: — Que manía tiene tu hija con amargarme el día de buena mañana. ¿Cómo la soportas?

Mi madre y yo rompimos a reír.

— Ahora en serio, — dije mientras metía una cucharada de cereales con leche en mi boca — ¿Qué haces aquí tan temprano?

Francin se estaba arreglando para irse a trabajar y nos habíamos quedado las dos solas en la cocina.

— Anoche mi madre se fue de casa. — Jugeteaba con sus dedos evitando mi mirada.

— ¿Cómo lo llevas? — dije apoyando mi mano sobre las suyas.

— No sé, me siento rara — se encogió de hombros —, tengo ganas de gritar, de llorar, de romper cosas, pero no soy capaz de hacer nada. Por eso he venido aquí, no soportaba seguir en mi casa. Mi padre no se merece que lo maltrate de esta manera.

Le temblaba el labio inferior. Comenzó a mordisquearlo, intentando contener las lágrimas que empezaban a asomar en sus ojos.

— Me alegro de que hayas venido. — Me miró por primera vez y vi los efectos de lo que supuse había sido una mala noche. Sombras purpúreas enmarcaban sus ojos. Me apenó enormemente verla así.

Beth parecía siempre tan fuerte, ajena al sufrimiento. Siempre alegre, perfecta, y ahora estaba aquí, sentada en la descolorida silla de mi cocina, haciendo un esfuerzo por recoger y recomponer los pedacitos que quedaban de su vida. Veía en su mirada que no iba a contarme nada más. Me parecía bien. No iba a meter el dedo en la llaga por satisfacer mi curiosidad. Pensé que lo mejor sería distraerla una poco, aun a riesgo de mi persona.

— ¿Por qué no me arreglas esta maraña de pelo? — Me miró como si no me entendiera.— Fíjate, esta encrespado y eso que acabo de secármelo, estoy hecha un asco.

Un atisbo de sonrisa afloró en su apagado rostro.

— Tienes razón — admitió —, das pena.

Sonreí aliviada. Esa era mi Beth.

Fue un día eterno en el instituto. No veía a mi ángel por ningún sitio, y para más recochineo, Daniel estaba de lo más empalagoso con mi amiga. Suspiré aliviada cuando acabaron las clases.

Tenía que ir a mi primera entrevista de trabajo.

Ángel o demonio

“Cuando se teme a alguien es porque a ese alguien le hemos concedido poder sobre nosotros.”

Hermann Hesse

La oficina del restaurante, era bastante deplorable. Pequeña, gris, atestada de papeles, con una minúscula mesa donde apenas había espacio para un teléfono y un par de archivadores.

El señor Benet miraba mi currículum con fingido interés, a través de sus gruesas gafas de pasta. Era un buen hombre, aunque parco en palabras. Lo conocía desde la infancia y sabía que lo de darle mi currículum no era más que puro formalismo, pero yo quería hacerlo bien.

— Muy bien Estela, creo que tenemos algo para ti.

— ¿En serio? — Estaba a punto de saltar de la silla y besarlo en la frente. Me contuve.— ¿Cuándo empiezo?

— Veras — dudó mientras se rascaba la cabeza —, no pensaba pedírtelo, pero es que esta mañana ha llamado Marie, una chica que trabaja aquí por las tardes, diciendo que estaba con gripe, en la cama. Así que, si te parece bien, podrías empezar hoy mismo.

Solo habían pasado un par de horas y ya me sentía como una inútil total. Había quemado una docena de hamburguesas y confundido un par de pedidos. Paúl, el encargado, se limitó a darme una fregona, avisándome de que me mantuviera alejada de la cocina.

Me dediqué, en cuerpo y alma, a limpiar el suelo del comedor, evitando así causar más destrozos.

Llego la hora de cerrar. Me fui del restaurante, exhausta y hambrienta. Sabía que Francin me echaría una buena bronca por no decirle nada de mi nuevo trabajo. Pero estaba decidida a seguir con el, si es que me dejaban entrar el próximo día, después de la tarde tan catastrófica de hoy.

Nunca estaba en la calle a estas horas de la noche y menos con este frío. El haz de luz de las pequeñas farolas que encontraba a mi paso, proyectaba unas peculiares sombras que para mentes con una imaginación tan despierta como la

mía, suponían todo un desafío.

Aceleré el paso, tenía la sensación de que alguien me seguía. Mi cabeza estaba jugándome un mala pasada. Solo se oía el ruido de mis pasos, al chocar las suelas de mis botas contra el rugoso asfalto. Mi respiración empezó a descontrolarse. Esa extraña sensación otra vez recorriéndome el cuerpo. Se me puso la piel de gallina, y empecé a temblar, no sabía si por el frío o por el miedo, o quizás por ambas cosas.

Entonces unos faros aparecieron en la distancia. El rugido del motor me era familiar. Era la misma moto que vi el primer día de clase, bajo mi ventana.

Me quedé helada cuando aminoró la velocidad, hasta detenerse frente a mí. No podía reconocer al conductor. La oscuridad de la noche y el faro de su moto apuntando directamente a mi cara,

hacían imposible reconocerlo. Se había quitado el casco y parecía estar esperando a que me reuniera con él. No me moví ni un ápice.

El miedo me tenía totalmente paralizada.

— ¿Te llevo a algún sitio? — le oí decir con voz grave y sensual.

Reconocí esa voz, aunque tenía un matiz diferente que no supe identificar, pero estaba segura, era el mismo chico de la cafetería.

Mi corazón saltó dentro de mi pecho. Estos encuentros acabarían por provocarme un paro cardíaco o algo así.

Puse todo mi empeño en obligar a mis piernas a seguir caminando,

pero mi cuerpo seguía paralizado.

— No creo que sea una buena idea que andes sola por aquí a estas horas — bajó el tono de su voz hasta, convertirlo en un susurro para añadir —, la noche puede ser peligrosa para alguien como tú.

¿Qué se suponía que estaba pasando aquí? ¿Me estaba amenazando? ¿Quería asustarme? Pues lo había conseguido.

Aunque también consiguió que me rebelara contra él por su descarada prepotencia.

Seguía sin verle la cara y eso me molestaba muchísimo. Estaba segura de que era la misma persona que, con una simple mirada suya, ponía mi vida patas arriba. En el fondo de mi ser estaba dichosa por tan inesperado encuentro, pero no por eso iba a dejar que él siguiera regodeándose aun más, en el efecto que provocaba en mi.

— Gracias por tú interés, pero se cuidarme sola — contesté con rudeza.

Por suerte el móvil empezó a vibrar dentro de mi bolso. Agradecí

enormemente esa llamada, era mi tabla de salvación. Oí la voz de mi madre, ligeramente entrecortada.

— Hola cariño, acabo de salir del hospital y al pasar por casa he visto que no habías llegado aún. Estoy en el coche todavía

¿quieres que te pase a buscar por algún sitio?

— Sí, claro que si, mama — repuse con apenas un hilo de voz —,

estoy frente a la tienda de deportes.

— OK, ya voy de camino, llegaré en cinco minutos.

Cerré la tapa del móvil, pero no quise guardarlo de nuevo. Me sentía más tranquila con el en la mano, por si la cosa se ponía fea.

El motorista sin rostro me miraba fijamente. Podía sentir sus ojos clavados en mí. Él, oculto bajo un manto de oscuridad y yo abiertamente expuesta ante los faros de su moto. Jugaba con ventaja. Me sentía estúpida allí plantada.

— Si no quieres esperar, mi oferta sigue en pie.

— Prefiero esperar, tú puedes largarte cuando quieras.

— No quiero dejarte sola, mejor me quedo y te hago compañía.

— No necesito tú compañía — estaba empezando a sacarme de mis casillas.

En mi vida había tenido en valor de hablar con un desconocido, y menos de pelearme con él. Pero era extraño lo que este chico provocaba en mí, una mezcla de atracción—odio que no podía controlar.

Escuché una risita. Las luces de un coche que venía por mi espalda, iluminaron su rostro como en pleno día. Una sonrisa burlona se perfilaba en sus labios. Me disgustó enormemente que el haz de luz se disipara, tan rápido como había venido, ocultando de nuevo su fisonomía ante mis ojos. Ahora ya no tenía ninguna duda. Era él. El ángel de mis sueños.

— Por cierto, no nos hemos presentado — dijo extendiendo su mano hacia mí. Por el tono de su voz supe que seguía sonriendo.

No me moví. El bajo su mano lentamente hasta apoyarla de nuevo en la carcasa de su moto.

— Ahora viene cuando tú me dices tu nombre — añadió algo molesto.

No pase por alto el hecho de que él no me había dicho el suyo.

Pues se iba a quedar con las ganas, igual que yo.

— Si eres tan listo como pareces, ya lo descubrirás. —

Sinceramente no llegaba a comprender porque me comportaba así, con tanta rudeza.

Justo detrás del motorista, un par de faros hicieron su aparición.

Los reconocí al instante. Era Francin. Una sensación de alivio mezclado con angustia me invadió por completo.

Aliviada, por liberarme de esta incómoda situación y angustiada,

porque después de todo, deseaba quedarme aquí con él más que nada en el mundo. Mi corazón me pedía a gritos que me subiera a su resplandeciente moto roja, en vez de montarme en el viejo coche de mi madre. Por suerte o por desgracia, mi facultad de raciocinio actuó antes, dirigiendo mi negado cuerpo hacia el lugar donde Francin había parado, justo al otro lado de la calle.

Me fui sin mediar palabra. Sin mirarle. Un momento de debilidad bastó para que alzara mi vista en su dirección, sintiendo como su gélida mirada derrumbaba toda mi determinación.

— Vamos Estela, entra de una vez que hace un frío horrible.

La voz de mi madre me devolvió a la realidad. Entre lentamente, oyendo a mis espaldas, el rugido de un motor acelerando calle abajo.

— ¿Quién era ese?

— ¿Qué? — aun estaba aturdida.

— Que quien era ese amigo tuyo, el de la moto — repitió curiosa.

— No es ningún amigo, es... me ha preguntado por una calle.

Mi madre me miró ceñuda, mi argumento no era muy convincente, pero decidió no inmiscuirse más.

— Preferiría que no anduvieras por la calle a estas horas. ¿Qué hacías tan tarde por aquí?

— Acababa de salir del trabajo — ya está, había soltado la bomba, ahora me iba a caer una buena.

— ¡¿Qué?!

Lo mejor sería afrontar esto cuanto antes y eso hice.

Otra noche en vela. La cosa iba de mal en peor. Solo hacía unos días que había empezado en instituto, y mi capacidad de concentración dejaría mucho que desear para el resto de curso si seguía así. Tenía que dormir. Miré el reloj despertador de la mesita de noche. Las cuatro de la madrugada. Me tapé la cara con la almohada, desesperada por conciliar el sueño. Empecé a hojear un libro, de lectura obligatoria para la clase de literatura. Era aburridísimo, pero ni siquiera entre sus páginas encontré el alivio a mi insomnio.

La experiencia de esa noche había logrado sobrepasarme. Estaba fuera de control. Comparaba una y otra vez la voz, profunda y

áspera del motorista, con el tono dulce y melodioso del chico de la cafetería. Eran la misma persona, lo había visto con mis propios ojos, pero entonces ¿por qué en la cafetería me había parecido un

ángel celestial y esta noche, subido en su moto, era más bien un

ángel tenebroso? Y lo era más desconcertante, ¿por qué me atraía con tanta intensidad?

No es que su conducta para conmigo hubiera sido memorable hasta el momento. Mis hormonas debían estar disfrutando de lo lindo, enloqueciéndome de esta manera.

Finalmente me venció un sopor similar al sueño, pero no tan reconfortante. Desperté peor que el día anterior.

— ¿Has dormido bien, cariño?

Francin estaba colocando los cacharos limpios del lavavajillas en el armario que había sobre el fregadero, cuando yo asomé por la puerta de la cocina, con paso lento y cansino.

— No mucho, la verdad. — Vi como se le marcaba una arruga de disgusto en el entrecejo y supe lo que venía a continuación.

— Vas a tener que contarme de una vez que es lo que te pasa —

dijo apoyando las manos en sus caderas —, llevas dos días levantándote con esa cara de zombi y casi no comes nada. Así que por más que lo quieras negar, se que te pasa algo y de hoy no pasa que me lo expliques.

Su voz y su expresión, mezcla de preocupación y enfado, no dejaba lugar a dudas, debía darle alguna excusa creíble, pero

¿cuál? ¿Qué estaba volviéndome loca? ¿Que un rostro divino me había robado el sueño y el apetito? No, era absurdo hasta para mí.

Así que decidí optar por otras respuestas, menos certeras, pero más racionales.

— Simplemente estoy preocupada, este es el último año en el instituto y, en fin ¿qué va a pasar conmigo el año que viene? Aun no tengo claro si quiero ir a la universidad y dejarte sola.

— ¡Ah no! Eso sí que no. Tu futuro es lo único realmente importante. No puedes tirar por la borda tus excelentes calificaciones para hacer de niñera de tu madre.

— Se acerco lentamente y me abrazo con fuerza.

La calidez de su cercanía, fue reconfortante, como un baño caliente cuando tienes el cuerpo entumecido. Aunque el motivo real de mi insomnio distaba mucho de ser el que acababa de contarle a ella, en este momento deseaba de verdad no cambiar de vida nunca.

— Te quiero mucho, mama — susurré.

— Yo también te quiero corazón — vi como se secaba una lágrima con la manga de su camisa —. Venga, ahora a clase, que sino llegarás tarde — añadió, pero no terminaba de soltarme.

Me deshice como pude de su abrazo y salí de casa sin prisas.

Me gustaba el paseo que había hasta el instituto. Sentía el húmedo aire otoñal, más frío y denso que un par de semanas antes. Era agradable, me ayudaba a aclarar las ideas.

La mayoría de mis compañeros tenían algún tipo de vehículo para desplazarse. Un viejo coche, una moto oxidada, o una simple bicicleta. Pero a mí me gustaba andar. Tenía que reconocer que tampoco me sobraba el equilibrio como para montar en bici o en moto, y el escaso dinero ahorrado, no me alcanzaba como para comprarme un coche. Por lo tanto andar era mi única opción,

suerte que al menos la disfrutaba.

Llegué temprano a clase por primera vez en tres días. El raído banco de madera, que había a la entrada del edificio, lucia solitario. Me senté, a la espera de ver aparecer el coche destartado de mi amiga. Pero en lugar del ronroneo habitual de su motor, escuche el potente rugido de una moto.

Estaba segura de quien era él, antes de verlo llegar. Por dos motivos, el ruido ensordecedor de su moto y la electricidad que recorría mi cuerpo poniéndome el vello de punta.

— ¡Eh! ¿Qué haces ahí pasmada?

Di un brinco en mi asiento al oír la voz de Beth a mis espaldas.

— Casi me matas del susto — solté llevándome la mano al corazón.

Me dio la impresión de que latía a mil por hora.— Estaba esperándote — repuse sin dejar de mirar a mi alrededor.

Buscando entre la gente un rostro en particular.

— Si ya... esperándome, ¿por qué me ignoras entonces? — Se plantó delante de mí, con los brazos en jarras y una mirada suspicaz en sus grandes ojos. — Tienes otra vez esa mirada rara.

— No seas idiota — contesté pasándole un brazo por los hombros

—. Vamos a clase, que capaces somos de llegar tarde otra vez.

Por cierto, tu pelo está mucho mejor, ¿no? — le revolví su lacia melena mientras ella intentaba huir de mí.

Por suerte para mi, había sacado a colación el tema ideal para que se olvidare de mis rarezas. Empezó a hablar y hablar de su gran problema estilístico, que por lo visto ya no era tan grave. Me alegré de tenerla a mi lado, sus bromas y sus comentarios mordaces, sobre cualquiera que hallábamos a nuestro paso,

consiguieron mantenerme alejada de mi obsesión. O eso pensaba yo.

— ¡Guau! ¡Qué pedazo de tío!

Miré, siguiendo la dirección de la mirada de Beth y lo vi. Allí estaba

él. Divino y escultural. El corazón empezó a aporrear mi pecho enloquecido. Empezaron a sudarme las manos y el estómago se me quedó como un puño.

— No puede ser ¿qué hace el aquí? — Creí pensar, pero en realidad lo estaba

diciendo en voz alta, por desgracia para mí.

— ¿Lo conoces? — Beth no salía de su asombro — ¿Por qué no me lo has presentado? Esta para mojar pan y chuparse hasta los dedos.

— Deja de decir estupideces. Claro que no lo conozco.

— Entonces ¿por qué has dicho...? Déjalo, últimamente estás de un rarito...— sacudió la cabeza agitando su melena azabache. Y

dicho esto se encamino hacia él.

— ¿A dónde te crees que vas? — grité desesperada, sintiendo la garganta seca y rasposa.

Estaba aterrada sabía que mi pregunta no tendría respuesta. Salí

disparada tras ella, sin pensarlo si quiera. No era normal que yo la siguiera en sus flirteos, pero con él no podía permitirlo. Él era...era... ¿Qué era él para mí? Solo habíamos coincidido un par o tres de veces, y por pura casualidad, pero en toda mi vida no había sentido lo que sentía ahora mismo, mientras me acercaba a él. Con los nervios en flor y las mejillas coloreadas, me mantuve detrás de mi amiga, que a este paso iba a dejar de serlo.

— Hola, soy Beth Thomson — lo saludó con soltura, alargando la mano hacia él.

Me sorprendió. Beth no se andaba con remilgos, me extrañaba que no hubiera aprovechado la ocasión para plantarle dos besos en la cara a mi ángel. Entonces de un empujón, aprovechando mi momento de duda, me colocó delante de ella, justo enfrente de él.

No podía dejar de sudar y mi cara parecía un semáforo. Ni en pleno agosto había sentido tanto calor invadiendo mi cuerpo. Era como si un fuego me devorase por dentro.

Beth seguía hablando como una cotorra, pero yo no podía oírla. Mi mundo en estos precisos momentos, giraba en torno a esos ojos de azul intenso, como un pedacito de cielo en un día despejado de invierno. Me miraba con tanta intensidad, que no podía apartar mi vista de él. Era como si estuviera atrapada en aquel glaciar, que eran sus ojos. No era consciente de que el tiempo transcurría a

nuestro alrededor. Para mí todo había desaparecido. Beth, el colegio, la gente, la calle, el pueblo, todo. Solo él y yo. Solo sus ojos azules clavados en los míos. Sentí una atracción mayor a la que había sentido hasta ahora. Me di cuenta de que no parpadeaba cuando empezaron a escocerme los ojos.

Físicamente, era el mismo tipo que anoche me intimidaba subido a su potente moto. Pero ahora parecía otro. Era como si el chico de anoche y el que ahora tenía ante mí, fueran dos personas distintas.

Mi mente me estaba jugando una mala pasada. Anoche estaba oscuro, ni siquiera pude ver bien al extraño motorista. Mi cabeza giraba como una peonza. Quizás mi obsesión me había llevado al punto de ver este rostro, extremadamente bello, en cualquier desconocido. Me pilló por sorpresa como en un segundo, mi vida se había puesto del revés. Algo profundo, algo ajeno a mi control,

se había puesto en marcha el primer día que cruzamos nuestras miradas. Ya no había vuelta atrás. Fuera lo que fuese, me tenía atrapada por completo.

— ¿Me oye alguien? — Beth cansada de que la ignorásemos sin más, se puso entre nosotros, cegando mi visión. Desea apartarla de un empujón. ¿Por qué lo hacía?

— Me llamo Eric Wallace — apretó la mano de Beth y después la tendió hacia mí.

Alargué mi mano, temerosa de lo que pudiera pasar al tocarlo,

después de lo que experimentaba con solo mirarlo.

Un calor agradable recorrió mi piel al contacto con la suya. Notaba el cosquilleo en la punta de mis dedos, donde mi sensibilidad era aun mayor. Fue apenas un leve roce, pero me pareció que él mantuvo más tiempo del necesario mi mano entre la suya.

— Aun no se tu nombre — dijo con voz suave.

No era capaz de decir ni “mu”. Beth se dio cuenta de mi parálisis temporal y reaccionó por mí.

— Se llama Estela Preston y creo que ya puedes soltarle la mano.

— Soltó sin más, mientras yo creía que mi cara explotaría de un momento a otro.

¿Qué iba a pensar de mí? Parecía tonta de verdad. Pero si ya había hablado con él antes ¿Por qué me sentía mareada e incapaz de contestar?

— ¿Cuál es tu primera clase? — oí que le preguntaba mi amiga.

— Déjame mirarlo, acabo de llegar y no tengo muy claro el horario

— contestó, mientras rebuscaba en su mochila.

Me dediqué a observarlo con atención. Llevaban unos vaqueros gastados con una fina camiseta de algodón, en tono vainilla y una cazadora de piel color chocolate. Su atuendo, no se diferenciaba tanto del resto de compañeros, pero él lucía ese simple conjunto como nadie más lo hacía. Me regodee ante tan atractiva visión.

Su rostro era tal como lo recordaba en mis sueños. Facciones equilibradas, mandíbula cuadrada, nariz recta y frente despejada,

donde unos mechones dorados, como gotas de miel, caían despreocupados. Llevaba el cabello ligeramente ondulado,

despeinado, que le aportaba un toque de rebeldía, de frescura. Y

por último sus ojos, azules como el lapislázuli, enmarcaos por unas espesas pestañas que le conferían una profundidad sobrecogedora.

Vi aparecer una ancha sonrisa en su rostro, mientras agitaba un pequeño papel. Sus labios rosados dejaron entrever una dentadura perfecta.

Sentí una punzada de dolor ante tanta perfección. Yo no podía soñar con un chico así. Beth quizás, pero yo, jamás.

Su voz era música celestial para mis oídos.

— Tengo clase de literatura con la señora Stewart.

— Estas de suerte, esa es nuestra clase también, vamos — dijo

Beth, que sin pensárselo dos veces, lo tomó por el brazo.

Él la miro confuso y se volvió hacia mí. Yo permanecía inmóvil,

como una estatua de sal. Estupefacta por como Beth agarraba ese brazo que yo ansiaba tocar.

— ¿Vienes con nosotros? — su voz acaramelada parecía empañada por algo que no supe discernir.

Me miraba suplicante. ¿Acaso era el único chico que no caía rendido a los pies de mi amiga? Yo estaba acostumbrada a que directamente me ignorasen cuando ella desplegaba todas sus artes de seducción, pero en este caso no fue así. Sus ojos me hablaban. Era Beth quien le cogía por el brazo, cosa que me hacía sentir extrañamente incomoda y molesta, pero era a mí a quien miraba.

— Ya voy — sonó como un murmullo incomprensible.

— Claro que viene — oí que le decía Beth —, cuando deje de babear.

— ¿Qué se supone que estás haciendo? — le solté a Beth cuando nos sentamos en clase, alejadas de Erik.

— ¿Intentar comerme a ese bombón? — contestó alzando una ceja, como si fuera algo tan evidente que mi pregunta estuviera fuera de lugar — ¡OH vamos! Estela, esta buenísimo, está claro que es lo que quiero hacer con él, ¿no?

No sabía por qué aquellas palabras me revolvían el estómago.

Estaba furiosa de un modo irracional y desconocido para mí. Una mezcla de rabia por lo que ella quería hacer, e impotencia porque yo no podría evitarlo.

— Déjalo en paz — farfullé, mirando las grietas de la mesa,

mientras notaba como las uñas se clavaban en la palma de mi mano de tanto apretar.

— Espera un momento, aquí pasa algo — entonces su rostro se ilumino y empezó a reírse —, ¡a ti te gusta el nuevo!

Toda la clase se volvió a mirarnos. Me ruboricé hasta los límites de lo posible, mientras la profesora nos llamaba la atención.

Erik me miraba desde el otro lado del aula. No podía verlo, ni me atrevía, pero percibía esa corriente invadiéndome de nuevo.

Beth me pasó un trozo de papel bajo el pupitre.

“Tú y yo tenemos que hablar largo y tendido de este tema. No te pienses que vas a escaparte, sin contarme con pelos y señales,

que está pasando aquí. QUE TE QUEDE CLARO.”

Asentí con la cabeza. Era lo mejor. Al fin y al cabo, yo también necesitaba desahogarme, o este mundo de nuevas sensaciones,

acabaría por volverme loca de remate.

— Por donde empiezo — rumié pensativa.

Habíamos ido a almorzar fuera. Evitando así al resto del grupo,

que seguramente nos estarían esperando en la cafetería, como siempre. Nos habíamos sentado en el césped. Beth me interrogaba con la mirada.

— ¿Qué tal por el principio? — dijo con notable curiosidad —

Quiero saberlo todo, ¿ya lo conocías? ¿Te gusta? ¿Tenéis un rollo secreto entre vosotros?

— Beth, por favor, no me agobies o no te contare nada de nada. —

Me puse de pie caminando en pequeños círculos.

Mi amiga se llevo dos dedos a los labios, indicándome por señas que permanecería callada.

— No estoy liada con él, si es lo que estás pensando — “aunque ojala lo estuviera” agregué mentalmente —, no lo conozco, bueno ahora sí, gracias a tu magnífica intervención de esta mañana. Solo había tropezado con él un par de veces por aquí — mi voz no sonaba tan serena como me hubiera gustado.

— Entonces ¿qué te pasa? Nunca te has quejado por mis constantes flirteos, o al menos eso me parecía a mí. ¿Por qué con

él te molesta tanto?

— Porque... porque — la cabeza me iba a estallar — ¡No sé por qué! — solté al fin. Y las palabras empezaron a fluir sin parar.—

Hace un par o tres de días lo vi de lejos. Estábamos en este mismo lugar, cuando tú me preguntaste porque te ignoraba ¿te acuerdas? — Asintió con la cabeza.— Pues el caso es que cuando lo veo, el resto del mundo desaparece para mí. Solo lo veo a él y quiero saber, no — rectifiqué — necesito saber, que hay detrás de esa mirada que me trae loca.

Notaba el gran peso que me oprimía el pecho, más liviano. Era todo un alivio expresar en palabras lo que hasta ahora, no habían sido más que sensaciones.

— ¡Madre mía! — Dijo Beth transcurridos unos segundos desde mi declaración. — Te ha dado fuerte ¿eh? ¿Sabes cómo se llama eso que te está pasando? Flechazo, amor a primera vista — sus palabras me atravesaron por completo — ¡Es increíble! Nunca te he visto interesada por ningún chico. Parecías insensible a todos ellos, y ahora vas y te enamoras perdidamente de un desconocido,

¡y solo con una mirada! Flipante.

— ¿Enamorada? ¿Yo? Eso es imposible — no daba crédito a sus palabras, aunque resonaban en mi cabeza una y otra vez —, solo es curiosidad. Quizás un poco de atracción física, no voy a negarte que es guapísimo y todo eso, pero ¿enamorada? ¿Un flechazo? —

seguía atónita — No, esas cosas solo pasan en las películas,

además yo tengo “esta” muy bien amueblada — reafirmé

golpeándome suavemente la cabeza.

— Créeme, puedes negarlo todo lo que quieras y más, pero tú

estas colada por el bomboncito de ojos azules, hasta los huesos —

miró por encima de mi hombro mientras hablaba—, y creo que para él tampoco eres indiferente.

La miré sin comprender que quería decir con eso.

— Esta en la puerta y te está comiendo con los ojos.

— ¿Qué? ¿Cómo? — Me revolví inquieta sobre la hierba. — ¡No mires! — Tiré de ella casi tumbándola en el suelo.

— ¡Dios mío! Es peor de lo que pensaba, ha sido mutuo.

— No sabes lo que dices — repuse temblorosa.

Mi mente intentaba ser coherente, pero mi corazón no atendía a razones. Sentía el pulso acelerado en mi cuello.

— Solo te digo que, daría lo que fuera por que alguien me mirase a mí, como él te está mirando a ti ahora.

Ansiedad

“La razón puede advertirnos sobre lo que conviene evitar; sólo el corazón nos dice lo que es preciso hacer.”

Joseph Joubert

Las tres de la madrugada. Esto se estaba convirtiendo en una mala costumbre. Al menos ahora sabía su nombre. Erik.

Rememoré en mi mente la imagen de su rostro, sus ojos celestes, el contorno de su mandíbula, la curva de sus labios. Me detuve en ellos unos instantes. Mi cuerpo reaccionó, al pensar que se sentiría al besarlos.

Esa simple presunción, besar sus labios, notar el sabor de su boca en la mía, disparó mis hormonas y volví a sentir el fuego abrasándome por dentro.

Me levanté de la cama sudorosa y me acerqué al espejo de pie, que tenía en un rincón de mi habitación.

Las comparaciones son odiosas. Pero no podía evitar mirarme e intentar adivinar que veía él en mí.

Mi físico dejaba mucho que desear. No era para nada, un cuerpo de portada como el suyo. Mi cara era tan corriente como la de cualquiera. Aunque mi madre, no se cansaba de decirme lo bonita que era, sabía que ella no era parcial, eso lo dicen todas las madres de sus hijos. Solo mis ojos, destacaban en este rostro tan mediocre. Grandes y dorados como la miel. Me habría gustado más si hubiera heredado el tono gris de Francin. Mi pelo tampoco estaba mal, una melena, de color castaño claro, caía ondulada por mi espalda. Pero era tan normal como el resto de mi persona.

Nunca me había parado a pensar en mi aspecto tanto como ahora.

Pero tampoco podía mejorarlo. Lo mejor sería que dejar de examinar aquel reflejo, que tan poco me gustaba.

Me metí en la cama, aun más confusa que antes. No quería hacerme ilusiones. Pero las palabras de Beth volvían a mí mente una y otra vez, como cuando oyes una canción y no puedes dejar de tararearla. “Ha sido mutuo” había dicho. ¿Sería cierto?

¿Sentiría él la misma necesidad que sentía yo de estar a su lado?

¿Qué pensaba cuando me miraba a los ojos?

Tenía que admitir que estaba gratamente sorprendida, por el supuesto interés que parecía tener por mí. No sabía que pensar.

En el fondo había algo raro en todo esto. Él podía tener a quien quisiera, con ese cuerpo de infarto y esa cara de ángel. A lo mejor solo era un juego. ¿Se habría propuesto conquistar a la rarita del instituto?

Empezaba a pensar de forma incoherente. Me obligué a dormir, cerrando los ojos con fuerza.

Era como una maldición. Solo podía ver sus ojos mirándome fijamente, mientras luchaba por dormirme.

Desperté bruscamente al oír el pitido del despertador. De nuevo el estridente sonido me arrancaba del mejor de mis sueños. Aun podía recordar con claridad que había soñado, o mejor dicho, con quien.

Volví a cerrar los ojos, rebuscando en mi cabeza restos del sueño ya desvanecido.

— Estela ¿no has oído el despertador?

Había vuelto a dormirme.

— No mama, ya voy.

Me costaba horrores moverme de la cama. Entonces me asaltó un pensamiento, lo vería de nuevo en clase. Toda mi pereza se convirtió en energía, imaginando el momento en que volviera a cruzarme con su gélida mirada.

Un ajetreo constante protagonizó este día. Teníamos dos exámenes, historia y álgebra. Sabía que los resultados de ambos iban a ser nefastos. No lograba concentrarme en nada que no fuera buscarlo en todos y cada uno de los rostros que se cruzaban en mi camino. Esta ansiedad iba a acabar conmigo.

Pero mi búsqueda fue infructífera. No vi a Erik por ningún sitio.

Por la tarde, renové mis esperanzas mientras acudía a la clase de literatura. Para desgracia mía, el profesor de biología había cambiado esa hora de clase para poder informarnos sobre, no sé

que, de una excursión. La verdad es que presté poca atención a lo que decía, enfrascada en mi decepción, o más bien ninguna.

— ¿Vas a casa? — preguntó Beth mientras recogíamos los libros.

— No, hoy tengo que trabajar.

Encima eso. No podía irme a casa y dejar que la pena se apoderase de mí. Tenía que ir al restaurante. El día no podía ser peor.

— ¿Quieres que te lleve?

— No prefiero caminar.

Me miró de reojo, pero no dijo nada más. Agradecí su silencio.

— Bueno, pues hasta mañana — concluyó Beth, despidiéndose de mí con la mano cuando salíamos por la puerta del instituto.

— Adiós — contesté sin ganas. Empecé a caminar hacia mi siguiente tortura.

Esto me superaba. Estaba inquieta, malhumorada. Era del todo ilógico mi comportamiento. Al fin y al cabo desde que lo vi por primera vez, había estado más días sin cruzarme con él, que viéndolo. No venía a cuento que me deprimiera de este modo. Pero no podía evitarlo. “Eres patética” dijo una vocecilla en mi cabeza,

mientras abría la puerta del restaurante con demasiada calma.

La tarde de trabajo fue agotadora. Menos mal que habíamos cerrado temprano. Vi el coche de mi madre aparcado en la calle.

— Hola cariño — me saludo al entrar.

— Hola.

— ¿Qué tal el día?

— Horrible.

— ¿Y los exámenes?

— Horribles.

— ¿Y el trabajo?

— Horrible.

— Vaya, hoy no ha sido tu mejor día ¿eh? — Pasó su brazo por mi espalda. No me había dado cuenta de lo tensa que estaba, me pesaban los hombros y sentía la cabeza como si se hubiera despegado del resto de mi cuerpo.

— Ha sido... — no me dejó acabar la frase.

— Déjame adivinar, ¿horrible? — añadió con una sonrisa.

— Muy graciosa mamá — no estaba de humor para que minimizara mis problemas.

Hicimos el camino de vuelta a casa en silencio.

— Creo que me voy a la cama — solté nada más entrar por la puerta.

— Esta bien — Francin tenía una paciencia increíble conmigo, eso debía reconocérselo.

La sensación de culpabilidad, por haber tratado a mi madre con tanta rudeza, iba en aumento. Ella no tenía por que tragar con mi mal humor y aun así lo hacía.

— ¿Se puede?

— Claro mamá, pasa.

— Toma, te ha traído un vaso de leche y unas galletas. — Dejó la bandeja con la comida sobre el escritorio y se acercó a la cama besándome en la cabeza. — Que duermas bien cariño.

— Igualmente.

— Te quiero mi vida.

— Y yo a ti, mama.

Me quedé sentada, mirándola, mientras ella salía de mi habitación.

Había sido un día de pena, y todo ¿por qué? Sabía perfectamente la respuesta a mi pregunta.

Erik.

Me tome la leche y un par de galletas sin hambre, y me metí en la cama sin más. Por fin, después de tantas noches sin pegar ojo, el sueño se apoderó de mí, casi de forma inmediata. Estaba exhausta, había llevado mi cuerpo al límite.

El crudo invierno había hecho aparición y un algodón húmedo y frío lo cubría todo.

Pasaron las semanas y cada vez se intensificaba más mi anhelo por verlo. Estaba ansiosa, por llegar a clase y encontrarme con su mar de hielo, mirándome desde la distancia.

Siempre me había sentado con Beth en clase. Desde primaria.

Deseo poder cambiar ese hábito, para sentarme al lado de mi dios heleno y estar cerca de él. No lo haría, por supuesto, me sonrojaba con solo verlo de lejos, cuanto más si estuviera a su lado.

Me cruzaba con Erik casi cada día. Al entrar a clase, por el pasillo,

al lado de la taquilla. Tenía la descabellada sensación de que me buscaba. Sabía que eso era del todo imposible, simplemente se estaba limitando a ser educado conmigo, pero mi corazón se regodeaba con la estúpida idea de que él estaba tan ansioso por verme, como yo por verlo a él.

Estábamos en clase de literatura. Erik permanecía sentado un par de filas más atrás. Podría ver su cara con solo girarme, pero eso no entraba en mis planes. Me sofocaba con solo pensar en que pudiera pillarme mirándole con tanto descaro.

La señora Stewart estaba anotando algo sobre un trabajo en la pizarra. Últimamente no daba pie con bola durante la clase de literatura. Solo podía concentrarme en quien se sentaba unos pupitres más allá. En la misma aula, respirando el mismo aire que yo. Suerte que esta signatura era de mis favoritas y no tenía problemas para ponerme al día en casa.

La áspera voz de la profesora me devolvió a la realidad de un mazazo.

— Erik Wallace, usted hará pareja con la señorita Preston.

Abrí los ojos de par en par. ¿Yo pareja de Erik? ¿Para qué?

Miré a Beth consternada. No tenía ni idea de que iba esto. Eran las consecuencias por estar en la inopia durante toda la hora.

Beth leyó mi expresión aterrada.

— Tienes que hacer el trabajo sobre Shakespeare con el bombón

— susurró.

La sangre asaltó mi cara. Un calor asfixiante recorrió mi cuerpo.

¿Un trabajo juntos? ¿Él y yo?

Beth me miró divertida. Mi cara debía de ser memorable.

— Yo en tu lugar estaría haciendo palmas con las orejas por tener tanta suerte — agregó—. Alegra esa cara, esta es una oportunidad de oro.

¿Suerte? Si, había tenido suerte, pero ¿buena o mala?

Apenas podía concentrarme en clase teniéndolo a una distancia prudencial de mí. ¿Cómo iba a ser capaz de preparar un trabajo,

codo con codo, con él?

Me iba a dar un ataque de nervios o algo así. No pude resistirme más y me giré lentamente, buscando sus ojos.

Me devolvió la mirada, guiñándome un ojo, mientras una sutil sonrisa se

perfilaba en sus labios.

Estaba encantado, y yo a punto de sufrir una taquicardia.

Sonó el timbre que ponía fin a las clases. Recogí las cosas rápidamente, huyendo de allí. Intentando por todos los medios no cruzarme con él. Necesitaba tranquilizarme antes. Como mínimo,

debía ser capaz de decir dos frases seguidas, de forma coherente,

para hablar con él.

Beth corría detrás de mí.

— ¡Estela! ¡Eh, Estela! ¿Dónde está el fuego? — Gritaba, mientras yo desaceleraba mi paso para que me diera alcance. — Me vas a matar con tanto ejercicio, ¿te llevo a casa? — Sugirió cuando estuvo a mi lado.

— No hace falta, sabes que me gusta caminar cuando estoy así.

Salimos a la calle y un frío horrible, me arañó el rostro. Casi podía sentir como cuarteaba mi piel. Estábamos a mediados de diciembre, pero aun así esta tarde, era inusualmente más fría.

Accedí de buena gana a que mi amiga me llevara a casa en su coche. Estaba loca, pero no tanto como para irme a pie con la que estaba cayendo.

Beth había quedado con Daniel en el aparcamiento. Últimamente se habían vuelto inseparables. Parecía que esta vez la cosa iba en serio, por la cantidad de maravillas que mi amiga me estaba relatando del sureño.

Entonces noté como mis piernas se pusieron rígidas. No avance ni un paso más. Erik permanecía de pie junto al coche de mi amiga,

hablando animadamente con Daniel.

Sentí la electricidad que inundaba mi cuerpo, cuando él se volvió

hacia mí, clavándome con intensidad el hielo de su mirada. Ya nada más existía para mí que él y sus ojos.

— Estela ¿Qué haces ahí pasmada? — Oí decir a Beth. — Vamos, muévete, me estoy congelando.

Salí de mi parálisis y avance hacia ella, notaba mi cara enfebrecida bajo mi piel, a pesar del frío de la calle.

— Hola — me saludó Erik, adelantándose unos pasos para llegar hasta nosotras.

— Hola — contesté, pero sonó tan bajito que no supe si me había escuchado.

Se quedo mirándome otra vez.

— ¿Qué tal? — Añadió Beth, alternando la mirada entre nosotros dos, finalmente se detuvo en mi cara. — Te espero en el coche,

¿vale?

— Vale — conseguí contestar, sin ni siquiera mirarla.

No podía apartar mis ojos de aquel ángel. Aun no entendía por qué me pasaba eso. ¿Qué extraño poder ejercía su mirada sobre mí? No lograba comprenderlo. Solo me dejaba llevar.

— Me alegro de que accedieras a que tu amiga te lleve a casa — dijo al fin —, te estaba esperando.

— Normalmente voy andando, pero yo...hoy hace frío y... —

parecía tonta de remate, sin ser capaz de hilvanar una frase completa.

Miré al suelo avergonzada. La curiosidad venció a mi vergüenza.

— Has dicho que me esperabas. ¿Cómo sabías qué...? — me había calmado un poco, pero aun tenía la garganta seca y es rostro al rojo vivo.

— No lo sabía — repuso encogiéndose de hombros—, simplemente escuché como ella se ofrecía a llevarte y estaba aquí,

esperándote, por si acaso decidías aceptar.

Su voz estaba en total sintonía con su belleza, aunque era algo distante, percibía una gran dulzura en ella.

— Bueno y ¿para qué me buscabas? — no quería ser grosera.

Nada más lejos de mi intención. Pero estaba incomoda. No habíamos hablado casi nada desde que nos conocíamos. Todo se había limitado a miradas furtivas y escuetas sonrisas. A veces pensaba que yo no era del todo indiferente para él. Beth también lo creía. Pero esta situación me ponía muy nerviosa. No había tenido tiempo para pensar detenidamente en que decir o hacer, en un momento como este. Por eso me puse a la defensiva. Como ya me había pasado las pocas veces que había intercambiado algo más que un saludo con él.

— Creo que tenemos una tarea en común. Alguna vez he escuchado como lo decías a tu amiga que te encanta

Shakespeare, así este trabajo será pan comido para ti ¿no?

Notaba sus ojos clavados en mi cara, aunque yo seguía concentrada en las grietas del asfalto.

— ¿Nunca te han dicho que espiar a los demás es de mala educación? — me sentía tan vulnerable.

Por lo visto, me había observado en clase más de lo que yo pensaba. De hecho ni siquiera recordaba la conversación a la que hacía alusión. No sabía que decir así que opté por parecer ofendida.

— Perdona, no era mi intención molestarte — se inclinó, colocando su cara a escasos centímetros de la mía. Buscando mis ojos con los suyos — ¿Estas enfadada conmigo?

Alcé la vista y me encontré con aquel profundo mar. No podía pensar, no podía hablar, solo deleitarme en aquel azul intenso.

Una sonrisa torció la comisura de su boca, iluminando su atractivo rostro. Entonces caí en la cuenta de que aun no le había contestado, además de estar mirándolo con cara de boba. Ahora sí que me había enfadado de verdad. ¿Por qué me hacía sentir así?

Él parecía satisfecho por cómo reaccionaba ante su cercanía.

Parpadee en contra de mi voluntad y desvié la mirada.

— ¿Y bien? — insistió con la sonrisa pegada en su cara.

— Y bien ¿qué? — ni siquiera recordaba de que estábamos hablando.

— ¿Estas muy enfadada conmigo?

— Bastante, si — el tono de mi voz no acompañaba demasiado mi afirmación. Sonó demasiado débil. Y mi cara estaba demasiado roja.

— Pues discúlpame, lo siento de verdad. — Su cara de ángel parecía contraída por un verdadero arrepentimiento, aunque le traicionó un amago de sonrisa. Estaba más divertido que arrepentido, seguro.

— ¿Qué te parece tan gracioso?

— ¿Perdón?

— No soy tonta, ¿sabes? Lo noto en tu cara, te lo estas pasando en grande, viéndome avergonzada y bloqueada.

— ¡No!, no pienses así de mí, es solo que... — ahora era él quien se había quedado sin palabras. Eso me reconfortó.— Siempre acabamos discutiendo, es como si no fuéramos capaces de mantener una conversación normal.

Tenía razón. No me atrevía a hablar con él, pero cuando no tenía más remedio que hacerlo, era para acabar discutiendo.

— Quizás, si no te dedicaras a espiarme nos llevaríamos mejor —

¿Qué estaba diciendo? ¿Me había vuelto loca?

Con esto solo iba a conseguir alejarlo aun más, cuando en realidad estaba encantada de saber que se interesaba en mí, más de lo que imaginaba. Me resigné. Ya estaba dicho. Empecé a mordisquearme el labio inferior esperando su respuesta.

— Si tú no fueras tan esquiva, no tendría que espiarte.

— Está bien, creo que así no llegamos a ningún sitio.— La verdad,

prefería irme ahora a seguir empeorando las cosas. Por hoy ya había hecho un gran despliegue de estupidez.

— Lo mejor ser que me vaya — añadí, en vista de que él no decía nada más.

Empecé a andar. Pasé por su lado, cuando de pronto, me agarró por el brazo.

— Espera, no te vayas así — no pensaba irme a ningún sitio mientras su mano siguiera rozando mi brazo —, no quiero discutir más contigo. Solo quería quedar contigo, para lo del trabajo. — Su voz era tan sensual y embriagadora que me limité a mover la cabeza sin decir nada.

Estaba mareada. El corazón palpitaba impetuoso en mi pecho. No me atrevía a respirar, por miedo a romper la magia que había entre nosotros en este preciso instante. Algo cambio en él. Su mirada era más cálida, como si el hielo de sus ojos se estuviera derritiendo, volcándose sobre los míos. Por un momento tuve la impresión de que él, también estaba descolocado. Habíamos conectado de una forma especial. Única. Más allá de lo posible.

Nos atraíamos mutuamente, como imantados.

Erik recuperó la compostura antes que yo.

— ¿Quedamos para mañana, después de clase?

— Vale, mañana es perfecto.

Intenté aclarar mis ideas. Acababa de quedar con el chico de mis sueños para el día siguiente. Eso significaba estar con él a solas.

Mi estómago se contrajo. Él me miraba expectante.

— Nos vemos aquí para ir juntos a tu casa. — No era una pregunta, era una afirmación.

¿Íbamos a ir a mi casa? Pensaba que quedaríamos en la biblioteca o algo así. Si

creía que no podía ponerme más nerviosa, esta tarde me estaba superando a mí misma.

— OK, nos vemos mañana — dije girándome de espaldas, notando como liberaba mi brazo de su dulce atadura.

Volvía a tener el rostro encendido, aunque también era posible que llevara así todo el rato. A este paso, el rojo carmesí, iba a ser el tono habitual de mi piel. No quería ni imaginar lo que podía pasar mañana después de toda una tarde con mi ángel de ojos celestiales.

Beth me esperaba dentro del coche. Daniel estaba a su lado. Sentí

una punzada de envidia. ¿Por qué yo no era capaz de comportarme con esa misma naturalidad con Erik?

¿Por qué no era más espontánea? No sé si es una virtud o un defecto, esta necesidad de tenerlo todo bajo control. Por eso me incomodaba tanto cuando la situación se me escapaba de las manos, como me pasaba con Erik.

Nunca había tenido interés por complicarme la vida con historias amorosas. Mantenía la distancia con los chicos, y de golpe aparece él, con su cara de ángel, descolocándome totalmente. Mi cabeza, mi capacidad de raciocinio estaba a disgusto con este cambio. Pero mi corazón, eso era otro cantar. Saltaba en mi pecho, gozoso, con solo oír su nombre. Estaba experimentando cosas maravillosas, y mañana tendría la oportunidad de saborearlas con calma.

Me despedí de Beth y de Daniel mientras bajaba del coche, parado en la puerta de mi casa. Una brisa helada atravesó mi cuerpo,

calándome de frío hasta los huesos en el breve trayecto de la acera a la puerta de casa.

Mi madre revoloteaba por toda la casa, haciendo un millón de cosas a la vez. Dejé la chaqueta y la mochila en mi habitación y fui en su busca.

— Hola mama — me acerqué y le planté un sonoro beso en la mejilla — ¿te ayudo?

— Hola mi cielo — contestó alzando la cabeza — no hace falta, ya casi estoy.

Pongo esta lavadora y listo. — Tenía hinchados los parpados y el cansancio reflejado en su rostro.

— ¿Estás bien? — Me preocupaba, últimamente trabajaba demasiado para cubrir los gastos.

— Si cariño, es que hoy ha sido un día frenético en el hospital, este frío inesperado está provocando nuevos brotes de gripe. Tenemos urgencias colapsadas y no he parado ni un minuto.

— La verdad es que hace un frío horrible — me di media vuelta para irme a mi habitación —, me voy a hacer las tareas, ¿vale?

— Muy bien, yo voy a echarme un poco hasta la hora de cenar.

Sabía que mi madre no había sido sincera conmigo. La conocía tan bien. Mañana era su aniversario de bodas. Una fecha muy dura para ella. Seguramente llevaría días sin dormir, abandonándose al llanto. Francin llevaba mucho peor la pérdida de Carl que yo.

Imaginaba que era porque yo aun tenía toda una vida por construir, y a ella le habían destrozado la suya. Deseaba consolarla, pero sabía que era inútil. Francin era una mujer fuerte,

decidida. Intentaba por todos los medios proporcionarme una aparente normalidad, para evitarme mayor sufrimiento. Pero yo sabía que todo era pura fachada. Ella sufría, y mucho.

Me puse a hacer los deberes de cálculo. Los números eran un buen antídoto contra los pensamientos tristes. Pase la tarde en mi cuarto, estudiando, mientras “coldplay” sonaba, una y otra vez, en el equipo de música.

Shakespeare

“La peor forma de extrañar a alguien es estar sentado a su lado y saber que nunca lo podrás tener”.

Gabriel García Márquez

La luz mortecina del amanecer se filtraba a través de los visillos,

aportándole a mi habitación un triste tono plumizo. Por lo visto,

hoy iba a ser otro día gris y encapotado. Pero para mí era como si hubiera amanecido con un sol radiante, como sucedería a mediados de mayo. Hoy podía ser un buen día.

Me duché a toda prisa y bajé a desayunar con mi madre. No le había dicho nada de la visita que tendríamos esta tarde. Prefería ponerla en sobre aviso.

Al verla sentada en la silla de la cocina, con un álbum de fotos encima de la mesa, supe que no me había equivocado en mis suposiciones anoche. Se apagó la euforia que sentí al despertar,

viendo a Francin vencida por la tristeza. Hoy no era capaz de de ponerse su máscara de fingida normalidad. Tenía la cabeza entre sus manos. Lloraba. Me acerqué, abrazándola por la espalda.

— Cariño, ¿ya estas despierta? — se sorprendió e intentó

limpiarse las lagrimas de forma apresurada, como si con eso pudiera restarle importancia a lo que yo estaba viendo.

— Yo también le echo de menos. — Me sentí abatida al pronunciar esas palabras. No soportaba ver llorar a mi madre. No entendía por qué la vida era tan cruel. Rompimos a llorar abrazadas.

— ¿Recuerdas esta foto? — me preguntó, pasado un rato, estando las dos sentadas repasando el álbum que ella tenía sobre la mesa.

Era una fotografía de mi padre, conmigo a orillas del lago, cuando yo tenía seis

años.

— Si — contesté a media voz.

— Tú no querías andar, decías que se te gastarían los pies y papa te llevo a hombros todo el camino.

Sonreí tristemente, la pena que cargaba en mi pecho aminoraba a medida que los recuerdos hermosos resurgían en mi memoria.

Con ese estado de ánimo, mezcla de melancolía y tristeza, me fui hacia el instituto, deseando animarme al ver a mi ángel por allí.

El tiempo avanzaba despacio. Demasiado despacio para mi gusto.

No veía el momento de acabar las clases y encontrarme con Erik.

Al que por cierto, aún no había visto por el instituto.

La campana sonó, por fin. Recogí mis cosas a toda prisa. Beth me miraba extrañada.

— ¿A dónde vas tan rápido?

— A casa — contesté a la vez que me ponía la gruesa chaqueta.

— Tú me ocultas algo, ¿a que sí? — Me cogió del brazo para obligarme a mirarla. No le había dicho nada de mi próximo encuentro con Erik. Al fin y al cabo, solo eran deberes escolares.

No era una cita, ni nada por el estilo. Y tampoco me apetecía someterme a un interrogatorio en estos momentos. Solo conseguiría ponerme más nerviosa de lo que ya lo estaba.

— No digas tonterías. — Me deshice de ella y salí corriendo, diciéndole adiós con la mano.

No se conformaría con eso. Mañana debía estar preparada para el aluvión de preguntas que me caerían encima. Pero eso sería mañana. Ahora lo único que me importaba era el atractivo chico con el que iba a compartir la tarde.

Llegué sin aliento al aparcamiento. Pero la carrera tuvo su recompensa. Erik estaba allí, esperándome. Cada vez que lo veía me recordaba más a una divinidad, que a un estudiante de secundaria. Sonrió al verme, agitando su mano. Como si su presencia no bastara para atraer toda mi atención.

— Hola — su dulce voz me envolvió.

— Hola.

¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Meterme en su coche sin más?

¿Esperar a que él me lo pidiera? Por cierto, ¿tenía coche?

No hice nada. Ambos nos quedamos de pie, quietos, mirándonos fijamente. Sintiendo como me derretía y se me olvidaba hasta mi

nombre. Era delicioso sentir su mirada. Sobraban las palabras.

Sus ojos y los míos mantenían un diálogo que nuestros labios se negaban a tener.

— Vamos — soltó al fin, despertándome de su hechizo —, no quiero que te enfríes — añadió, abriéndome la puerta del coche que tenía detrás suyo.

— Vale — contesté. En esos momentos, aunque me hubiera pedido escalar el Everest en bikini y con chanclas de goma, habría contestado igual. Ejercía tanto poder sobre mí, que no podía hacer nada, aparte de dejarme llevar.

— Audi A3 sport back— respondió orgulloso, cuando una vez dentro, le pregunté qué clase de coche era este.

No sabía nada de coches, pero no era tan tonta como para no darme cuenta de que este, era un coche caro y el demasiado joven.

— ¿Es muy caro? — Pregunté haciéndome eco de mis pensamientos.

— Depende de lo que entiendas por caro.— Una maliciosa sonrisa iluminaba su rostro.

— ¿Cuánto? — Insistí

— Cuarenta mil.

— ¿Cuarenta mil dólares? — Estaba alucinada.

— No, cuarenta mil euros. Es de importación. Traído directamente de Alemania.

Mi mandíbula cayó en picada hacia abajo. Estaba asombrada por la cantidad ingente de dinero que valía este coche. Y yo que no tenía ni para una bicicleta.

— ¿Cómo es que puedes permitirte tener un coche así? Y además también tienes una moto, ¿no? — No habíamos hablado nunca de eso, pero estaba segura de que Erik y el motorista, eran la misma persona.

— Digamos que no tengo que preocuparme por el dinero — se quedó pensativo después de contestarme.

Quizás se daba cuenta, igual que yo, de que él era rico y yo una muerta de hambre. Como si la perfección que encarnaba su físico,

al lado de mis múltiples defectos, no fuera suficiente, además tenía que nadar en la abundancia. Estaba decepcionada. Cuanto más conocía de él, más lejano se hallaba para mí. “Inalcanzable”,

pensé. Esa palabra arañó mi corazón. Casi podía notar como sangraba.

Hicimos el resto del camino en silencio. Cada uno enfrascado en sus pensamientos. Paró el motor al lado de mi casa. Noté que me miraba.

— ¿Qué te pasa? — Parecía confundido.

— Nada.

— Venga ya, desde que te he dicho el precio del coche has entrado en una fase de mutismo absoluto — entonces cayó en la cuenta de que en sus palabras estaba la respuesta — ¿Es eso?

¿Te molesta que tenga dinero? ¿Vas a discriminarme por mi condición social? — Preguntó casi carcajeándose de la situación.

Quería enfadarme con él por tomarme el pelo de esa manera.

Había acertado de pleno, y dicho en palabras, la verdad es que sonaba bastante

infantil que yo me enfadase porque él fuera rico.

No pude evitarlo y me uní a sus risas. Era extraño, hacía un rato, el también parecía incómodo con la situación, y ahora se le veía de lo más relajado.

— Entonces era eso — reafirmó.

— Un poco — puntualicé —, no es que me moleste que seas rico —

que sí que me molestaba —, es que... — dudé unos segundos —

somos tan diferentes.

Ya está. Lo había dicho. Lo miré avergonzada por mi confesión.

— Yo no veo las diferencias — su voz se torno grave, solemne.

— ¡OH por favor! ¡Mírate! — dije señalándole con ambas manos —

y mírame a mí. “El bello y la bestia” — añadí con sarcasmo.

— No estoy de acuerdo con la imagen que tienes de mí, y mucho menos —
pausó, clavando su azul en mis ojos —, con la imagen que tienes de ti misma.
Así que hazme el favor de no cambiarle el título al cuento. Te aseguro que tú
eres la bella y yo la bestia — sus ojos ardían en mis pupilas mientras hablaba.

Él, el ser más divinamente hermoso que podía hallarse sobre la faz de la tierra, y
me estaba diciendo que me consideraba bella, ¿a mí? Mis mejillas se colorearon,
sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Apartó su mirada, permitiéndome
respirar de nuevo.

— Una bestia que le sobra el dinero — remató.

Me reí ante semejante tontería. Ahora estaba más relajada. Era posible que la
tarde no acabara del todo mal. Me sentía más cómoda de lo que esperaba.

— ¿Vamos? — dije mientras abría la puerta del coche. Era agradable, sentir el
frío sobre mis enrojecidas mejillas.

Saludé en voz alta cuando entramos en casa. Al final no había avisado a Francin,
de que Erik vendría esta tarde. No obtuve respuesta en cambio.

— ¿Quieres beber algo?

— No, gracias — estaba distraído mirando las fotos de la entrada.

Entré en la cocina. Yo sí que necesitaba beber algo. Cogí un vaso y lo llene de agua, bebiendo con avidez. Tenía la garganta seca,

como si hubiera tragado un saco entero de arena del desierto. Me atraganté al oír su voz tan cerca.

— Tu madre ha salido. — Me giré y lo vi, señalando una nota que había enganchada con un imán en la nevera. No la había visto. Era de Francin.

“Cariño, me han llamado del hospital. Están saturados y necesitan que vuelva a doblar turno. Siento no haberte podido avisar antes.

Nos vemos mañana. No te acuestes tarde.

Te quiero, un beso enorme”

— Parece que estamos solos. — Le oí decir con picardía, mientras alzaba una ceja. Nunca le había visto ese gesto. Era travieso,

sensual y como todo en él, sumamente atractivo. “Contrólate”

pensé, cuando mi corazón empezó a latir de forma irregular.

— Ya, bueno que, ¿nos ponemos a trabajar? — intenté sonar despreocupada, necesitaba cambiar de tema y de pensamientos,

si quería parecer medianamente serena en lo que quedaba de tarde.

Mi madre iba a matarme cuando se enterara de que había metido a

Erik en casa. Era una de sus reglas inamovibles. Nada de chicos mientras ella no estuviera. Hasta ahora no había sido un problema.

Aunque me hacía gracia, que Francin tuviese una moral tan chapada a la antigua.

— He traído esto.

Estábamos sentados en la mesa de la cocina, con un montón de apuntes esparcidos por la mesa. Sacó un libro de su mochila y lo puso en mi mano. Rozando suavemente mi palma con sus dedos.

Haciendo que otra descarga eléctrica recorriera todas mis terminaciones nerviosas.

Me concentré en el libro que acababa de darme. Era una recopilación de algunas de las mejores obras de William

Shakespeare. Lo abrí, buscando las que más me gustaban.

Pasamos más de dos horas analizando el libro. Comparando mis notas con las suyas. No podíamos contradecirnos más en nuestras opiniones sobre una misma obra.

A mí me encantaba el mundo recreado en “sueño de una noche de verano”. Me parecía mágico e idílico, un lugar donde nadie era dueño de su destino. Cuan inesperado podía ser el futuro, y como podía cambiar el corazón en un sola noche, por obra y gracia de unos seres místicos.

Erik lo veía todo desde un punto de vista frío y racional.

No tenía sentido alguno aplicar la lógica a la magia del amor.

— Yo soy más de ciencias — se pasó la mano por su despeinado cabello — todo esto de las emociones y los sentimientos es demasiado complicado. El amor es peligroso.

— ¿Por qué?

— Por que como tú dices, no se puede controlar. Nubla el sentido común. No puedes pensar con claridad y eso no es bueno. — Su expresión parecía torturada, como si tuviera más dentro de su cabeza, de lo que estaba diciendo.

Ya no estaba hablando del trabajo, estaba segura de eso. Esto era algo personal. Quise indagar, saber que provocaba que su mar azul se embraveciera de aquel modo.

— ¿Nunca te has enamorado?

— No es algo que entrara en mis planes.— Eso no era ni un sí, ni un no. Solo consiguió aumentar mi curiosidad.

— ¿Temes enamorarte? — Me arrepentí al momento de mis palabras, por cómo me miró.

— Me gusta tener el control de mi mente, al cien por cien y el amor

— dijo mirándome con intensidad — no es una opción para mí.

Su voz era dura, pero sus ojos expresaban una tristeza infinita.

— No creo que enamorarse sea opcional. — ¿Qué buscaba con semejante indagación? ¿Qué me confesara que estaba enamorado de mí? Era estúpido seguir con esto, solo iba conseguir llevarme el chasco más grande de mi vida.

La tensión se reflejaba en su rostro. Tenía los labios contraídos en una fina línea y la frente poblada de arrugas. Estaba enfadado.

Había llegado demasiado lejos con mi curiosidad. Al fin y al cabo apenas nos conocíamos, como para acosarlo de aquel modo.

— Creo que será mejor que me vaya. — Se puso en pie y empezó a guardar sus notas.

Me quedé paralizada viéndole recoger. No quería que se fuera. No de aquel modo.

— Está bien — contesté, contradiciéndome a mi misma —, el trabajo ya está listo.

— Dame — me arrebató los apuntes de mi mano — yo lo pasaré a limpio y lo encuadernare.

— No hace falta que tu... — me tapó la boca con un dedo. Un millón de mariposas aletearon en mi estómago.

— Ya has hecho bastante. Yo acabaré el resto. No te preocupes.

Le acompañé hasta la puerta, sintiéndome desolada por su marcha precipitada.

— Bien pues, gracias — dije mientras el salía a la calle. No sabía que más decir.

— Hasta mañana — respondió, avanzando hacia su coche.

Cerré la puerta y me quede allí. Apoyada contra la madera.

Pensando en el. Había algo raro en su forma de actuar. No terminaba de entender por qué se había enfadado tanto.

Seguramente me había pasado de cotilla.

Aspiré profundamente. Aun notaba su aroma en mi casa. Me recree en todos y cada uno de los detalles de la tarde.

Saboreándolos, aunque el final me había dejado un regusto amargo.

El fin de semana era como una bendición en estos momentos.

Estaba al límite de mis fuerzas. Necesitaba desconectar después de tantos exámenes. Faltaba una semana escasa para las vacaciones de navidad. No podía creer lo rápido que estaba pasando este último curso.

Salimos del viejo edificio del instituto, parloteando sobre posibles planes para mañana sábado. Beth quería ir de compras, para variar. Le enloquecía comprar. Megan propuso salir de excursión al lago, anunciaban buen tiempo, con bajas temperaturas pero soleado. Estaría bien ver el lago con su habitual capa de hielo, como cada invierno. A Thomas cualquier cosa le parecía bien, con tal de no quedarse en casa con sus hermanos pequeños.

— Vayamos al lago — insistía Megan — las tiendas no van a irse a ningún sitio, y sin embargo un paisaje como el que podemos ver este fin de semana es único.

— Tiene razón — respaldé la propuesta de Megan — yo voto por ir al lago.

— Por mi vale — añadió Thomas, sumándose a nuestra propuesta.

— Está bien, — refunfuñó Beth — pero con una condición — hizo una pausa ganándose toda nuestra atención — Daniel y Erik están invitados.

— ¿Erik? — mi rostro palideció.

No habíamos vuelto a hablar desde aquella desafortunada tarde en mi casa.

— Si — confirmó ella con una gran sonrisa en sus labios.

— No — objeté.

— ¿Por qué? — Preguntó Thomas, que hasta ahora se mantenía al margen de todo. — No quiero estar siempre rodeado de arpías criticonas y chifladas como vosotras. Un poco de variedad siempre viene bien.

— Pues no vengas — mascullé, mientras Beth y Megan se reían.

— Vamos, no te pongas así. ¿Qué tiene de malo? Pensaba que estarías encantada con la idea. Además Thomas tiene razón,

necesitamos variedad en nuestro grupo.

Ya sabía yo que tipo de variedad quería Beth. Aun no me sentía preparada para enfrentarme con él, cara a cara.

— A mí también me parece buena idea — dijo Megan tímidamente, aunque para mí fue como una puñalada.

— Entonces decidido. Voy a llamar a Daniel.

Beth no cabía en sí de gozo. Y yo quería desaparecer, fundirme con el asfalto que pisaban mis pies.

— Alegra esa cara — gritó Beth corriendo hacia mí, a la vez que cerraba la tapa de su móvil —, Daniel no sabe el número de Erik, y a esta horas, es imposible encontrarlo por aquí para avisarlo —

dijo mirando hacia la puerta cerrada del instituto.

Lancé un hondo suspiro. ¿Alivio o decepción? ¡Por Dios! Que complicado era todo. Hacia unos segundos me horrorizaba que

Erik viniera con nosotros, y ahora me invadía la tristeza por saber que no iba a venir.

Era de locos.

Beth y yo nos despedimos de Thomas y Megan. Íbamos de camino a casa. Mi amiga me explicaba una y otra vez lo ilusionada que estaba, porque Daniel la había invitado a cenar juntos mañana,

después de nuestra salida campestre.

— Este me gusta de verdad — comentó

— Siempre dices lo mismo — refuté.

— No es cierto, con Daniel es diferente.

— Ya — no quise añadir nada más. Solo era cuestión de tiempo que su príncipe azul empezara a desteñir.

— No me crees — se plantó frente a mí con los brazos cruzados sobre su pecho — perdón por no ser una estrecha amargada que espanta a cualquier chico que revolotee a su lado.

— Yo no he espantado a nadie. — Sabía que se estaba refiriendo a mí y a Erik. No me apetecía ponerme a discutir con ella sobre mi vida, o mejor dicho, mi “no” vida amorosa o lo que fuera.

— ¿Ah no? ¿Qué me dices del bombón de ojos azules? Hace unos días, estabas loca por él, y ahora de golpe y porrazo no quieres ni oír hablar de él. Quien te entienda que te compre, bonita.

— No tienes ni idea de lo que dices.

— Y tampoco me lo vas a contar ¿verdad? — Seguía sin dejarme avanzar.

Odiaba cuando se ponía en ese plan. Esta vez no iba funcionar, no pensaba soltar prenda sobre lo que había pasado. Más que nada,

porque ni yo misma tenía muy claro que había pasado. ¿Me ignoraba él? ¿O era yo la que le hacía el vacío? El caso es que no tenía ni la más remota idea de por qué, pero nos comportábamos como dos perfectos desconocidos.

— Deja de decir tonterías y vámonos ya, estoy hambrienta.

— Ya caerás, solo es cuestión de tiempo.

— Es posible, pero no va a ser hoy, así que, deja ya el temita. Al final conseguirás provocarme una jaqueca.

Continuamos caminando en silencio hasta llegar frente a mi casa.

La suya estaba unas manzanas más abajo.

— ¿A qué hora quedamos?

— A las cuatro, a no ser que también tengas algún problema con la hora — soltó con sarcasmo.

— Eres insoportable — dije dándole un pequeño empujón.

Me devolvió el golpe con una sonrisa. Eso era lo mejor de Beth, sus enfados duraban escasos minutos.

Francin no estaba en casa, así que me fui directamente a mi cuarto, después de comerme los macarrones recalentados que había en la nevera.

Me tumbé en la cama y cerré los ojos. Que no hablara con Erik, no significaba que dejara de soñar con él.

Era sábado.

Me levanté lentamente. Tomándome mi tiempo en desperezarme.

El agua caliente de la ducha, corrió por mi espalda, destensando mi musculatura. El aroma a tortitas, inundaba la escalera mientras bajaba por ella.

— Buenos días cielo, espero que tengas apetito — dijo mi madre agitando la espumadera — estoy haciendo tortitas en cantidades industriales.

Agité la cabeza con una sonrisa. Francin no tenía remedio.

Siempre hacía tortitas para desayunar cuando estaba de buen humor. El problema es que hacía tantas, que nos pasábamos una semana entera desayunándolas.

— Estupendo mama.

Empecé a coger trocitos de las que ya tenía listas en un plato, abrasándome los dedos.

— ¿Vas a hacer algo hoy?

— Hemos quedado para ir al lago a dar un paseo — contesté, mientras engullía otro trozo de tortita con mermelada.

— Esta bien, pero no volváis muy tarde. No quiero que estés en el bosque cuando anochezca.

Francin hojeaba distraída el periódico del día anterior, mientras yo me comía mi ración desorbitada de tortitas. Su cara compuso una mueca de disgusto al pasar la página. No tenía ni idea de que era lo que acababa de leer para hacerla cambiar de esa manera.

— Por cierto, hace días que te lo quiero preguntar y siempre se me olvida, ¿conoces a una tal Lilian?

— No — ni siquiera me sonaba ese nombre — ¿Por qué?

— Ingreso de urgencias, la semana pasada, en estado grave —

sabía que me ocultaba algo—, tiene tu edad y solo quería saber si iba a tu clase o la conocías del instituto.

— ¿Qué le ha pasado? — Pregunté como si la conociera, aunque era simple curiosidad.

— Acaba de dar a luz. Alguien la dejó en la puerta del hospital, sola e inconsciente, sin rastro del bebe ni del padre de la criatura —

continuó hablando, pero creo que más para ella misma que para mí —, es muy extraño, aquí menciona, que se han dado más casos como este en los últimos tres años, y no solo en nuestro país.

— Eso es horrible — repuse indignada.

— Lo sé, y lo peor es que no recuerda que le pasó, no hace más que preguntar que hace en el hospital. Ni siquiera recuerda haber estado embarazada.

El rostro de Francin estaba contraído por el dolor. Se involucraba demasiado con sus pacientes, aunque debía reconocer que este no era un caso cualquiera.

— Entonces ¿no podéis hacer nada por esa pobre chica? — “No quisiera encontrarme en su pellejo” pensé.

— No, hemos llamado a la policía y a sus padres, aparte de eso, no podemos hacer nada más. En fin, no quiero estropearle el día con mis historias, pero tú por si acaso, ten cuidado que hay mucho loco suelto por ahí.

— Descuida mama.

Continué desayunando en silencio, mientras observaba a mi madre. Tenía un gran corazón, y eso se notaba a la hora de desempeñar su trabajo. Se merecía ser feliz.

Nunca se había planteado rehacer su vida con otra persona. A

veces, cuando la veía triste y con la mirada perdida entre las cortinas, observando un punto imaginario en la calle, deseaba que en algún momento volviera a encontrar a alguien capaz de hacerla sonreír de nuevo.

La mañana paso veloz entre tareas pendientes y labores domésticas.

Me vestí rápidamente, cuando vi que la hora se me echaba encima.

Uno tejanos gastados, un agradable jersey de cuello alto, las deportivas y el abrigo más grueso que tenía, me bastaban como atuendo para la tarde de hoy.

El claxon sonaba en el exterior, mientras le daba un beso a Francin y me lanzaba a la calle precipitadamente.

El coche iba a reventar. Thomas, Megan y yo íbamos apretujados en el asiento trasero, Daniel y Beth ocupaban los delanteros.

— ¿Estáis listos? — preguntó Beth y sin esperar respuesta,

aceleró y empezamos a hacer camino en dirección al lago.

El lago

“El alma que hablar puede con los ojos, también puede besar con la mirada”.

Gustavo Adolfo Bécquer

El sendero era llano y despejado. Estaba preparado para las frecuentes visitas de turistas, ávidos de naturaleza. Caminaba lentamente, oyendo sin escuchar, las conversaciones paralelas que se desarrollaban a mí alrededor.

Beth hablaba con Megan, sobre “no sé qué descuentos en ropa”, y

Daniel con Thomas acerca de un partido o algo así. De vez en cuando, hablaban los cuatro a la vez sobre algún tema común.

Sinceramente, mi atención hacia ellos estaba siendo nula. Me sentía decepcionada por la ausencia de una persona en especial.

No volvería a verlo hasta el lunes, eso sí tenía suerte, que en el plan que estábamos últimamente, era probable que huyera al verme. Un sentimiento de desasosiego se cernió sobre mí. El día era radiante, luminoso, incluso cálido a pesar de la previsión, para estar a mediados de diciembre. Pero yo me sentía igual que si estuviera dentro de una cueva, húmeda, fría y oscura.

Thomas iba subiéndose a todas y cada una de las rocas que hallaba en su camino. Megan lo seguía alegremente, mientras Beth y Daniel hacían manitas.

Me concentré en sacar algo de provecho a la excusión,

disfrutando del paisaje. Era realmente hermoso el modo en que el sol incidía sobre las hojas de los árboles, arrancando destellos verdosos, aportándoles un brillo especial.

Beth y Megan habían intentado, sin éxito, introducirme en su conversación con preguntas directas, que yo me limitaba a contestar con escuetos monosílabos.

Caminaba inmersa en mis cavilaciones, regodeándome en mi desgracia, cuando lo vi.

No me lo podía creer. Sin duda mi cabeza me estaba jugando una mala pasada, estaba viendo la cara de mi ángel y escuchando su dulce voz, cuando él no estaba aquí. O eso pensaba yo.

Apareció entre los árboles, corriendo hacia el lugar donde habíamos parado para descansar y beber algo. Gritaba algo, pero no podíamos entenderlo.

— ¿Erik que pasa? — inquirió Daniel acercándose a él en dos zancadas.

— ¿No lo oyes? ¡Una avalancha! ¡Corred!

Daniel y el resto, alzaron la vista hacia la pendiente que teníamos sobre nosotros. Entonces ¡era real! Erik estaba aquí. Mi cerebro procesó en un instante sus palabras. Obligando a mis ojos a dejar de mirarlo a él, para mirar hacia arriba.

Un enorme bloque de hielo comenzó a crujir, agrietándose en varios trozos, que empezaban a deslizarse colina abajo.

Arrastrando piedras y ramas de árbol, que hallaban a su paso.

Echamos a correr, mientras Erik advertía al resto de excursionistas para que salieran de allí.

Todo sucedió demasiado deprisa. Volví la vista hacia atrás y él ya no estaba. Solo podía ver un montón de rocas de hielo, mezcladas con barro y restos de árboles, donde antes se veía su esbelta figura.

— ¡Erik! — grité con desesperación, luchando por zafarme de los brazos de Thomas que me retenían a mi pesar — ¡Suéltame

Thomas!

— ¿Estás loca? No podemos hacer nada por él. Solo conseguirás acabar mal herida.

Los segundos fueron horas para mí, con la incertidumbre de no saber que nos íbamos a encontrar tras el desprendimiento.

La montaña recuperó su habitual silencio. Thomas me soltó y salí

disparada en dirección al lugar donde había visto a Erik por última vez.

Daniel y Thomas me adelantaron, saltando sobre las rocas y esquivando las ramas caídas.

— ¡Erik! — gritábamos una y otra vez.

— ¡Estoy aquí! — Oímos su voz distorsionada cerca de nosotros.

Beth me aferró la mano con fuerza, intentando tranquilizarme.

Un par de troncos y varias rocas de hielo, le cubrían la parte inferior del cuerpo. Daniel y Thomas se arrodillaron a su lado,

retirando los restos de la avalancha con un tremendo esfuerzo.

Megan permanecía detrás nuestro, inmóvil, paralizada por el susto, mientras que Beth y yo nos apresurábamos en ayudarles.

Erik se movió, retirando el último trozo de hielo de una patada.

— No te muevas — dije angustiada — debes tener algo roto. Lo mejor será llamar a una ambulancia.

Empecé a buscar dentro de mi mochila el maldito teléfono.

Puso su mano sobre mi hombro, me giré sobresaltada.

— Pero ¿¿Qué haces?! ¡Siéntate!

— Estoy bien, créeme — repuso sonriente, sacudiéndose el polvo de la ropa.

Tenía los brazos magullados y un feo corte en la pierna, que empezaba a sangrar más de la cuenta.

— ¿Ese es tu concepto de “estar bien”? — contravine señalando su herida.

— No te preocupes, me curo rápido y apenas me duele — era realmente convincente, tanto por el tono de su voz como por su sonrisa despreocupada.

— Pero, ¿si te ha caído media montaña encima! — no salía de mi asombro.

— No ha sido nada, te lo aseguro, ¿tu estas bien?

— Pues claro que estoy bien, pero tú...

— Deja ya de preocuparte por mí — me cortó tajante —, ya te he dicho que estoy bien.

Cerré la tapa del móvil. Furiosa.

— Mierda, no hay cobertura. Lo mejor será que nos vayamos de aquí y te llevemos a un hospital — murmuré buscando la aprobación de los demás, que permanecían a escasos metros de nosotros, observándonos sin atreverse a intervenir.

— Deja de decir tonterías — contrapuso.

Se volvió hacia Daniel sin darme opción a insistir.

— ¿Qué hacíais por aquí?— le preguntó.

Fue Beth quien contestó.

— ¿No se nota? Estamos de excursión. Quisimos invitarte, pero nadie sabía tu teléfono — explicó alternando su mirada entre nosotros dos —, pero al final tú también has pensado en venir por aquí, que coincidencia ¿no?— Ahora me miraba más a mí que a él.

— Si, una grata coincidencia, sino ahora seriáis todos puré.

Beth se rió con el chiste. A mí no me hizo ninguna gracia.

— Lo raro es que tú no hayas acabado hecho puré — mascullé

demasiado bajito, como para que él y los demás me oyeran.

No soportaba que se hiciera el duro, debía de dolerle todo el cuerpo. Había salido vivo de milagro y él no le daba la más mínima importancia.

— Tienes razón, gracias tío — comentó Thomas, golpeándole el hombro. Erik gruñó —. ¿de verdad que estas bien?

— Perfectamente — afirmó con suficiencia.

Lo miraba atónita, como el resto de mis amigos. Pero parecía cierto. Erik había salido ileso del desprendimiento.

Me di media vuelta, para salir de aquel revoltijo de hielo y ramas en la que nos encontrábamos, seguida por Erik y Daniel.

Tropecé aparatosamente con la rama de un árbol, que asomaba por encima del fango del camino y perdí el equilibrio,

precipitándome hacia el suelo.

No tuve tiempo de reaccionar, cuando unos brazos fuertes, me alzaron rápidamente.

— ¿Te has hecho daño?

— No, estoy bien — balbucí, notando la corriente que fluía entre nosotros.

Empezó a quitarme restos de hojas secas, que habían quedado adheridas a mi ropa. Mis compañeros corrieron hacia nosotros.

— ¿Qué te ha pasado? — Preguntó Beth, aunque era evidente.

— Pues que le va a pasar — arguyó Thomas — Estela es patosa por naturaleza.

— Eso es cierto — contestó mi visión angelical, dedicándome una sonrisa de infarto.

— Pobre, tiene mala cara — repuso Megan mirándome con el rostro cetrino.

No sabía qué cara tenía yo, pero la suya daba miedo.

Beth seguía preguntándome por mi estado de salud. No le contesté.

Estaba concentrada en el cúmulo de sensaciones que se apoderaban de mi cuerpo. Ahora el día era perfecto en todos sus matices, con Erik a mi lado.

Permanecía sentada, sobre el tronco de árbol medio podrido,

observándolo. Estaba hablando tranquilamente con Daniel, su encantadora sonrisa cegaba toda mi visión.

El resto estaban tirados en el suelo, a mi lado, aprovechando mi torpeza para descansar un poco más y reponerse de los acontecimientos. Yo miraba fascinada, como débiles los hilos de sol, que se colaban entre las copas de los árboles, jugueteaban con el cabello enmarañado de Erik, provocando destellos dorados.

Aun no podía creerlo, era real. Allí estaba él, alto, esbelto, divino, hermoso... inalcanzable.

— ¿Vas a unirte a nosotros? — le preguntó Beth, mientras me pellizcaba el brazo con disimulo. Le di un codazo.

— Si, si no os importa. Podría ayudar a Estela a ver mejor por donde pisa — sonrió burlón.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para morderme la lengua y no contestar. A la vista estaba, que era un tremendo desastre en terreno desigual.

— Perfecto, ¿seguimos entonces?

Todos se levantaron, siguiendo la sugerencia de mi amiga.

Conocía el camino, apenas quedaban unos metros para llegar al lago. Me apoyé en el tronco del árbol, que me servía de asiento,

para levantarme. Un dolor intenso, como una cuchillada afilada,

atravesó mi tobillo, como si me desgarrara los tendones.

— ¿Qué ocurre? — La cara de Erik era un reflejo calcado de mi dolor. Estaba serio. Ya no quedaba ni rastro de su burla anterior —

¿Te duele mucho?— Se arrodilló a mi lado y empezó a palpar mi dolorido tobillo.

Thomas renegaba a mi lado. Lo había conseguido, había echado a perder la excursión.

— ¿Quieres que volvamos a casa? — La voz contrariada de Beth,
me hizo reconsiderar mis ganas de salir de allí.

— No, si él está bien — dije señalando a Erik. Aun no podía creer que ni siquiera se quejase, cuando a mí el dolor me estaba matando. Debía ser fuerte —, yo también. Id tirando, os alcanzo enseguida. Solo necesito descansar un poco más.

— Estas blanca como un muerto. No pienso dejarte aquí sola —

Beth se sentó a mi lado nuevamente, con unos morros que le llegaban al suelo. Me sentía fatal por ser tan torpe y patosa.

— Beth, en serio, estoy bien y se cómo llegar hasta el lago — mi voz no quiso respaldar mis palabras. No aportaba la seguridad que yo quería demostrar. Era débil y temblorosa. Beth negó con la cabeza, quedándose inmóvil a mi lado.

— Yo me quedaré con ella. — La afable voz de Erik recorrió mi cuerpo como una sacudida. ¿Cuándo superaría esta debilidad? De momento, mi atracción por este chico angelical iba de mal en peor. Empezaba a ser enfermiza.

Beth se levantó de un salto, recuperando su inicial alegría,
mirándonos a ambos. Erik arrodillado a mi lado, y yo sentada en el
árbol, con el rostro descompuesto por el dolor.

— Estela, ¿de verdad quieres que me vaya?

— Sí, tranquila, Erik me ayudará si hace falta. — Estaba deseando que desapareciera de una vez. Gracias a Dios, Beth captó mi mirada suplicante.

— De acuerdo, nos vemos en el lago — se volvió hacia Erik para añadir—. No le hagas caso, es una cabezota masoquista por naturaleza, aunque te diga que está bien, no lo está, ¿entiendes?—

Erik afirmó con un movimiento de cabeza — perfecto, cuídala bien,

¿vale? — Erik volvió a asentir con la cabeza y le guiñó un ojo con complicidad.

Beth se marchó sonriendo, dando alcance a los demás.

— ¿Puedes caminar? — me preguntó, cuando por fin nos quedamos solos.

— No estoy segura, me molesta un poco al apoyar el pie — mentí,

me dolía a horrores cuando tocaba el suelo — pero no es nada, un mal gesto, nada grave, tu ¿estás bien? — Hice una mueca que no llegó a sonrisa.

— Si, ya te lo he repetido un millón de veces, no ha sido nada. Deja que te ayude, por favor. — Y sin más, paso su brazo por mi cintura,

electrizando todo mi cuerpo. — ¡Arriba! — añadió alzándome sin mucho esfuerzo — ¿Mejor así?

Volví a tambalearme, por la emoción que me embargaba en esos momentos. Dejé caer mi peso sobre el pie, apoyándolo en el suelo sin querer. Mi cara pasó del rojo carmesí, al blanco nuclear, en cuestión de segundos. El dolor era tan agudo que no podía ni quejarme. Había cerrado los ojos con fuerza, mientras me mordía el labio. No puede engañarlo, lógicamente.

— Te duele mucho, ¿verdad?

No tuve que contestar. Estaba segura de que mi cara expresaba,

mejor que mis palabras, como me encontraba en estos momentos.

Respiré hondo, abrí lentamente los ojos y lo miré. Fue una mala idea.

Tuve que esforzarme por no sufrir un paro cardíaco. Tenía su cara a escasos centímetros de la mía. Sus ojos más intensos que nunca,

me miraban de un modo que hizo que me ruborizara, a pesar del dolor. Sus labios se curvaron, dejando al descubierto su perfecta dentadura.

— Bueno ahora no tienes excusa para seguir ignorándome.

— ¿Ignorarte? ¿Por qué dices eso? Eras tú, el que me evitaba estos días.

Me molestaron muchísimo sus palabras, más incluso que mi lastimado tobillo. ¡Ignorarlo! Pero si estaba tan obsesionada con él que ni dormía, ni comía, ni

hacia nada que no fuera pensar en él.

— No sé, pareces incomoda cuando estoy cerca — sacudió la cabeza, como si hubiera algún pensamiento indeseable en su mente.

— No me incomodas, solo me intimidas un poco — aclaré bajando el tono de mi voz al final, avergonzada.

— Es posible, que sea mejor así — repuso, clavando su mirada en el suelo, parecía dolido.

— ¿A qué te refieres? — Debía aclarar esto de una vez. No me gustaba verlo así.

— No me conoces, así que, déjate llevar por tu intuición. Sabe lo que hace.

Ahora sí que me había perdido del todo.

— ¿Por qué debería hacer eso?

— Porque, quizás — dijo en un susurro, clavando su azul en mis ojos —, esta sea la última oportunidad que tengas para alejarte de mí.

Su voz tenía un matiz tremendamente seductor. Sus ojos, como hielo fundido, escrutaban mi rostro. “¿Alejarme de él?”, pensé.

Erik no era consciente de hasta qué punto eso era del todo imposible. Desde que cruzamos nuestras miradas, mi vida había dado un vuelco y ya no tenía remedio. Pero igualmente no iba a decírselo. Quizás solo estaba malinterpretando sus palabras.

— ¿Cómo sabías que estábamos aquí? — Era una pregunta que no venía al caso, pero necesitaba desesperadamente cambiar de tema.

— No lo sabía, ha sido pura suerte. Me apetecía pasear un poco y despejar las ideas. No tenía claro si venir aquí o ir a la playa, pero al final, me he decantado por el lago. — Volvió a aparecer aquella mirada extraña en sus ojos. Como si algo lo atormentara, como si estuviera librando una lucha interna.

— Me alegro de que al final decidieras venir por aquí.

— Yo también, creo. — ¿Estaba arrepentido? Hablaba tan bajito que no sabía si lo había escuchado bien. Dejé de pensar, cuando noté su brazo tenso alrededor de mi cintura. Acercándome más a su costado. Pegando más a él, si es que eso era posible.

Las mariposas subieron por mi estómago, para descender después por mi espalda.

Se estaba tan bien a su lado. Una idea estúpida se apoderó de mí.

Quería que me cuidara, que se preocupara por mí, que no me soltara jamás. Que esas mariposas, se quedaran a vivir eternamente en mi estómago.

— Cuéntame algo sobre ti — dijo dulcemente. Toda su angustia había desaparecido como por ensalmo.

— No tengo nada interesante que contar. Mi vida es bastante normal.

— Háblame de tus padres. Vi sus fotos el otro día en tu casa —

añadió a modo de explicación, como intentando justificar su intromisión en mi vida privada —. Parecéis muy unidos.

— Prefiero no hablar de eso — mascullé secamente.

— Lo siento, no quería ser entrometido. Si hubiera sabido que te molestaba, yo no...

— No es culpa tuya — le interrumpí —, mi padre murió y yo...

bueno que... que no quiero hablar de eso ¿vale?

— Vale.

Seguimos avanzando en silencio. Erik soportaba la mayor parte de mi peso, pero aun así no parecía cansado en absoluto. Tampoco se quejaba por su herida, que una vez limpia, no tenía tan mala pinta como al principio. Ni siquiera su respiración se había alterado debido al esfuerzo.

Casi habíamos llegado al final del sendero. Erik no había vuelto a abrir la boca.

A lo mejor había sido demasiado tajante con él. Lo miré de soslayo y pude ver su rostro sombrío, distante. ¿Qué había operado semejante cambio en él? Por un momento, llegué a plantearme la posibilidad de que sufriera un trastorno bipolar o algo así. Era desconcertante la rapidez con que alternaba la alegría con la tristeza. Me incliné un poco para tener una mejor visión de su cara. Su brazo resbaló por mi cintura, haciendo que mi piel ardiera bajo la ropa.

No soportaba verlo así, no era la primera vez. Necesitaba averiguar que le provocaba tanta angustia. Quizás se sentía mal por darme falsas esperanzas. Si era así, iba a ponerle remedio en el acto. Si yo estaba loca por él, era cosa mía. Erik no tenía la culpa de ser tremendamente atractivo y yo tremendamente idiota.

— ¿Por qué estas triste? — Pregunté de sopetón, sin apartar mis ojos del infinito azul de su mirada.

— ¿Por qué supones que estoy triste? — No estaba negándolo, pero parecía sorprendido.

— Estas muy callado y tus ojos — dije escondiendo la mirada — están apagados, turbios... no me hagas caso, solo son tonterías mías.

Me miró fijamente. Sin moverse. Sin hablar. Sin sonreír. Solo sus ojos hablaban. Había algo que él no me iba a decir, una chispa cruzó ese cielo que tantas veces había recreado en mis sueños.

Era una luz nueva, brillante. Su mirada cobro vida de nuevo.

— Lo siento, no quería... — ¿Pero qué estaba haciendo? Yo no era así. ¿Por qué no pensaba mejor lo que iba a decir antes de abrir mi boca? Normalmente era más comedida, pero con él todo lo hacía al revés. Me daba cuenta de que estaba desperdiciando otra tarde prometedora.

— No te preocupes, no importa — volvió a sorprenderme. Había seguridad en su voz y su rostro era inescrutable. Pero ya no me miraba — ¿Cómo va tu tobillo?

El cambio de tema me pilló desprevenida y tarde más de lo necesario en responder.

— Creo que sobreviviré, ¿y tu pierna?

— Yo también sobreviviré — afirmó, como si de verdad le fuera la vida en ello.

No sé porque mi cuerpo reaccionó de un modo muy distinto a como lo había hecho hasta ahora con Erik. Sentí miedo.

Beth y Daniel, nos esperaban algo más retrasados que Megan y

Thomas, que conociéndolos, ya habrían ido y habrían vuelto dos o tres veces al lago.

Me fastidió la compañía. Me sobraba el resto del mundo. Solo lo quería a él a mi lado, y nadie más. Me asusté ante la veracidad de mi pensamiento. Era una obsesión, una adicción. El era mi sol y yo me limitaba a orbitar a su alrededor, atraída por una fuerza magnética.

— ¿Donde están los otros? — dije, a modo de saludo, cuando llegamos junto a mi amiga y su ligue sureño.

— Nos están esperando en el mirador del lago.

— Maldición — refunfuñé

El mirador era un grupo de rocas, desde el que podías admirar el lago en todo su esplendor. No entrañaba grandes dificultades,

pero tal como estaba mi tobillo, me las iba a ver y a desear para llegar allí arriba.

— ¿Algo va mal?

— Si, subir al mirador va a ser un poco complicado — levanté mi pierna lesionada, para reafirmar lo evidente.

— Bueno, yo te llevaré — me cogió en brazos con un movimiento tan veloz, que no pude quejarme hasta que me encontré en el aire.

— ¡Bájame! — apenas podía respirar por la fuerte presión que sentía en mi pecho.

Soltó una carcajada y me puso en el suelo con suma suavidad,

volviendo a colocar su brazo entorno a mi cintura.

Beth y Daniel estaban disfrutando de lo lindo con mi ridícula actuación.

El montículo de rocas se alzaba ante mi desafiante.

— ¿De verdad no quieres que te ayude? — Erik leía en mi rostro tan bien, como yo en el suyo.

— No, puedo sola.

— Eres un poco cabezota, ¿eh?

Estábamos parados. Él sosteniéndome por la cintura y yo con los brazos cruzados sobre mi pecho.

— Vamos, cógete a mí o volveré a levantarte.

Me agarré rápidamente a su espalda, sintiendo como me palpitaba el corazón desbocado. Si no quería que me hiciera ilusiones, este no era el mejor camino. Debía ponerle freno a esta locura.

— A ver, y ahora ¿qué te pasa? — preguntó con hastío.

— No me gusta que jueguen conmigo — contesté.

— Yo no estoy jugando — repuso con seriedad.

— ¿Ah no? Entonces, ¿por qué sigues aquí cuando se nota que no te apetece para nada? — lo empujé alejándolo unos centímetros.

— ¿Quieres que me vaya? — Su voz era fría. Antes de que pudiera contestarle, se apartó de mí, metiendo sus manos en los bolsillos de su pantalón.

Perdí el equilibrio y tuve que apoyarme sobre mi pie. El dolor fue tan intenso como la primera vez. Me invadieron las ganas de vomitar de tanto dolor.

Erik se debatía entre cogerme o dejarme allí. Mi cara no ayudaba mucho, debía tener el rostro descompuesto por cómo me miraba.

— Estela, por favor — susurró acercándose a mi lado —, no me hagas esto, deja

que te ayude. No soporto verte así.

— Está bien — contesté con un hilo de voz —, lo siento, es que no me gusta estar fuera de control como ahora — me arrepentí en seguida de mis palabras.

— ¿Por qué estas fuera de control? ¿Por tu lesión? — volvía a estar apoyada en él. Que reconfortante era sentir su cuerpo cerca del mío y su fuerte brazo rodeándome.

— Supongo — dije sin más.

Percibí su mirada y alcé mis ojos, arrastrada por una fuerza superior a mi voluntad.

— ¡Eh Erik! — las voces venían del mirador — ¿Te ayudamos con

Estela o te las apañas tu solo? — Mataría a Thomas en cuanto lo tuviera a mi alcance. Mi cara, debía ser de color púrpura, por como Erik sonrió al verme.

— No voy a subir — contesté, anticipándome a la respuesta de Erik.

— ¿Cómo que no subes? — La voz de Beth era la más chillona. —

¿Pero a ti que bicho te ha picado? Erik por favor, hazla entra en razón.

— A mi no me metas, creo que tu amiga es demasiado tozuda para dejarse convencer — me guiñó un ojo. Pensé que me desmayaba allí mismo.

— Esto lo arreglo yo en un pis pas. — La oí decir, temiéndome lo que eso podía significar.

Bajó rápidamente, saltando con gracia sobre las piedras. Cuando vi lo que se proponía hacer, me di cuenta de que era peor de lo que pensaba.

Sin apenas tiempo para quejarme, como Dios manda, me encontré

suspendida en el aire, entre Erik y Daniel. Los dos me subieron en volandas hasta el mirador. A pesar de mis prejuicios iniciales por tal ayuda, me alegré cuando pude ver el maravilloso lago.

Era tan hermoso como lo recordaba. Cubierto por una fina capa de hielo, que brillaba bajo la luz del sol. Diversas tonalidades de rojos y naranjas teñían el cielo como la paleta de un pintor, y el reflejo en el lago, era el resultado de su obra maestra.

— Precioso — susurré.

— Realmente precioso — reafirmó Erik mirándome fijamente.

Sabía que se estaba refiriendo al paisaje. Pero el modo en que poso su mirada sobre mí, al decir estas palabras, hizo que mi corazón se desbordara de felicidad.

— ¿Quieres que nos sentemos con ellos? — le pregunté, mientras señalaba a mis amigos, que estaban sentados al borde de una roca, un poco alejados de nosotros.

— Si no te importa, prefiero quedarme aquí. No hemos empezado con buen pie y me gustaría conocerte mejor.

Erik me ayudó a sentarme. Luego se acomodó a mi lado, mirándome con los ojos entrecerrados llenos de curiosidad.

— Y bien ¿qué quieres saber de mí?— intenté sonar despreocupada, aunque estaba aterrada. ¿Qué podía contarle a él que pudiera interesarle de mí?

— Todo, que te gusta, que música escuchas, que libros lees, que haces en tu tiempo libre, porque me miras como lo estás haciendo ahora. — Mostró su picara sonrisa mientras esperaba mi respuesta.

— Esas son demasiadas cosas a la vez — dije poniéndome el pelo detrás de la oreja, visiblemente nerviosa —, no sé por dónde empezar.

— Empieza por la primera y sucesivamente.

— No quiero aburrirte.

— Inténtalo — me miraba con un sincero interés.

Eso derrumbo todas mis barreras y empecé a hablar. Creo que en mi vida he hablado tanto rato yo sola. Él se limitaba a escucharme,

asintiendo con la cabeza, o sonriendo ante alguna tontería de las mías.

Pasó el rato y el sol empezó a desaparecer tras las montañas,

cubriendo el cielo de un color violáceo anaranjado. Era tarde, pero no quería irme aun. Había tantas cosas que quería preguntarle. Él ahora sabía más cosas de mí que cualquiera de mis compañeros de toda la vida, pero ¿qué sabía yo de él? ¿Aparte de que era capaz de volverme loca con una mirada?

— Ahora me toca a mí preguntar.

— Aun no has contestado mi última pregunta — su sonrisa se torno maliciosa — ¿Qué piensas cuando me miras así?

— Que no entiendo que ves en mí para interesarte tanto.— Otra vez me asustó la absoluta sinceridad de mis palabras. Brotaban espontáneas, sin pensarlo, cuando estaba a su lado. Si aun no se había dado cuenta de que perdía el tiempo conmigo, yo no hacía más que recordárselo.

— Te aseguro que eres de lo más interesante. — Al contestar no me miró a mí, sino a las nubes de color plomizo que se fundían con las montañas bajo la luz crepuscular.

— Eso tienes que explicármelo.

— Quizás otro día — contestó, señalando a mis amigos, que ya se habían levantado y venían hacia nosotros.

— Estela ¿qué tal tu tobillo? — Preguntó Megan avanzando hacia mí, seguida de Thomas.

— Mejor, ya casi no me duele — mentí.

— Pues tienes una pinta horrible — dijo Thomas — estas amarilla, deberíamos haber vuelto antes, a ti tiene que verte un medico.

— No es para tanto — repuse, viendo la mueca de disgusto en la cara de Erik.

— Que pasa tortolitos, ¿nos vamos? O ¿Qué?— dijo Beth.

Así que esa era la impresión que dábamos, ¿la de dos enamorados? Bueno, yo tenía claro que mi corazón estaba al borde del desenfreno a su lado, y que ni con todos los huesos rotos del mundo habría renunciado a esta tarde junto a él. Pero de ahí a ser pareja, distaba mucho de la realidad. Empezando por él.

Que parecía sinceramente interesado en mí, por alguna extraña razón que no lograba entender. Seguro que todo se reducía a simple curiosidad. Esa sencilla teoría, reafirmandose en mi mente,

me dejó casi sin respiración. No me había dado cuenta hasta ahora, de cómo me dolía pensar que Erik no sentía lo mismo por mí

que yo por él.

Mientras mi mente vagaba por terrenos espinosos, oí su voz contestando a la pregunta de mi amiga.

— Si, será mejor que nos vayamos si no queremos que se nos eche la noche encima.

— ¿Necesitáis mi ayuda? — Daniel apareció al lado de Beth, sonriente.

Quise ponerme en pie, pero la torcedura se había enfriado y la punzada de dolor me atravesó de tal manera, que por un momento pensé que caería a rodando hacia abajo.

— Estela ¿estás bien? — Beth me ayudó a levantarme, mirándome con sincera preocupación. — Siento haberte abandonado, pero pensé que te gustaría tener un poco de intimidad con tu ángel de la guarda. Pero viéndote así, no sé si ha sido buena idea esperar tanto rato para irnos. Además tú también tienes que estar hecho polvo, ¿no? — concluyó dirigiéndose a Erik, que permanecía separado de nosotras, hablando con Thomas.

Estaba preocupada de verdad, se notaba en su voz, en su rostro.

Lo mejor era tranquilizarla. Erik no parecía cansado ni dolorido, en absoluto, y a mí el tobillo me dolía, cierto, eso era lo que se veía en mi cara. Pero si ella pudiera ver dentro de mí, me vería feliz. Había sido una tarde maravillosa,

perfecta. Estaba viviendo un sueño y eso no tenía precio.

— Ha sido la mejor idea que has tenido en toda tu vida — admití y ella me respondió con una amplia sonrisa de satisfacción.

— Lo sabía — contestó con suficiencia.

— ¿Te importa si solo te llevo yo? — Erik estaba a mi lado. Me sobresalté. ¿Habría escuchado lo que acababa de decirle a Beth?

Daba igual, ahora me importaba más que el volviera a tocarme con sus suaves manos. Rodeándome con fuerza. Deseaba quedarme allí para siempre.

Desde que habíamos llegado al mirador, ni siquiera nos habíamos rozado, ni por casualidad. Manteníamos las distancias, aunque yo ardía en deseos de abrazarlo con fuerza y por suerte para mí, mi sueño volvía a hacerse realidad.

— No hay problema — repuse torpemente, estaba a punto de sufrir un colapso, solo de imaginarme entre sus brazos otra vez.

Beth se acercó a Daniel y empezaron a descender sin problemas.

Erik avanzaba más despacio, pero con paso firme. No tenía muy claro si su lentitud se debía al peso de mi cuerpo, o a que él deseaba prolongar este momento tanto como yo.

— Pobre Daniel.

— ¿Cómo dices? — Estaba tan concentrada en sentir su abrazo,

que ni siquiera lo había escuchado.

— Tu amiga, tiene loco a Daniel. — No me gustó el tono de reproche en su voz, hice una mueca y él se justificó. — Estoy seguro de que Beth es buena gente, pero es muy, como lo diría... — Se quedó pensativo unos segundos, buscando el adjetivo adecuado para definir a Beth. Yo sabía cuál era y me adelanté.

— Temperamental.

— ¡Exacto! No me gustaría estar en su piel.

— ¿De verdad te interesa lo que pasa entre ellos? — Objeté con tono burlón. — No pensé que fueras tan cotilla o ¿es que estas intentando desviar mi atención?

— No sé de qué me hablas — no era verdad, lo sabía.

— Justo antes de irnos ibas a explicarme que tengo yo de interesante.

— Yo no he dicho en ningún momento que pensara explicártelo.

— ¿Qué pasa? ¿Tan malo es? ¿Me ves como una adolescente mutante o algo así?

— Bromea, intentando suavizar la tensión que empezaba a imponerse entre nosotros de nuevo.

— Muy graciosa, mira es mejor que dejemos el tema, ¿vale?

Ocultaba sus ojos de mí y eso no me gustaba.

— Vamos, prometo no enfadarme, sea lo que sea.

— ¿En qué momento hemos dejado de hablar de ti, para hablar de tonterías? Por qué mejor no me cuentas como va tu tobillo. ¿Te duele mucho? — Ya estábamos otra vez. Una máscara inexpresiva,

aparecía reflejada en su rostro con todo su esplendor.

— Te mentiría si te dijera lo contrario, y no sé por qué me resulta muy difícil mentirte. Aunque me da la impresión de que no es mutuo. Tú no te has quejado ni una vez y estoy segura de que algo debe dolerte después del accidente — no iba a dejar que cambiase de tema tan fácilmente.

Si no quería darme explicaciones, que no me diera motivos para pedírselas, así de fácil, o de difícil. Realmente estaba hecha un lío.

Por un lado se mostraba tremendamente interesado en mí, y por otro trataba de restarle importancia a ese hecho. Simplemente quería oírle decir que su corazón, palpitaba con fuerza en su pecho, igual que el mío, al cruzarse nuestras miradas. ¿Y si su respuesta no tenía nada que ver con lo que yo quería escuchar?

— Te basta con saber que nunca, — pausó y yo noté fuego en mis venas cuando clavo sus profundos ojos azules en los míos — y cuando digo nunca, es en el

más amplio sentido de la palabra, me ha interesado nadie del modo en que me interesas tú.

Me había girado hacia él para tenerme de frente, y ahora sujetaba con ambas manos mi cintura. Me di cuenta de lo que significaba la expresión “morir de felicidad”. Sus ojos eran limpios,

transparentes, no mentía, pero sus labios permanecían apretados.

No se sentía cómodo con esta conversación. Podía percibir su lucha interna. Deseo con todas mis fuerzas suavizar la rígida línea de su boca con un beso. El calor subió a mi rostro desde lo más profundo de mí ser. Entonces desvió su mirada, rompiendo la conexión que se había establecido entre nosotros. Aflojó su abrazo. Quise gritar que no lo hiciera. Veía como cambiaba de nuevo su expresión. No volvería a tener otra oportunidad como esta. La felicidad, como la bruma del amanecer, se disipó,

dejándome vacía, triste. Un nudo ahogaba mi garganta, luchando por salir y hacerme estallar en llanto. No, no iba a hacerlo. Tragué

saliva. Cerré los ojos. Necesitaba recomponerme.

— ¿Seguimos? — Me miró con tanta ternura, que toda mi angustia desapreció, sintiéndome como una tonta por estos altibajos de mi humor.

Me estaba volviendo neurótica. O no, porque era mi corazón y no mi mente quien controlaba todo mi ser.

Avanzamos a buen ritmo, aunque los demás ya debían de estar en el coche.

— ¿Estas cansada? No tienes muy buen aspecto ¿quieres descansar un poco?

— No, estoy bien. Los demás empezarán a preocuparse si tardamos demasiado.

— Tienes razón, si me dejaras llevarte en brazos — añadió con su picara sonrisa — el resto del camino podríamos ir más rápido.

No soportaba estos cambios de actitud, ya no, estaban acabando conmigo.

— ¿De qué va todo esto? — solté con amargura.

— Solo quiero que seamos amigos — esa no era la respuesta que yo esperaba.

— Creo que la amistad no me basta — había vuelto a hacerlo.

Demasiado sincera. Me maldije a mi misma por lo que acababa de decir.

— Pues de momento, es lo máximo que te puedo ofrecer. Siento mucho, si te he dado una opinión equivocada, sinceramente, no soy capaz de comportarme correctamente, cuando estoy a tu lado

— no era él quien hablaba, era su odiosa mascara.

— ¿Qué se supone que es lo correcto para ti? — Mi voz reflejaba el ansia que se había apoderado de mí. Era él quien había insistido en estar aquí conmigo, aunque a mí me parecía genial, pero ¿por qué se echaba atrás? ¿Por qué se cerraba en banda? Mis castillos en el aire, caían ahora de forma estrepitosa. Jamás había sentido esto por nadie. Me había enamorado de la persona equivocada.

Muy típico de mí.

El resto del camino se me hizo eterno. La tensión podía palparse entre nosotros, se agravaba con su silencio. Estaba deseando llegar al coche, de una vez por todas.

— ¡Por fin! — Gritó Beth, mientras corría hacia nosotros. —

Estábamos a punto de enviar un equipo de rescate en vuestra busca.

Ni Erik, ni yo, nos reímos de su gracia. No estábamos para chistes,

al menos yo no. ¿Y él? ¿Por qué esa actitud tan tosca con los demás? Yo había malinterpretado su amabilidad, vale lo asumía,

pero ¿a santo de que venían aquellos morros con el resto de la humanidad?

¿Y a mí que me importaba? Al fin y al cabo, era yo la que había salido mal parada en toda esta historia, y no él. Aun me quedaba algún rastro de dignidad y no iba a malgastarlo preguntándole.

Cambio de planes

“El amor es como el fuego; suelen ver antes el humo los que están fuera, que las llamas los que están dentro.”

Jacinto Benavente

Beth decidió llevarme al hospital, aunque yo me negaba en redondo, hizo caso omiso a mis quejas y fuimos a urgencias,

cancelando su cena con Daniel. ¡Vaya día!

Una enfermera, entrada en años y en kilos, me atendió

amablemente.

Empezó a trastear mi tobillo, mientras yo me retorecía de dolor.

— ¿Está roto?

— No — dijo sin dejar de clavar sus gruesos dedos en mi inflamado tobillo.

Me agarré con fuerza a los barrotes de la camilla, intentando compensar el dolor que sentía, con la presión de mis dedos sobre el frío metal. Fue inútil. Dolía igual.

— Estas verde — soltó Beth confirmando mis sospechas —, te duele ¿verdad?

— No es que he cambiado de maquillaje — añadí con sarcasmo,

apretando los dientes con fuerza—. Pues claro que me duele.

La enfermera había salido a buscar a un traumatólogo. Entró

sonriente. Portando una bandeja metálica, con una enorme jeringa dentro.

— ¿Para qué...? — no quería imaginar esa aguja descomunal atravesando mi carne dolorida.

— El médico va a ponerte una infiltración, para bajar la inflamación y aliviarte el dolor.

— ¡No!

— Cálmate bonita, solo será un pinchacito de nada — vio mi cara poco

convencida—. Es esto o inmovilizar al tobillo durante tres semanas. — Dejó la bandeja sobre una pequeña mesa auxiliar y salió de nuevo.

— No me gusta ninguna de las dos opciones — refunfuñé.

— Se buena o aviso a tu madre — agregó Beth.

— ¿Estás loca? Se pondrá como una histérica si me ve aquí.

— Bien, pues tú calladita, y deja hacer a los que saben, ¿OK?

Estaba a punto de contestarle, cuando el médico entró al box.

— Hola soy el doctor McCain, tu eres — hablaba mientras leía mi historial — Estela Preston, ¿la hija de Francin?

— Si.

— Bien, es una simple tendinitis sin mucha importancia. El problema es, que ha pasado demasiado rato desde que se produjo la lesión hasta ahora, tardará unos días en mejorar. Con esto estarás mucho mejor.

Y dicho esto cogió la jeringa. Aparté la mirada, no quería ver como agujereaba mi piel. Bastante malo era ya imaginármelo. Beth me tomó la mano. El dolor me traspasó como un aguijonazo. Noté el líquido extendiéndose por mi tobillo.

— Ya esta, señorita Preston, ¿se encuentra bien?

— Solo un poco mareada — balbucí.

Veía luces de colores a mí alrededor, como si hubiera una enorme bola de discoteca colgada en el techo. Las voces empezaban a ser lejanas, distantes. Noté que alguien me tumbaba hacia atrás,

recostándome en la camilla.

— Será mejor que se queden aquí hasta que se recupere — oí decir al médico.

— Bueno, ya has oído al doctor. Quédate quietecita hasta que se te pase el

colocón.

Me limité a cerrar los ojos, asintiendo levemente con la cabeza.

— Tu madre va a alucinar cuando te vea.

— No pienso decirle nada hasta mañana.

— Pero ¿no está aquí trabajando?

— No, hoy tiene turno de noche, así que cuando llegue a casa, ella vendrá de camino hacia aquí. — Beth no estaba de acuerdo e intentó intervenir.— Es lo mejor, confía en mí, no quiero preocuparla por nada.

— Esta bien,— cedió de mala gana — ¿nos vamos ya?

— Si, salgamos de aquí.

La noche se me antojó más fría y oscura que nunca. Miré al cielo.

No había luna, ni estrellas. Densas nubes cubrían el firmamento.

Nos esperaba un domingo lluvioso.

Beth me ayudó a llegar hasta el coche. Aun me dolía horrores el pie, y apenas podía apoyarlo en el suelo. Menos mal que la tenía a ella, aunque rápidamente me arrepentí de mi suerte.

— Ahora, tu y yo, vamos a charlar largo y tendido de lo que ha pasado esta tarde con el macizo.

No iba a dejarme en paz hasta que se lo contase todo, con pelos y señales. Suspiré pesadamente sabiendo que no tenía escapatoria.

— Está bien, te invito a cenar, ya que he estropeado tu cita con

Daniel, es lo menos que puedo hacer, pero tu cocinas — dije levantando mi pierna —, yo no estoy para muchos trotes.

— Pues vaya asco de invitación — frunció el ceño simulando enfado —, acepto por que la curiosidad me está matando, que te quede claro.

La casa estaba vacía, tal y como yo esperaba encontrarla.

Tenía una nota de mama en el frigorífico, quería que la llamase nada más llegar.

Me giré hacia Beth, que estaba repantigada en el sofá,
entusiasmada con algún producto de tele tienda.

— Se suponía que tú hacías la cena y yo descansaba, ese era el trato, ¿no?

— Si, si, ya voy — no se molestó en mirarme. Seguía con la vista al frente,
clavada en el televisor. — Creo que voy a comprarme uno de esos. ¡Fíjate! Es un
sujetador milagroso, ¡aumenta dos tallas!

Puse los ojos en blanco mientras sacudía la cabeza. Era Beth.

— Voy a llamar a mi madre. Tú mientras, podrías sacar un par de pizzas del
congelador y meterlas en el horno. ¿Vale?

Murmuró algo que no entendí. No le hice caso y fui en busca de mi móvil.

Entonces me di cuenta de que no tenía la mochila.

— ¡Mierda!

— ¿Qué tripa se te ha roto ahora? — La voz de Beth llegaba desde la cocina.

— No encuentro mi mochila, debo haberla olvidado en... — no podía creerlo,
había estado tan cegada con Erik, que ni siquiera recordaba la última vez que
había visto mi mochila en el día de hoy.

— ¿Dónde? — Beth se acercó, secándose las manos en un trapo de cocina.

— No lo sé. ¿Cómo puedo ser tan despistada? — dije desesperada.

— Eso no es ninguna novedad. Lo primero, tranquilízate, a ver,

analicemos la situación. La llevabas encima al salir de casa

¿verdad?

— Si, durante la excursión la llevaba puesta y luego — entonces caí — ¡claro!

— ¿Qué? ¡Habla!

— Erik tiene mi mochila. Ahora lo recuerdo, cuando me caí, él la recogió y se la echó al hombro. Después de eso no he vuelto a verla más.

Suspiré aliviada. Volvía a tener una excusa para hablar con él.

Beth me prestó su teléfono. Llamé a Francin, que me interrogó

hasta el cansancio, sonreí aliviada al colgar.

— Eso huele de muerte — dije entrando en la cocina.

— Lo sé, soy una chef de primera, ¡voila!

Beth mostraba una gran sonrisa con ambos platos en sus manos.

— Tengo tanta hambre que no pienso discutirte, aunque es fácil cocinar comida congelada.

Ignoró mi comentario, puso las pizzas en la mesa y se sentó frente a mí.

— Ya basta de cháchara inútil, desembucha.

— No puedo hablar con el estómago vacío — bromeaba con ella,

pero la verdad es que no me apetecía nada recordar el chasco de hoy.

— Deja de decir bobadas y cuéntame todo lo que el bombón ha dicho, y lo más importante, lo que ha hecho — añadió con malicia.

Entre bocado y bocado, le fui contando todos y cada uno de los detalles de nuestra conversación.

— ¡Guau! — Dijo cuando acabé el relato.

— Como ves ahora estoy hecha un lío. Pensaba que había algo especial en esos momentos, y de golpe todo ha cambiado, no sé

qué ha pasado. Quizás lo he malinterpretado.

— Pero ¿qué dices? Si lo que me has contado es cierto, y sé que lo es, por que tú no tienes tanta imaginación, ese tío se muere por tus huesos — me quedé a cuadros al oírla —, vamos que lo tienes comiendo de tu mano.

— Ahora eres tú la que dices bobadas.

— No, de eso nada. Tú hazme caso por una vez en tu vida. ¿Con cuántos chicos has salido tú?

— Con ninguno, ya lo sabes — contesté de mala gana.

— Cierto, ¿con cuántos he salido yo? — repuso muy pagada de sí misma.

— No llevo la cuenta de tus ligues.

— ¿Cuántos? — insistió

— Muchos — mascullé entre dientes, sin saber a qué venía todo esto.

— Entonces la que sabe aquí del tema soy yo. Y del mismo modo que no me equivoqué cuando te aseguré que estabas enamorada de él, tampoco me equivoco ahora si te digo que ese bomboncito,

de cuerpo divino, está loquito por ti. — Se iba animando cada vez más conforme continuaba con su exposición. — ¡OH Dios mío! Lo vuestro ha sido un flechazo de película. Estoy muerta de la envidia.

No podía dar crédito a lo que estaba diciéndome. ¿Estaría Beth en lo cierto? Intenté disimular mi entusiasmo.

— A ver entonces supongamos — dije intentando aclarar mis ideas—, solo supongamos, que tienes razón.

— Que la tengo — afirmó, interrumpiéndome en mitad de la frase.

— Vale, pues ¿por qué tanto misterio? ¿Por qué no contesta mis preguntas? ¿Por qué fue tan frío conmigo al final?

— Ahí va la respuesta a todas tus dudas: es un hombre — contestó

satisfecha.

— ¿Ya está? ¿Qué sea un hombre lo aclara todo? — Por lo visto no me enteraba de nada.

— Simple y llanamente querida, los hombres son raros por naturaleza. Pero ¿qué más da si tiene un cuerpo de infarto y esa cara de ángel que corta la respiración? Sinceramente, a mí, lo que menos me preocuparía es lo que dice cuando habla.

— ¡Beth! ¿Es que lo tuyo no tiene remedio? — Le di una suave patada por debajo de la mesa.— Eres una “devora hombres”, a veces me asustas, ¿sabes?

Estallamos en carcajadas.

— Ahora te toca a ti — dije cuando nos calmamos un poco — ¿Qué tal con Daniel?

Entonces su historia reemplazó a la mía, por suerte. Me alegraba de que se hubiera quedado aquí conmigo. Estaba disfrutando de la noche. Aunque mi corazón seguía sufriendo. Por más que Beth quisiera convencerme de lo contrario, yo tenía muy claras las palabras de Erik en mi mente, “solo amigos”.

El domingo amaneció gris y lluvioso, como mi estado de ánimo.

Eran más de las diez de la mañana, cuando mi madre vino a despertarme, en contra de mi voluntad.

— Estela, hija ¿qué haces aun en la cama? — Sonaba demasiado alegre, para haber madrugado tanto. ¿Cuándo dormía esta mujer?

Se pasaba la noche trabajando y a las diez de la mañana ya estaba en pie, era increíble.

— Déjame mama — dije ocultando mi cara entre las sabanas.

— Venga no seas perezosa, te he preparado el desayuno y además

— añadió, como si no tuviera importancia la bomba que iba a soltar

— hay un chico guapísimo esperándote en el salón.

— ¡¿Qué?! — me levanté de un salto. ¿Había oído bien? — Repite eso mama.

— Pues que un tal Erik ha venido a traerte tu mochila, por cierto,

ya me explicarás que hacia él con ella — su sonrisa desapareció

cuando vio mi hinchado tobillo — ¿Se puede saber que te ha pasado? ¿Tuvisteis un accidente? O ¿Qué?

— Para, para, que te estás embalandó. Solo es tendinitis — estaba enfadada, pero yo sabía que era debido a la preocupación.

Desde que papa nos dejó, siempre era así. A veces me sacaba de quicio, como ahora, pero la entendía.

— Tropecé con la raíz de un árbol, una tontería, pero Beth me llevó

a urgencias, me extraña que no te enterases de nada anoche. Hoy cuando vayas al trabajo seguro que podrás mirarte mi historial.

Era inútil explicarle todo el rollo, cuando sabía que le iba a faltar tiempo para preguntar a todo el personal hospitalario por mi simple lesión.

— ¿Por qué no me avisaste? — Ahora parecía más decepcionada que preocupada.

Intenté quitarle hierro al asunto.

— No quería preocuparte. Tenías que ir a trabajar y si te hubiera dicho algo, estoy segura de que te lo habrías montado para quedarte en casa, aunque hoy tuvieras que doblar turno, ¿o me equivoco? — Puso los ojos en blanco sin contestarme.— Mama estoy bien, ya soy grandecita, puedo cuidarme sola.

— Lo sé — musitó —, será mejor que dejemos esta conversación para luego, ese pobre chico lleva un rato esperándote.

Me hice una imagen mental de Erik en el salón de mi casa. Tenía que verlo en persona. Corrí al armario. Pillé unos tejanos gastados, y una camiseta de manga

larga y me fui directa al lavabo.

Me duché en un santiamén. Sin molestarme en secarme el pelo.

Notaba las gotas de agua correr por mi espalda mientras bajaba las escaleras, demasiado lenta por culpa de mi dolorido pie.

El corazón se me encogió en un puño cuando me asomé al salón.

Ya no estaba. Se habría cansado de esperar. “Maldita sea”, pensé, había tardado demasiado.

Oí a mi madre trasteando en la cocina, mientras se reía. ¿Francin riéndose sola? No, otra risa, suave y melodiosa se unió a ella. Erik estaba en la cocina. Me apoyé en el marco de la puerta en silencio,

observándolo durante unos segundos. Estaba sentado de espaldas a mí. Su despeinado cabello, con mechones dorados como espigas de trigo agitadas por el viento, brillaba bajo la luz solar que se colaba a través de la ventana. Deseo tocar y besar aquel cuello.

— Hola — saludé sin saber muy que hacer a continuación. Estaba tan nerviosa que mis manos iban por libre. Temblando y sudando,

ajenas a mi voluntad.

— Hola — contestó girándose hacia mí, regalándome una mirada radiante, de aquellos ojos que parecían contener todo el azul del cielo. Todo mi cuerpo reaccionó. El corazón aporreando mi pecho alocado, mis pulmones hiperventilando y mis piernas temblando,

como mis manos.

— Ven cariño, siéntate a desayunar.— Oí decir a mi madre. Se me había olvidado por completo que estaba allí. Me acompañó hasta la silla que quedaba libre, frente a mi ángel.

— Mama puedo sola — protesté avergonzada, cuando me apartó la silla para que pudiera sentarme. Erik nos miraba sonriente.

Parecía que hoy estaba de mejor humor.

— Voy a salir un momento — dijo mama — necesito... bueno, da igual, que os dejo solos un rato, para que habléis de vuestras cosas y eso.

Estaba alucinando. Se estaba saltando sus propias normas,

además de parecer encantada con la visita. Nunca había traído chicos a casa. Ella no me preguntaba, pero estaba segura de que le preocupaba. Y ahora, aquí estaba Erik, no un chico cualquiera,

sino él, perfecto, amable, e increíblemente guapo.

— Tu madre es encantadora — dijo cuando estuvimos solos.

— Sí, lo sé — aparté el plato de tostadas y cogí el vaso el zumo.

— ¿No vas a comer?— preguntó.

— No tengo hambre.

Sacudió la cabeza como si no me entendiera. ¿Cómo quería que me pusiera a comer con él contemplándome? Mi estómago se rebeló y rugió ruidosamente.

— Creo que eso no es del todo cierto — objetó, acercándose las tostadas de nuevo —. Come o me voy.

Empecé a comer sin rechistar. No quería que se fuera y me parece que le quedo claro, por el ansia con que engullía todo el desayuno.

Se mantenía en silencio mientras yo comía, jugueteando con un trozo de servilleta. Cuando acabé, decidí a romper el silencio.

— Gracias por traerme la mochila, anoche me llevé un buen susto cuando vi que no la tenía.

— Lo imaginaba, y pensé en traértela, pero era tarde y supuse que te habrías acostado. Además, quería...— dudó unos instantes antes de continuar — quería pedirte perdón por haber sido tan grosero contigo.

Se notaba que venía con el guión estudiado, preparado para lo que iba a decirme.

A parte de la duda inicial, no vi indicios de tensión como la tarde anterior. Todo lo contrario, se le veía relajado,

cómodo y eso que la conversación estaba derivando a terrenos espinosos.

— Disculpas aceptadas, pero que te perdone, no significa que te entienda — dije mientras enredaba un mechón de pelo en mi dedo.

Pretendí sonar casual, para evitar que saliera corriendo de nuevo.

Tomó el mechón de pelo que tenía entre mis dedos, colocándolo detrás de mi oreja. Enrojecí de inmediato, mientras me quedaba sin aire.

— Tienes un pelo precioso.

Prolongó el roce de sus dedos en mi pelo, más tiempo del necesario. Introduciendo su mano lentamente en mi cabello, hasta acariciar con la yema de sus dedos la piel de mi cuello.

Me estremecí. Tenía erizado el vello de los brazos. Entorné mis parpados, disfrutando del placer de su caricia.

— ¡Ya he vuelto! — Oí decir a Francin mientras cerraba la puerta ruidosamente, topándome de golpe con la realidad.

Abrí los ojos como platos. Erik apartó su mano con calma, traspasándome con la profundidad de su mirada.

— Creo que debería irme — susurró, mirando el reloj de la cocina.

Tenía la impresión de que a él, le apetecía tan poco irse, como a mí que se fuera.

— ¿Tienes planes para el sábado que viene? — añadió

rápidamente, como si tuviera miedo a arrepentirse si esperaba demasiado para proponérmelo.

— Nada en concreto, leer algo o ir al cine, no sé. ¿Por qué?

— Porque después del esfuerzo ayer, me merezco una recompensa, podríamos hacer algo juntos, si quieres.

Me guiñó un ojo como solo él sabía hacerlo. Me fundí como si fuera de mantequilla.

— Leer tirada en el sofá o salir contigo... Humm, a ver déjame que lo piense. — Bromeé, para evitar que notase el efecto devastador que sus guiños y sus miradas tenían sobre mí.

Se acercó, acortando la distancia que había entre nosotros.

Estábamos de pie, cerca de la puerta de la cocina.

— Solo como amigos — susurró en mi oreja, tan cerca que puede notar el calor de su aliento en mi piel.

— Amigos — murmuré en un suspiro, sin saber si mis pies aun tocaban el suelo o estaba en el cielo —, ¿cine?

— Lo que quieras. Tus deseos son órdenes para mí — contestó,

intentando emular la voz del genio de la lámpara. Me reí. Tenía que reconocer que Erik podía ser un poco payaso si se lo proponía.

Pero esa parte de él, que acababa de descubrir me encantaba, como todo lo demás.

Íbamos hacia la entrada, cuando vi que Erik se detenía, mirando las fotos que teníamos enganchadas con imanes en la nevera de la cocina.

— ¿Es tú padre? — dijo señalando una foto de hacía tres años.

Las últimas vacaciones con mi padre. Sentí un pellizco en el estómago al recordarlo.

Que feliz y que ingenua era. Que poco sabía yo de lo que me deparaba el futuro. Tan solo unos meses más tarde, después de aquel verano, mi mundo se vino abajo.

Erik tuvo que notar la tristeza en mis ojos, que brillaban por las lágrimas contenidas. Se acercó a mí nuevamente, acariciando mi mejilla.

— Lo siento, no debería haberte preguntado.

— No pasa nada — farfullé restregándome los ojos —.

Sencillamente, no me hago a la idea de que ya no está.

— Debe ser muy duro para ti.— Y con un movimiento brusco, que no esperaba, me atrajo hacia él. Apretándome fuertemente contra su pecho. — Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras, yo estaré aquí siempre, ¿vale? — Alzó mi barbilla con sus suaves dedos, obligándome a mirarle a los ojos, esperando una respuesta. Asentí en silencio.

No hablaba de mis sentimientos con respecto a la muerte de mi padre con nadie. Ni siquiera con Beth o con mi madre. No quería agobiarlas, y además, tampoco podían ayudarme. Carl no volvería,

por más que yo lo deseara con todas mis fuerzas.

Con Erik era diferente. Me reconfortaba. Mi pena fluía con facilidad, liberándome del peso que llevaba dentro, mientras él me abrazaba. Hice un intento por volver a hablar sin que me temblara la voz.

— Cine el sábado. — Confirmé, cuando él se distanció levemente de mí. Lo mejor sería volver a un tema neutral.

— Perfecto. — Pude ver que sus ojos también estaban empañados por la tristeza. Como si recuerdos propios hubieran aflorado en él,

al hablar de los míos.

— Estrenan una película de ciencia ficción. — Una gran sonrisa se dibujó en su cara, aportándole a sus ojos la alegría que les faltaba.

— Puede estar bien — convino, dirigiéndose a la puerta —. Hasta mañana entonces.

— Adiós y gracias de nuevo — dije pletórica de felicidad.

Movió su mano rozando mi brazo ligeramente, a modo de despedida.

Se aceleró mi respiración y en un impulso incontrolable, puse mi mano sobre la suya, reteniéndola contra mi piel. Deleitándome en el placer inmenso de su cercanía. Dudó a la hora de soltarme, pero finalmente lo hizo. Algo había cambiado en él de forma permanente, no sabía qué, pero lo veía en sus ojos, una luz especial, un matiz diferente.

Me quedé quieta, apoyada contra el marco de la puerta. Incapaz de moverme mientras lo observaba, caminado con seguridad hacia su potente coche. Se volvió a mirarme cuando estuvo dentro. Sentí la electricidad recorriendo de nuevo mi piel.

El coche desapareció calle abajo. Entonces me di cuenta de lo que acababa de hacer. ¡Tenía una cita con Erik! El chico más atractivo y maravilloso el mundo me había pedido una cita, ¡a mí! Me deje caer en la silla de la cocina, notando la debilidad de mis piernas.

La cita

“Lo mucho se vuelve poco con sólo desear otro poco más.”

Francisco de Quevedo

Era la última semana, antes de las vacaciones de navidad. Estaba siendo una semana memorable. Flotaba en el aire, mis pies no tocaban el suelo que pisaba. Estaba totalmente loca por Erik, y daba la impresión, de que a él le pasaba lo mismo conmigo.

El lunes me estaba esperando a la entrada del aula de literatura.

Beth le cedió el sitio a mi lado en clase, encantada, para sentarse al lado de Daniel. Durante el almuerzo se unió a nuestro grupo.

Conversaba con todos. Bromeando con Thomas, debatiendo con

Megan y tomándole el pelo a Beth y a Daniel. Me parecía imposible que alguien pudiera experimentar la felicidad que yo sentía, con

Erik a mi lado. Era una sensación extraña, como si una parte de mi llevara toda la vida esperándolo a él. Por fin me sentía completa,

llena, satisfecha.

Él no dejaba pasar la oportunidad de acariciar mi pelo, cogerme de la mano, o rozar suavemente mi mejilla con sus dedos. Pero no volvió a abrazarme, como lo había hecho el domingo anterior. Ni sus labios volvieron a rozar mi piel. No me preocupaba en exceso ese leve distanciamiento, ¿y si esto no salía bien?

Demasiado fuerte era la manera en que habíamos conectado,

como para complicarlo más con besos y caricias. Aunque me moría por ellos. Pensar así me ayudaba a sobrellevarlo algo mejor.

— Si no fuera por cómo te mira, diría que es gay — me dijo Beth sin más, el viernes de camino a clase de mates.

— Anda ya, simplemente, el no es de esos. No tiene prisa.

— Si claro, y yo voy a meterme a monja. ¡Despierta! Los tíos no piensan con la cabeza. Ellos se mueven por impulsos. Aquí y ahora, es lo único que les interesa.

No sé, con este hay algo que me huele mal.

— Solo somos amigos — justifiqué.

— Ya, Thomas también es tu amigo y no te lo comes con los ojos.

Habíamos llegado a clase y tuve que aguantarme las ganas de replicar, bajo la atenta mirada del profesor de mates, que nos reprochaba nuestra falta de atención.

No quise pensar en las palabras de Beth más de lo necesario, pero habían calado en mí, sembrando la duda en mi cabeza. ¿Estaría

Erik arrepentido de haberme pedido una cita? ¿Lo estaba presionando yo con mi actitud? La angustia se apoderó de mi garganta, intenté respirar hondo, pero el aire no pasaba más allá

de mi nariz.

La clase fue eterna. Esperé angustiada, el momento en que pudiera salir de allí y hablar con él. Necesitaba disipar mis dudas y solo en sus ojos encontraría alivio.

No lo vi. Por más que lo busqué a la salida de clase, no conseguí

dar con él. Me fui a la calle, en busca de su coche. Tampoco estaba. Se había ido. No habíamos confirmado nada para mañana.

¿Que se suponía que debía hacer yo? ¿Esperar hasta que el apareciera de nuevo en mi puerta?

El móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué rápidamente. Deseando escuchar la única voz que quería oír en esos momentos. No me decepcionó.

— ¿Estela?

— Sí, soy yo — notaba el palpar furioso del corazón en mi cuello.

— He tenido que salir antes por... problemas familiares, así que te llamaba para concretar la hora a la que quieres que pase mañana a recogerte.

— Ah — contesté como una estúpida. Las dudas habían desaparecido, como por

arte de magia, con solo oír la dulce melodía de su voz.

— ¿Te parece bien a eso de las cinco? — dije al fin.

— Muy bien, ¿te pasa algo? — había notado mi voz entrecortada y agitada, como no.

— Estoy bien, tranquilo, no pasa nada — repuse de forma precipitada.

— Vale, pues, hasta mañana.

— Adiós.

Volvía a estar en la nube. Mi globo se felicidad absoluta, que Beth había desinflado con sus estúpidas suposiciones, volvió a resurgir con toda su intensidad.

Francin estaba en el jardín cuando llegue a casa. Corrí a mi habitación, después de un fugaz saludo. Mañana por fin era el gran día. Erik y yo, juntos, solos. Empecé a rebuscar en mi armario algo bonito. No tenía que ser demasiado formal. Tampoco íbamos a ir a cenar, ni al teatro o algo así, solo era una tarde de cine. Opté por una falda tejana, que combinaba muy bien con mis botas camperas, y una camisa blanca entallada. Asentí satisfecha ante la imagen que me devolvía el espejo. Dejé el conjunto preparado en una silla, y empecé a recoger toda la ropa que tenía tirada sobre la cama. Estaba todo mi armario, y parte del de mi madre,

escampados encima de la colcha.

Bajé a cenar cuando mi madre me avisó. Me miraba suspicaz mientras yo contestaba sus preguntas con indiferencia.

— Mañana vas a salir con ese chico tan mono, ¿verdad?

— Se llama Erik — contesté sin mirarla, poniéndome a la defensiva.

— ¿Te gusta?

— Si, el pollo esta delicioso — repuse pinchando un trozo y llevándomelo a la boca.

— No seas tonta, me refiero a Erik, ¿te gusta de verdad?

— Eso creo — farfullé.

— Me alegra oírlo. Me preocupaba un poco que no encontrases a tu príncipe azul. Parecía que ninguno encajaba contigo.

— Hasta ahora, no creía en los príncipes azules, todos eran bastante descoloridos — sonreí tímidamente. Sabía que mi madre entendería lo que yo estaba viviendo en estos momentos, pero aún y así, no me apetecía en exceso hablar del tema.

— Te pareces tanto a papa, demasiado realista.

Hice ademán de contestar, pero me freno en seco.

— Vale, no te preocupes, ya lo dejo. Solo una cosa más. No te ilusiones demasiado, si luego sale mal...

— De verdad mama, no te entiendo, ¿quieres o no quieres que salga con Erik?

— Removía inquieta un trozo de pollo en el plato. Si mi madre supiera hasta que punto estaba, no solo ilusionada, sino obsesionada con él, creo que le daría un patatús.

— Quiero que hagas lo que hagas, seas feliz. Eso es lo único realmente importante. Y si ese chico, te hace feliz, pues adelante,

pero solo te digo que tengas cuidado.

Se levantó de su silla, inclinándose hacia delante, dándome un beso en la frente.

— Gracias mama.

Movió la mano, quitándole importancia al asunto.

— ¿Quieres más pollo?

— No, pero déjalo, ya recojo yo. — Me levanté y empecé a llevar los platos al fregadero.— Tú debes estar cansada y yo ya estoy de vacaciones. Vete a dormir.

— Esta bien, buenas noches cielo. — Me volvió a besar, y yo le devolví un fuerte achuchón.

La noche transcurrió entre sueños y pesadillas. Me despertaba constantemente, mirando el reloj, impaciente por ver como las paredes de mi habitación se tornaban rosáceas por la pálida luz del alba.

Me levanté de un bote, cuando escuché el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Bajé a desayunar medio adormilada. Mi madre se había ido a trabajar. Llevaba demasiados fines de semana sin descansar. Sacudí la cabeza. “Trabaja demasiado”, pensé.

Agradecí la lista de tareas domésticas que Francin había dejado, anotadas en un trozo de papel. Estaría ocupada toda la mañana.

Estupendo.

Los nervios no me dejaron comer. Me di un baño, para relajarme un poco. No sirvió para nada. Me dediqué, con esmero, a secarme y arreglarme el pelo. No solía maquillarme, pero un poco de rímel en mis pestañas y brillo en los labios, me aportaron un aspecto favorecedor. En el último momento decidí cambiar de ropa. Opté por un ligero vestido con pequeñas florecitas, que combinado con mis botas quedaba genial. Iba a pasar frío, pero ¿que importaba eso? Me miré en el espejo y me gustó lo que vi.

El teléfono empezó a sonar dentro de mi bolso. Estaba sentada en el sofá, mordisqueándome las uñas, mientras miraba atentamente el reloj del pasillo, a la espera de que la aguja, por fin, marcara las cinco. Solo faltaban un par de minutos. Miré el móvil sin descolgar.

Era Beth. Podía esperar. No quería que me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba. Aun no me creía que esto fuera real. ¿Qué

había visto Erik en mí? ¿Qué extraño milagro provocaba que él centrara su interés en alguien como yo? ¿Acaso al también notaba la electricidad reavivando su cuerpo como me pasaba a mí cuando estaba a su lado?

El móvil volvió a sonar. Finalmente contesté, sabiendo que Beth no me dejaría en paz en toda la tarde.

— Hola Beth.

— ¿Qué pasa bicho? ¿Tienes planes para esta tarde?

No sé porque, pero le conté lo de mi cita con Erik.

— ¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! — Sus palabras atropelladas me hicieron arrepentirme en el acto de mi confesión.

— Mañana te cuento, ¿vale?

— ¡No! De eso nada. Esto no te lo perdono, ¿pero cómo has podido callártelo durante toda esta semana? Eres cruel. Por cierto, nos apuntamos.

— Qué os apuntáis ¿a qué? — Pregunté, conociendo la respuesta antes de oírla.

— Pues para ir al cine con vosotros, tonta. — Escuché como se dirigía a Daniel, que seguramente estaba a su lado.— Daniel y yo vamos directos, nos vemos allí, será genial una salida en parejas.

— ¡Beth espera!

— Nos vemos, ciao.

Colgó y me dejó con el teléfono en la mano, como una idiota. Lo había conseguido. Estaba atacada de los nervios, más todavía, si eso era posible. Empecé a masajearme la sien, la cabeza me iba a estallar.

El timbre de la puerta me pilló por sorpresa, después de estar tanto rato esperando este momento, ahora gracias a la intervención de Beth, me había cogido con la guardia baja.

— Estás preciosa — comentó a modo de saludo, cuando abrí la puerta. Mirándome de arriba a abajo, consiguiendo que me ruborizara en el acto.

— Tú tampoco estás mal. — Quise quitarle importancia, porque si nos poníamos a comparar, él salía ganando de calle. Llevaba el pelo revuelto, como siempre. Vestía unos vaqueros oscuros, con una camisa blanca y su cazadora de piel marrón. Parecía sacado del escaparate de una tienda de marca.

Me perdí en su mar azul cuando crucé mi mirada con la suya. Era una sensación deliciosa.

— ¿Nos vamos? — Propuso ofreciéndome su brazo.

Sin pensarlo dos veces, acepté su ofrecimiento y me aferré a él.

Entonces me acordé de Beth. Debía contárselo antes de que nos encontrásemos con ellos.

— Beth y Daniel nos esperan en el cine.

Una mueca de decepción cruzó su rostro. Se quedó pensativo, como si sopesara mis palabras. Necesitaba saber que pensaba. A

lo mejor creía que yo no quería estar a solas con él, nada más lejos de mi intención. Decidí aclarárselo, por si acaso.

— Lo siento, Beth no me ha dado opción. Me ha llamado y al saber que íbamos al cine se ha auto invitado — suspiré resignada.

— Humm — seguía inmerso en sus cavilaciones —. Estoy pensando — por fin decía algo —, que ya no me apetece ver esa película. ¿Te importa?

— No pasa nada, si no quieres venir, lo entenderé — convine con tristeza.

— No es que “yo” no quiera ir, es que no quiero que “nosotros”

vayamos — repuso, enfatizando el “nosotros” — no deseo compartirte con nadie, esta tarde.

Me quedé helada. Las mariposas aleteaban desesperadas en mi estómago.

— Entonces...— no puede acabar la frase de la emoción. Él la concluyó por mí.

— Quiero que tú y yo nos vayamos solos, a algún sitio tranquilo donde podamos charlar, sin que la loca de tu amiga nos interrumpa todo el rato.

Estaba descolocada totalmente, como siempre que él mostraba tanto interés por mí. Miré al suelo, sin atreverme a mirarle a los ojos. Mi pulso se disparó cuando sus dedos rozaron mi barbilla,

alzando mi rostro, desconcertándome con aquellos ojos como zafiros.

— ¿Qué te parece? ¿Pasamos del cine y nos vamos por libre?

— Si — musité, tragando saliva para añadir con un hilo de voz —,
yo tampoco quiero compartirte.

— Perfecto.

Hizo un ademán con la mano, indicándome que avanzáramos hacia su coche.

— Adelante — dijo, abriéndome gentilmente la puerta del reluciente audi negro.

Estaba flotando. Me sentía como una princesa en un cuento de hadas. Mi príncipe me sonreía desde el asiento contiguo.

— No conozco muy bien el pueblo, así que estoy abierto a sugerencias. — Sus labios continuaban torcidos mostrando una sonrisa radiante.

— No hay gran cosa que se pueda hacer por aquí, aparte de ir al cine, opción que ya hemos descartado por completo. Así que,

¿qué tal un chocolate caliente? — No se me ocurría nada mejor, si lo que buscábamos era algo de tranquilidad.

— Lo que tú quieras.

Hicimos la mayor parte del trayecto en silencio, hablando lo justo para indicarle el camino hasta la pequeña cafetería a la que nos dirigíamos.

Hoy era mi oportunidad para averiguar cosas sobre Erik. No me atreví a satisfacer mi curiosidad, hasta que estuvimos sentados en el pequeño local.

— Antes has dicho que no conoces el pueblo, ¿de dónde eres exactamente? — Me lancé a preguntar.

— Del norte — soltó secamente. Eso no me aclaraba gran cosa.

— Pero ¿de dónde en concreto? ¿Alaska?

— No, algo más lejos — refutó sonriendo, como si fuera de lo más gracioso lo que yo acababa de decir — de Islandia.

— ¡Guau, que lejos! Y ¿Cómo has acabado aquí, en la otra punta del mundo? —
“y por suerte para mí”, completé mentalmente.

— Mis padres — dudo al contestarme — pensaron que sería bueno para mí
conocer mundo, ya sabes, descubrir culturas distintas a la nuestra, y — volvió a
dudar — me mandaron aquí a estudiar.

— Suena como un proyecto de ciencias — comenté en tono burlón

—. Me siento como una cobaya humana.

Sonrió ante mi ocurrencia.

— Y que, ¿es digna de tu interés nuestra cultura? — aventuré

bromeando, me sentía mucho más cómoda así.

— Tú eres digna de mi interés — afirmó clavándome su mirada — y de mucho
más.

La sangre acudió a mi rostro coloreando mis mejillas, mientras el corazón se
desbordaba en mi pecho.

— ¿Y por que soy tan interesante para ti? — Quería poner las cartas sobre la
mesa de una vez por todas.

Notaba en azul de su mirada traspasándome la piel.

— Es evidente ¿no?

— Preferiría oírlo — insistí. No entendía por qué tanto misterio. Su actitud me
daba a entender que le gustaba, pero ¿por qué le costaba tanto decírmelo?

— Lo dudo — objetó con la mirada ausente, perdida, lejos de mí.

Me confundían sus respuestas.

— Cuando te pones así no hay quien te entienda.— Ya estábamos otra vez en las
mismas.

— Pues será mejor que hablemos de otra cosa. — Posó sus ojos sobre la

humeante taza de chocolate que tenía delante. — ¿Qué le paso a tu padre?

— Sabes que ese tampoco es un buen tema.— ¿Por qué tenía el que conseguir respuestas y yo no? Estaba molesta.

Me duró poco. Mi enfado se desvaneció, como por ensalmo,

cuando su mano acarició suavemente la mía. Fue un segundo mágico. No me atrevía a respirar, por no romper el hechizo.

— Tienes mucha tristeza dentro de ti, lo veo en tus ojos. Te sentirás mejor si lo compartes.

— Gracias, pero de verdad, no quiero hablar del eso.

No me apetecía para nada imbuirme en mis recuerdos tristes. Ni tampoco enfadarme con él. Que más me daba por que se interesaba por mí. Lo importante es que lo hacía y punto.

— Mejor cuéntame cosas sobre ti — añadí con cautela.

— ¿Qué quieres saber?

— No sé, ¿qué haces cuando no estás en clase? En tu tiempo libre quiero decir.

— Leer, ver la tele, salir de excursión en buena compañía — dijo guiñándome un ojo, provocándome una arritmia —. No sé, me gusta la variedad. Soy bastante inquieto. Pero últimamente tengo una preferencia sobre todas las demás — concretó. Apretando mi mano con la suya, haciéndome sentir como hierro fundido.

Su piel era cálida, agradable. La sentía como seda sobre mi piel.

Empezó a dibujar pequeños círculos en la palma de mi mano, con la punta de sus dedos. Pensé que iba a enloquecer. Podía dar gracias, de que yo tenía un carácter comedido, sino me habría abalanzado sobre él allí mismo.

Me concentré en todas y cada una de las sensaciones que experimentaba en ese momento. Lo miré y vi que observaba fijamente nuestras manos entrelazadas, como si estuviera siendo testigo de un milagro.

— ¿En qué piensas? — inquirí intentando sacarlo de su abstracción.

— En Shakespeare — ahora sí que me había perdido del todo.

— ¿Shakespeare? No te capto. ¿Todos son tan crípticos como tú en tu Islandia?

— No — contestó alegremente —, yo soy raro hasta en mi país.

Eso me tranquilizó un poco. Erik era consciente de que en ocasiones se comportaba de manera extraña.

— ¿Vas a explicarme a que viene lo de Shakespeare?

— Pensaba más bien, en las cosas que me dijiste la tarde que estuvimos preparando el trabajo de literatura — pausó, midiendo sus palabras.

— Te enfadaste conmigo.

— Sí, dijiste cosas que yo no quería oír — hablaba sin dejar de acariciar el dorso de mi mano —, yo...no estoy preparado para esto.

— ¿Y quién lo está?

— Tú pareces muy segura de ti misma, de tus palabras, ¿acaso no te has enamorado nunca?

— No — tragué saliva—, hasta ahora.

Su cara se iluminó con una sonrisa resplandeciente, que anegó de alegría mi corazón. Me aterraba estar abriéndoselo de par en par,

pero ya era suyo. Yo no era dueña de nada. Y menos de mi corazón. Latía por y para él.

— ¿Y que sientes ahora?— Sabía, antes de oírla, que esa iba a ser su siguiente pregunta.

— Creo que Shakespeare se quedaba corto en sus descripciones

— contesté de forma evasiva.

— Tienes miedo — no era una pregunta sino una afirmación.

— ¿Por qué dices eso?

— Por qué no quieres ponerle nombre a lo que sientes — afirmó triunfal.

Estaba alucinada. ¿Tan expuestos estaban mis sentimientos ante él? ¿Con que derecho me juzgaba tan fácilmente?

Deseo que la tierra de abriera y me tragase de una vez por todas.

— ¿Y tú? ¿Qué me dices de lo que tú sientes? — Le miré desafiante.— ¿Acaso le pones nombre?

Mis preguntas le afectaron más de lo que quiso aparentar.

Permanecía sereno y con una sonrisa congelada en los labios.

Pero ya tan solo era una mueca. Esperé regodeándome, por ser yo quien lo descolocaba a él por una vez. No era consciente de hasta qué punto sus ojos me decían mucho más que sus palabras.

— Será mejor que te lleve a casa.

Eso era lo último que esperaba oír. Había soltado mi mano,

poniéndose de nuevo, su máscara de indiferencia. Sus ojos eran como dos icebergs, anclados en aquel rostro inexpresivo.

— ¿A qué viene tanta prisa? — Estaba furiosa. ¿Por qué él podía poner al descubierto mis sentimientos y yo no podía hacer lo mismo con los suyos? No era justo. Enrojecí, pero esta vez fue de rabia e impotencia, por ver como se escapaba otra vez.

— Es mejor que lo dejemos así. Ya hemos dicho bastantes tonterías por hoy.

Me estaba volviendo loca de remate. Cuando tenía la situación bajo control, o eso creía, me salía el tiro por la culata. ¿Que escondía Erik con tanto recelo en su corazón, que de tan solo acercarme me echaba fuera automáticamente?

La incertidumbre era peor que la soledad. Estaba tumbada en la cama, analizando lo ocurrido. No había manera de entender que le pasaba a Erik. Era él quien me buscaba, para después rechazarme sin más. Esta vez no pensaba ceder. Iba a tener que darme una explicación, después de esto.

La mañana del domingo pasó sin pena ni gloria. No quise contestar a las múltiples llamadas de Beth. Lo último que quería era hablar de mi patética tarde con Erik. Bastante tenía con no dejar de pensar en él.

Francin andaba por casa, canturreando alguna vieja canción. Me propuso, obligándome al final, que diéramos un paseo,

aprovechando la tarde tranquila y despejada.

Caminábamos por las afueras del pueblo. Me encantaba el olor a hierba mojada. Hacía frío, pero era agradable estar fuera de casa.

Entre las cuatro paredes de mi habitación, todo era mucho más deprimente.

— ¿Qué tal tu cita con Erik?

— Mama, ¿tenemos que hablar de eso?

— Perdona cariño, solo quería charlar un rato.

Me sentí fatal al ver como desaparecía la chispa de alegría que iluminaba su mirada, antes de mi desafortunada respuesta.

— No, perdóname tú, hablemos de lo que quieras menos de Erik,

¿vale? Hoy... no estoy de humor.

— Está bien, hablemos de tus planes para el año que viene, ¿has pensado en que universidad vas a solicitar plaza?

Eso estaba mejor. Me explayé más de lo necesario, para no darle opción a

cambiar de tema.

El sol dejaba sus últimas pinceladas anaranjadas, sobre las nubes,
cuando llegamos a casa.

Al final había sido una buena tarde. Últimamente, entre el exceso de trabajo de mi madre y los exámenes, no habíamos hecho nada juntas, desde hacía tiempo. Me sentía bien, más serena y relajada.

Llegué a la conclusión de que era estúpido y egoísta, por mi parte,
enfadarme con Erik. Después de todo, él ya me había avisado.

“Solo amigos”

No sabía a qué me enfrentaría cuando lo volviera a ver. Solo tenía clara una cosa, Erik escondía algo. Un secreto. Y estaba claro, que yo había rondado cerca. De ahí sus cambios de actitud.

“Acabare descubriéndolo”. Con ese pensamiento cerré los ojos y me abandoné al sueño.

Confesiones

“El amor es un misterio. Todo en él son fenómenos a cual más inexplicable; todo en él es ilógico, todo en él es vaguedad y absurdo.”

Gustavo Adolfo Bécquer

Me vestí sin prisas al salir de la ducha. Aun tenía el pelo envuelto en una toalla, cuando alguien aporreó la puerta de mi habitación.

Era Beth. Lo sabía sin necesidad de abrir la puerta.

— Tú — gritó, señalándome con el dedo, mientras abría la puerta de par en par — desembucha — estaba iracunda —. Y más te vale que la historia sea buena, por el bien de nuestra amistad.— Se cruzó de brazos, apoyándose contra el marco de la puerta.

— Lo siento — admití, haciendo pucheros con el labio. Siempre me funcionaba y esta vez no fue distinto. Noté como se relajaba sutilmente, ocultando una sonrisa.

— Habla, y quiero la versión extendida, con todos los detalles,

¿estamos?

— No tengo mucho que decir, Erik quería que estar a solas conmigo — esperé parecer suficientemente sincera. Porque esa era la verdad pura y dura.

Su cara cambió al cien por cien. Desapareció todo rastro de enfado, para demostrar una ferviente curiosidad.

— Esto promete. — Entró en mi cuarto, sentándose en la cama. —

Por cierto, habría bastado con una llamada para avisarme. Me habría conformado con un simple mensaje.

Arquee una ceja. Eso no se lo creía ni ella.

— ¿Seguro?

Empezamos a reír, mientras nos metíamos en el lavabo para que yo terminara de arreglarme.

— Entonces, ¿qué os dedicasteis a hacer con tanta intimidad? —

inquirió con picardía.

— No van por ahí los tiros.

— Pues yo no conozco otro sitio por donde suelen ir “esos tiros”.

— Para ti no, estoy segura — le reproché. El manotazo que me dio en la pierna era de esperar —. Solo estuvimos hablando,

conociéndonos mejor.

— ¡Por Dios, tanto hablar! A este paso lo vas a conocer mejor que a tu madre. ¿Y a eso lo llamas cita? — Bufó de forma exagerada. —

Es gay, fijo.

— ¡Cállate! — Grité tirándole el cepillo que tenía en la mano.

Estaba loca, pero la adoraba.

— ¡Listo! — dije echando un último repaso a mi aspecto antes de irnos.

Habíamos acabado las clases, pero hoy nos quedaba una sesión de tutoría. Debíamos empezar a organizar el tema de la graduación.

— No sé porque te preocupas tanto, te pongas lo que te pongas,

aunque llevases un saco de esparto como vestido, Erik seguiría mirándote como un cordero degollado.

— No digas bobadas.

— Tú no lo ves, porque formas parte de la nube que os envuelve. —

Me explicó poniéndose muy seria. — A ti también se te cae la baba cuando el bombón nórdico aparece.

Le di un codazo y seguimos caminando alegremente hacia el instituto. Me venía bien la compañía de esta chiflada incorregible.

Durante el trayecto, se dedicó a poner muecas, imitando mis supuestas caras cuando veía a Erik. Nos reímos de buena gana durante un buen rato.

Empecé a sudar. Se acercaba el momento de enfrentarme a él de nuevo. Aunque en realidad, no tenía muy claro si lo vería hoy. No era obligatorio asistir a la reunión en el instituto, así que era probable que no viniera. Pero ¿y si lo hacía? ¿Debía mantenerme a distancia hasta que él se acercase a mí? ¿O por el contrario debía ser yo quien diera el primer paso?

Estaba hecha un mar de dudas.

Entré por la puerta del gimnasio y lo vi. La visión que tuve de él fue dolorosamente bella. Su dorado cabello lucía enmarañado,

enmarcando su angelical rostro. Sus ojos como el cielo estaban fijos en mí. Me estremecí, cuando el frío de su mirada coincidió con la mía.

La reunión fue lenta y pesada. Al acabar, Erik desapareció. Se heló la sangre en mis venas al comprender lo que eso implicaba.

Todo había acabado, sin tan siquiera llegar a empezar.

Beth me sacó de mi parálisis corporal con un codazo. Fuimos a la cafetería, necesitábamos algo que nos hiciera entrar en calor,

después de una hora en el gélido gimnasio.

— Tenemos que hablar. — Oí que decía una voz a mi espalda.

No contesté, no respiré, pensando que era una alucinación de mi mente enfermiza. Me giré lentamente, y allí estaba él, con todo su esplendor. Apoyado sobre el respaldo de mi silla, inclinándose sutilmente hacia delante. Asentí con la cabeza, incapaz de articular una palabra.

Me tendió la mano. La tomé vacilante, pero feliz, sintiendo como mi cuerpo se recargaba de nuevo con aquella electricidad que hacía bombear mi corazón.

— ¿Damos un paseo?

— Si quieres — contesté sin mirarlo.

Mi mente trabajaba veloz. Quería hablar conmigo. Pero si fuera algo malo, seguramente no iríamos cogidos de la mano como ahora. Cuando salimos al exterior se detuvo, a escasos centímetros de mí, con sus ojos azules chispeantes, como un mar iluminado por los rayos de sol.

— Tenías razón.

— ¿A sí? — inquirí temerosa, sin atreverme a preguntarle a que se estaba refiriendo.

— Sí, tengo miedo de lo que siento por ti.

Me quedé de piedra. Creo que incluso dejé de respirar. ¿Se iba a declarar? ¿Era eso? Tanto tiempo esperando a que esto sucediera, y ahora no sabía si estaba preparada. Escuché

atentamente sus palabras.

— Desde que te vi por primera vez, algo incontrolable como si fuera un imán, me atrae hacia ti. — Estuve a punto de hablar, de decirle que a mí me sucedía lo mismo, pero me detuvo con su mano. — Déjame acabar, o no sé si volveré a reunir las fuerzas necesarias para volver a hablar de esto. — Se me erizó la piel y mi corazón empezó a latir furioso.— Siento una necesidad irresistible de estar contigo, de saber todo de ti, de oír tu voz, de perderme en tus ojos dorados como la miel, de sentir el calor de tu piel... creo que ya no puedo vivir sin ti.

Se inclinó lentamente, acercando su rostro al mío, sin dejar de mirarme a los ojos, con su penetrante mirada. Mi corazón dio un vuelco. Sentía sus suaves manos, acariciando mis mejillas. Podía notar el calor de su aliento en mi piel. Sus labios se acercaron un poco más, hasta rozar ligeramente los míos. Entré en el séptimo cielo. El sabor de su boca era dulce, como su voz. Apenas fueron unos segundos, pero aquel beso encerraba toda la ternura del mundo. Quise más, pero él, se retiró lentamente, apoyando su frente contra la mía. Mi respiración era entrecortada, como la suya.

— Esto lo complica todo — susurró, deslizando sus labios por mi mejilla.

Haciéndome desfallecer de felicidad.

¿Qué tenía de complicado que quisiéramos estar juntos? No seríamos la primera ni la última pareja del mundo. Una idea asaltó

mi mente como un rayo. ¿Cómo no lo había pensado antes?

— ¿Tienes novia? — Solté de sopetón. Su cara era la viva imagen de la sorpresa.

— No — contestó desconcertado y muy serio — ¿Por qué...?

— Es por tu actitud y por lo que acabas de decir, de que lo estamos complicando todo, no sé, se me ha ocurrido que quizás ese fuera el motivo.— Por cómo me miraba, me di cuenta de lo incoherentes que sonaban mis argumentos.

Rompió a reír. No dijo nada, se limitó a acercarme aun más a su cuerpo. Rodeándome por la cintura. Abrazándome con fuerza.

Podía sentir su pecho agitado por el carcajeo.

— ¿Qué te parece tan gracioso? — empezaba a sentirme ridícula.

— Eres tan ingenua, me encanta — deslizó sus manos por mi espalda, susurrándome al oído —, no cambies nunca.

— ¿Aunque diga tonterías como esta? — lo miré suspicaz, no sabía si me hablaba en serio, o si me estaba tomando el pelo.

— Sobre todo por tonterías como esta.— Acarició mi pelo con su mano.

No supe que más decir. En este momento sobraban las palabras.

Me limité a sentir el calor de su abrazo, recostando mi cabeza en su pecho. Entorné los ojos y me dejé llevar, por el delicioso placer de sus dedos recorriendo mi espalda. El tiempo pasaba veloz,

pero yo no era consciente de ello. Podría haber estado así toda mi vida. Rememoraba sus palabras una y otra vez. Saboreándolas.

Erik también estaba en lo cierto en cuanto a mis miedos. El acababa de abrirme su corazón y yo era incapaz de abrirle el mío por completo. Solo dos palabras

hacían falta para expresarle todo lo que sentía por él. Pero una vez dichas, no habría marcha atrás.

Tenía esas palabras atascadas en mi garganta. Mi cuerpo libraba una fiera lucha interior. Ansiaba decirle cuanto significaba él para mí, pero una pequeña parte de mi ser tenía miedo de lo que pudiera suceder si ponía al descubierto mis sentimientos.

— No hace falta que digas nada.— Me sobresalté al oírlo. ¿Acaso había pensado en voz alta? Su voz era dulce como una melodía. —

Estás tensa, deja de pensar en que me vas a decir. Se lo que sientes por mí, lo veo en tus ojos.

Así que era eso. Notaba mi tensión y la interpretó correctamente.

Me asustaba hasta que punto nos habíamos compenetrado. La gente decía que cuando llevas muchos años compartiendo tu vida con otra persona, eres capaz de comunicarte con una mirada. A

Erik y a mí, nos habían bastado unos días para llegar a ese punto.

— Quiero decírtelo — repuse, apartándome un poco para ver su cara y sobretodo, sus ojos. Parecía feliz — te lo debo, tú has sido sincero conmigo, mereces lo mismo por mi parte. Es lo justo.

— En esta vida, nada es justo — vi un destello de amargura en su mar azul —. No me debes nada. Cuando estés preparada yo estaré

aquí para escucharte. Pero solo cuando desees de verdad decírmelo, no por obligación.

— Te quiero — me asustó el sonido de mi voz, pero al instante me sentí aliviada. Como si acabara de quitarme un gran peso de encima. No había pensado, tan solo me había dejado llevar, y las palabras emergieron sin más.

Volvió a apretarme fuerte contra su pecho. Casi me costaba respirar. Su voz susurraba mi nombre una y otra vez, con su cabeza hundida en mi pelo.

La campana del colegio nos arrancó de nuestra pequeña burbuja de felicidad. No

había clases, pero el timbre seguía sonando.

Como si una reunión de tutoría requiriera de tanto protocolo. No debía quedar nadie allí a estas horas.

— ¿Quieres ir a buscar a los demás?

— No.

Me regaló una gran sonrisa, mientras me cogía de la mano.

— Vámonos de aquí. — Su rostro estaba iluminado por una luz especial, que lo hacía aun más hermoso que antes.

¿Qué había hecho yo para merecer semejante ángel? Apreté con fuerza su mano, temiendo que si lo soltaba, desapareciera y todo volviera a ser como antes. Nos sentamos en un banco, dentro de un pequeño parque, que permanecía solitario.

— Ahora ¿puedes contarme algo más sobre tu vida?

— ¿Qué más quieres saber? Aparte de que toda mi vida eres tú.

Me temblaron las piernas al escucharle decir eso. Suerte que estábamos sentados y no se notó.

— Háblame de tu familia.

Se detuvo a pensar, antes de contestar, como solía hacer siempre que hablábamos de él. ¿Acaso no era sincero conmigo? De nuevo tuve la sensación de que Erik me ocultaba algo.

— Mis padres, viven en Islandia, ya lo sabes. Yo, me mudé aquí

hace unos meses. Eso también lo sabes. — Tenía razón, de momento, no me estaba contando nada nuevo, parecía como si se hubiera aprendido un guión y no quisiera salirse de él. — Vivo en una pequeña casa a las afuera del pueblo, que mis padres alquilaron hace tiempo.

Estaba incómodo. No le gustaba hablar de su vida. “Extraño, muy extraño”, pensé y para disgusto mío, no solo lo pensé, sino que también lo susurré.

— ¿Qué es extraño? — Las pillaba al vuelo.

— Tú— dije sin pensar. Al contrario de lo que él hacía, yo soltaba lo primero que me venía a la cabeza cuando estaba a su lado —.

Tengo el presentimiento de que me ocultas algo. ¿Qué hay en tu vida para que no me dejes entrar en ella?

Por su cara deduje que había acertado de pleno en mis suposiciones.

— Erik ¿estás bien? — pregunté preocupada, cuando vi que no reaccionaba. Empezaba a asustarme, parecía catatónico.

Entonces el rugido de un motor atrajo toda mi atención.

Inmediatamente y sin darme opción a protestar, se puso de pie, como si quisiera ocultarme con su cuerpo. Como si me protegiera.

Pero ¿de qué? Yo no veía ningún peligro, solo una moto como la suya.

Ahugué un grito al verla. No era como su moto. ¡Es que era su moto! La misma que vi el primer día de clase. La misma que me esperaba aquella noche al salir del trabajo. Ahora era yo la que no podía moverme. ¿Qué significaba todo esto? ¿No era Erik el extraño motorista? ¿Quién era entonces?

El cuerpo de Erik se tensó cuando la moto se detuvo, a escasos metros de nosotros. Yo seguía inmóvil, incapaz de reaccionar.

— Luke — oí decir a Erik mientras le saludaba con un movimiento de cabeza.

— Erik — contestó el motorista, quitándose el casco, con un pie apoyado en el suelo, sin bajarse de la moto —. Te estaba buscando.

Si Erik era el mejor de mis sueños, aquel motorista se convertía en la peor de mis pesadillas, y además se conocían. Pero ¿por qué

reaccionaba así Erik? Mi curiosidad pudo más que mi miedo y me asomé, inclinándome hacia un lado, intentando ver quién era ese tal Luke.

— ¡Ah! — Tapé mi boca con las manos. No podía creer lo que estaban viendo

mis ojos.

¡Eran iguales, idénticos! Bueno casi. El motorista no tenía el cabello castaño dorado como Erik, sino un tono algo más rojizo.

Pero los ojos, la boca, el corte de su mandíbula... eran gemelos.

Con razón lo había confundido con Erik aquella noche. En la oscuridad, estaba segura de que sus escasas diferencias, me habían pasado desapercibidas.

— ¿Qué hace ella contigo? — Inquirió el pelirrojo, haciendo una mueca de disgusto.

— No es de tu incumbencia — atajó Erik con rudeza.

Yo incapaz de articular palabra, asombrada como estaba, me limitaba a observarlos. Quizás pudiera atar algún cabo suelto en toda esta historia, cada vez más confusa.

— No estés tan seguro, ¿sabes que pasara si se enteran de esto?

— El tal Luke, me señalaba con el dedo. Pensé que a lo mejor a sus padres no les haría gracia que Erik desperdiciara su tiempo conmigo, por el tono amenazante de su voz.

— No tienen por qué enterarse, no ha pasado nada — la tensión de

Erik iba en aumento, se palpaba en su voz.

— Aun — objetó Luke con una sonrisa maliciosa, mientras se inclinaba para verme mejor —. ¡Eh! Yo te conozco — añadió

entrecerrando los ojos, del mismo tono azul que los de mi ángel,

pero turbios. No era un tipo de fiar. — Veo que sigues buscando situaciones peligrosas — posó su mirada en Erik de nuevo—.

Curiosa esta chica, pero sigo sin entender por qué te arriesgas tanto. Ya sabes cómo acabara todo esto.

— No tiene por qué ser así — la voz de Erik sonaba torturada. No podía verle la

cara, pero imaginé sus ojos como el hielo.

— Sabes que no hay opción — percibí algo de suplica en la voz del motorista.

Estaba totalmente descolocada. Aparte de la sorpresa inicial, por descubrir al gemelo del chico de mis sueños, lo demás era del todo incoherente. No entendía de qué estaban hablando. ¿Tan malo era que Erik estuviera conmigo? Necesitaba enterarme.

— ¿Qué está pasando aquí? ¿Erik de que va todo esto? — Me levanté, e intenté moverme para mirarle a los ojos, pero sus brazos me retuvieron en su espalda, con una fuerza que no pude evadir.

— Por favor Luke — continuó, haciendo caso omiso a mis preguntas —, déjame manejar esto a mi manera. Tú no lo entiendes, ella es diferente.

— Pues yo solo veo una cara mona, como tantas otras — dijo con desdén el motorista.

— No voy a discutir más contigo, además tú no eres quien para darme ordenes — la voz de Erik experimentó un cambio. Ahora era autoritaria, firme —. Ya hablaremos más tarde. De momento,

mantén la boca cerrada, por tu propio bien.

La amenaza iba en serio, sentí un escalofrío recorriendo mi espalda.

— ¡Eh! Tranquilo — Luke empezó a ponerse el casco, a la vez que arrancaba su moto, llenando el silencioso parque con un ruido ensordecedor —, yo solo he venido a avisarte, lo demás es cosa tuya.

Volvió a mirarme, y pude sentir el frío de su mirada a través del cristal oscuro de su casco. Aceleró y desapareció en la carretera tan rápido como había llegado.

— Creo que me debes una explicación. — Me planté frente a él,

con los brazos en jarra. Estaba confusa por lo que acababa de pasar, pero sobretodo, estaba furiosa por no enterarme de nada.

Esta vez me lo iba a contar todo, nada de medias verdades. Quería la verdad.

— ¿Podemos dejarlo para otro día? — No me miraba, estaba

¿avergonzado? sí, creo que sentía vergüenza por la situación.

— No — negué bruscamente — esta vez no. Por lo visto el tema tiene algo que ver conmigo, así que estoy en mi derecho de saber la verdad, sino, quizás deberías hacerle caso a tu “amiguito”—

enfaticé la última palabra.

— ¿A qué te refieres con hacerle caso a Luke? — Otra vez esa mascara insondable se apoderaba de su rostro.

Odiaba verlo así, me hacía sentir lejos de él, aunque estuviera a mi lado. Pero mi resolución era firme.

— Pues que si no vas a contarme que está pasando, será mejor que no sigamos con lo nuestro.— Me costaba horrores mantener el tono de mi voz impassible. — No me gusta la gente hipócrita.

No soportaba la idea estar sin él. Mi corazón se hizo añicos al oír mis propias palabras, si me tomaba la palabra, que siguiera latiendo, no sería más que un acto reflejo.

— Te acompañaré a casa, es tarde y preferiría que no fueras sola.

— No necesito un perro guardián.

Hablaba en contra de mi voluntad, cegada por la rabia de saberme ignorante. Quería aferrarme a él con todas mis fuerzas, pero esto no iba a llevarnos a ningún sitio. Debía ponerle fin, antes de que fuera demasiado tarde. O quizás ya era demasiado tarde.

Empecé a caminar. Demasiado lenta, aun me dolía el tobillo cuando quería forzarlo más de la cuenta. Oí sus pasos a mi espalda.

— ¿Es que no has escuchado lo que te he dicho?

— Lo siento, pero no pienso alejarme de ti.

— ¿Me estas amenazando? — No me gustaba el tono de su voz.

— No, claro que no ¿cómo se te ocurre? — Su máscara cayó en pedazos. Mostrándome un rostro contraído, angustiado, y unos ojos sinceros y transparentes.

— Entonces ¿cuál es el peligro?

— Yo no he dicho que...

— Erik por favor, deja ya de mentirme, ni siquiera me habías dicho que tenías un hermano gemelo. ¿Cómo quieres que me crea todo lo demás? Necesito la verdad de una vez por todas.

Dudo unos instantes. Parecía debatirse entre hablar o seguir callado. Cuando alzó sus ojos vi determinación en su mirada. Supe que al fin me iba a desvelar el secreto.

El secreto

“El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla.”

Manuel Vicent

Nota de la autora:

Este libro aún no ha sido publicado, motivo por el cual no puedo poner más capítulos. Ahora mismo estoy trando de darlo a conocer todo lo posible y tratando de conseguir apoyo (fans y comentarios) para que sea publicado.

También agradecería si reenvias este documento a amigos que creas que les pueda gustar.

Si deseas darme apoyo visita <http://www.luna-azul.com> y pulsa sobre “foro Facebook”. Si te unes al foro podrás leer allí el siguiente capítulo “El secreto”.

Si has imprimido este documento te invito a pasárselo a alguien que creas que le pueda gustar.

Espero que te haya gustado,

Francine L. Zapater